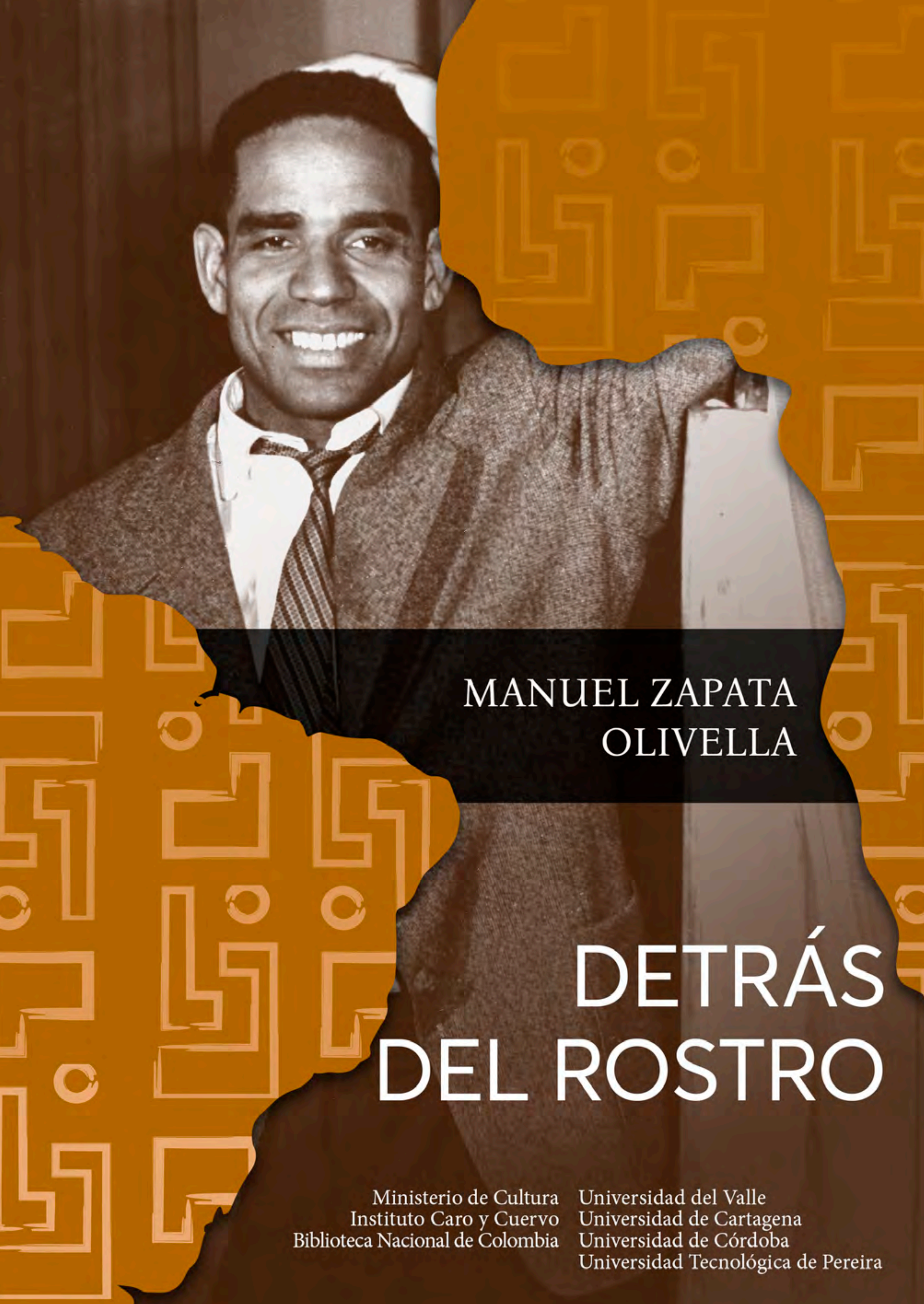


MANUEL ZAPATA OLIVELLA

DETRÁS DEL ROSTRO

Ministerio de Cultura
Instituto Caro y Cuervo
Biblioteca Nacional de Colombia
Universidad del Valle
Universidad de Cartagena
Universidad de Córdoba
Universidad Tecnológica de Pereira

Es esta una novela sobre la Violencia en Colombia que no insiste en el horror, ni en las atrocidades sucedidas; habla de los vivos, de los sobrevivientes.

Desde las circunstancias de un niño víctima de esa Violencia y que por ella pierde su identidad, en *Detrás del rostro*, Zapata Olivella cuestiona instituciones como la Policía, la Justicia, la Cárcel, la Medicina, la Prensa. Sentimos su indignación y su afán de denunciar lo que no funciona bien. Lo que se esconde detrás de la apariencia de normalidad de nuestra sociedad. El médico-novelista desea contribuir a sanar, a que se aplique una justicia social.

Detrás del rostro es una ficción tejida a partir de la observación de la realidad, basándose en el propio testimonio del autor. Y nos revela también, con algunas frases, el pulso de la metrópolis, el ambiente de la gran ciudad, Bogotá en este caso, su deshumanización, su indiferencia ante los gamines, la velocidad, los embotellamientos, el caos de su tráfico. "La ciudad era una gran caldera de átomos humanos recalentados", nos dice.

Esta novela es sencilla y tremenda a la vez, se lee con facilidad y nos impresiona. Zapata Olivella estaba en "mitad del camino de la vida" cuando la publicó. Faltaban 21 años para que diera a conocer su gran obra, *Changó, el gran putas*.









DETRÁS DEL ROSTRO

DETRÁS DEL ROSTRO

MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Novela (1962)

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Zapata Olivella, Manuel, 1920-2004

Detrás del rostro : novela (1963) / Manuel Zapata Olivella. -- 2a. ed. -- Cali : Universidad del Valle, 2020.

190 p. ; 24 cm. -- (Año Manuel Zapata Olivella / Ministerio de Cultura)

Incluye glosario. -- Contiene datos biográficos del autor.

ISBN

1. Zapata Olivella, Manuel, 1920-2004 - Crítica e interpretación 2. Novela colombiana - Siglo XX 3. Literatura colombiana - Siglo XX I. Título II Serie

CDD: Co863.44 ed. 23 CO-BoBN–

Segunda edición 2020

Título: *Detrás del rostro*
Autor: Manuel Zapata Olivella
ISBN: XXXXXXXXXXXXX

Primera edición: Aguilar, Madrid, 1963.
Segunda edición: Editorial Bogavante, México D. F., 1969.

Equipo editorial Universidad del Valle:

Coordinación editorial:	Pacífico Abella Millán
Concepto gráfico y diseño:	Ana María Estrada Angola
Apoyo editorial y digitalización:	Alejandra Bedoya Bermúdez
	Geraldine Grisales Parra
Administrador web Zapata Olivella:	Richard Rodríguez Rivera
Apoyo logístico Centro Virtual Isaacs:	Magdalena Castro

Universidad del Valle - Facultad de Humanidades - Cali - Colombia.
Correo electrónico: cvisaacs@correounivalle.edu.co

Concepto editorial: Instituto Caro y Cuervo

Santiago de Cali, junio de 2020

Contenido

Presentación | 11

Manuel Zapata Olivella vida y obra a disposición del mundo
Darío Henao Restrepo

Prólogo | 15

Detrás del rostro, una ficción tejida desde el testimonio personal
Julio Olaciregui

Detrás del rostro | 23
primera parte 29
segunda parte 81

Glosario | 151

De la obra y del autor | 153

Nota del Jurado calificador del Premio Literario Esso 1962 | 155

Manuel Zapata Olivella: génesis, aventura, literatura | 157
José Luis Garcés González

PRESENTACIÓN

MANUEL ZAPATA OLIVELLA VIDA Y OBRA A DISPOSICIÓN DEL MUNDO

Bajo el liderazgo de la Universidad del Valle, con el apoyo del Ministerio de Cultura de Colombia, la Universidad de Cartagena, la Universidad de Córdoba y la Universidad Tecnológica de Pereira, entidades aportantes a la presente edición, le presentamos a Colombia y al mundo el legado de Manuel Zapata Olivella —médico, antropólogo, folclorista, novelista, cuentista, dramaturgo, ensayista e investigador— nacido en 1920 en Santa Cruz de Lorica, Córdoba.

El Ministerio de Cultura de Colombia declaró el 2020 como el Año Manuel Zapata Olivella, en homenaje al centenario de su nacimiento. La señora ministra Carmen Vásquez Camacho, en el acto de lanzamiento en Cali, octubre de 2019, a través del canal Telepacífico, destacó el aporte de

las obras e investigaciones de Zapata Olivella porque siempre tuvieron como protagonista la gran diversidad étnica y cultural de Colombia, y en especial, por el rescate y valoración del aporte africano a Colombia y a las naciones americanas como está poéticamente recreado en su saga dedicada a la diáspora africana, *Changó, el gran putas*.

El Año Manuel Zapata Olivella 2020 se propone divulgar y promocionar las obras en universidades, colegios, escuelas, bibliotecas, casas de la cultura, medios de comunicación, ferias del libro y redes sociales, como la mejor manera de honrar a uno de los intelectuales más destacados de nuestra historia, cada día más leído y estudiado en varios continentes. En Colombia, el concurso de las universidades, del Instituto Caro y Cuervo, de la Biblioteca Nacional, de la Biblioteca Luis Ángel Arango, la Red de Bibliotecas Públicas, las Ferias del Libro, los canales públicos de televisión, las secretarías de Cultura y Educación de departamentos y municipios, la Dirección de Poblaciones y la Dirección de Artes y Literatura del Ministerio de Cultura, ayudará a tornar realidad tan necesario y justo emprendimiento.

Las 27 obras ofrecidas, junto con un amplio material crítico, fotográfico, videos y documentales, estarán a disposición gratuita en la web Zapata Olivella, sitio que estará alojado en el Centro Virtual Isaacs (CVI) de la Universidad del Valle, enlazado con el Ministerio de Cultura, la Universidad de Vanderbilt y otras entidades nacionales y extranjeras.

Esta labor ha sido posible gracias al apoyo de la Universidad del Valle, en cabeza del rector Edgar Varela Barrios, con recursos financieros y técnicos para el trabajo del Centro Virtual Isaacs y el grupo de investigación *Narrativa Colombiana* de la Escuela de Estudios Literarios. Con perspectiva interdisciplinaria, las investigaciones realizadas sobre la obra de Zapata Olivella en el doctorado de Estudios Afrolatinoamericanos, así como los aportes de varios de sus seminarios, han sido fundamentales para este proyecto. Durante tres años se trabajó en la preparación editorial de cada libro y en la recopilación del acervo bibliográfico que estará a disposición en la web Zapata. Para apoyar a la divulgación de las obras y la vida del autor, se realizó la investigación para el documental *Zapata el gran putas,* una coproducción del Canal Telepacífico, el Ministerio de Cultura y la Universidad del Valle. Así mismo, la realización de la ópera

Maafa, una adaptación de *Changó, el gran putas*, composición de Alberto Guzmán Naranjo y guion de Darío Henao Restrepo.

Jugaron un papel decisivo en esta empresa los colegas del Comité editorial: Alfonso Múnera Cavadía (Universidad de Cartagena), Luis Carlos Castillo Gómez (Universidad del Valle), Mauricio Burgos Altamiranda (Universidad de Córdoba) y César Valencia Solanilla (Universidad Tecnológica de Pereira); así como la directora del Instituto Caro y Cuervo, Carmen Millán de Benavides, Diana Patricia Restrepo, directora de la Biblioteca Nacional de Colombia y el director de la revista *Afro-Hispanic Review*, William Luis. Esta empresa no hubiera llegado a feliz término sin los prologuistas, fotógrafos, articulistas y ensayistas que aportaron sus luces o sus escritos para el conjunto de este gran proyecto editorial.

Merecen infinito agradecimiento los herederos de Manuel: Harlem, su hija; Karib y Manuela, nietos, hijos de Edelma, ya fallecida, y Gustavo Gómez, su esposo, que con generosidad cedieron los derechos a la Universidad del Valle para la publicación de las obras que con gran satisfacción entregamos a los lectores de hoy y del mañana.

Santiago de Cali, junio 30 de 2020

Darío Henao Restrepo
Decano Facultad de Humanidades
Universidad del Valle
Director Editorial

PRÓLOGO

DETRÁS DEL ROSTRO, UNA FICCIÓN TEJIDA DESDE EL TESTIMONIO PERSONAL

Julio Olaciregui[1]

1 Julio Olaciregui (Barranquilla, 1951) es novelista, cuentista, guionista, dramaturgo y ensayista, cultor y maestro de danzas africanas. Se inició en el teatro en la Universidad de Antioquia, fue periodista de *El Heraldo* y *El Espectador*. Adaptó para cine *La mansión de Araucaíma* de Álvaro Mutis que dirigió Carlos Mayolo. Estudió literatura en La Sorbona. Escribe para la Agencia Francesa de Prensa, AFP. Es docente de la Universidad del Atlántico. Es autor de: *Vestido de bestia* (cuento, 1980), *Los domingos de Charito* (novela, 1986), *Trapos al Sol* (novela, 1991), *Vísperas de amor* (miscelánea, 1996), *Las novias de Barranca*, *Talía y el Garabato*, *El callejón de los besos* (teatro, inéditos), *En el cabaret místico* (teatro, 1999), *El tango congo se acerca a La Habana* (teatro, 2000), *Dionea* (novela, 2006), *El callejón de los besos* (teatro, 2009), *Días de tambor* (novela, 2012), *La segunda vida del negro Adán* (novela, 2014), *Vida cotidiana en tiempo de García Márquez* (ensayo, 2015), *Las palmeras suplicantes* (novela, 2018).

Entre 1961 y 1965 Manuel Zapata Olivella se encuentra en pleno ejercicio de su profesión de médico-social en Bogotá, al frente de la sección de Educación para la Salud del Distrito Especial. También es para él una época de intensa producción literaria que le merece un cierto reconocimiento internacional y nacional: en 1962 obtiene una mención en el Premio Casa de las Américas, en Cuba, con *Chambacú, corral de negros* y en Bogotá gana el Premio Esso de Novela con *Detrás del rostro. En Chimá nace un santo* será finalista en el concurso de la editorial española Seix Barral que gana Mario Vargas Llosa con *La ciudad y los perros.*

Desde su primera novela, *Tierra mojada* (1947), Zapata Olivella asumió la literatur*a* "no como fenómeno literario sino como elemento de denuncia, y eso es lo que aparece en todas mis novelas [...] Tengo una posición muy particular y muy clara sobre la literatura. En mi propia literatura me preocupa mucho más el problema social que el problema del estilo[2]".

Según el escritor José Luis Díaz Granados, los primeros libros de Manuel Zapata Olivella –*Pasión vagabunda, Tierra mojada, Calle 10*— se caracterizan por una manera de ser literaria en la cual el narrador era un cronista que con su ojo testimonial registraba los acontecimientos y las personales vivencias.

> En 1960, luego de haber publicado una novela de denuncia social de ambiente bogotano, *La calle 10*, y en su afán de adentrarse de manera definitiva en la literatura, se matriculó en el Instituto Caro y Cuervo, como alumno del profesor Rafael Torres Quintero. Este acontecimiento, ha manifestado Manuel muchas veces en su larga vida, significó un viraje de 180° en su trayectoria de narrador, pues a través de esas clases logró dar un vuelco en la utilización del lenguaje en las novelas que escribiría en adelante", señala Díaz Granados[3].

Detrás del rostro se abre con una nota del autor en la que habla "de los temas de la violencia", dándonos a entender que no se va a referir "a los crímenes y los incendios" sino que los protagonistas de la novela serán esas vidas sin nombre, "los huérfanos y vagabundos". Igualmente cuestiona "la

---

2 Zapata Olivella y García Márquez, https://andes.missouri.edu/andes/cronicas/ewh_zapata.html

3 José Luis Díaz Granados, https://manuelzapataolivella.co/pdf/MZO-SuVidayObra.pdf

ficción" ante el peso de "la realidad palpable […] que ordena escribir los capítulos que jamás soñó el más creativo de los autores".

A continuación, un epígrafe sacado de la Biblia: *"Quien quiera que recibiere a este niño en mi Nombre, a Mí me recibe"* (San Lucas, Cap. 9, 48) nos preparará para lo que vamos a leer, la indagación sobre la historia de "un gamín", "un pelafustán", un niño moribundo, cuya foto aparece en el periódico que un médico psiquiatra, el doctor Jáuregui, está leyendo a la hora del desayuno. Seguiremos paso a paso la investigación que emprende, con la herramienta del psicoanálisis, para saber quién es ese niño desamparado y por qué "la sociedad" lo ha condenado, convirtiéndolo en un desechable. Sabremos que ese niño puede ser un sobreviviente de la violencia partidista que se desató en Colombia después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Y tal vez vio cómo descuartizaban a sus padres en una vereda del Tolima.

En este sentido en *Detrás del rostro* podemos decir que Zapata Olivella cumple con el requisito que Gabriel García Márquez juzgaba necesario para escribir una buena novela sobre la Violencia: hablar de los vivos, de los sobrevivientes, y no insistir en el horror de los "cortes de franela" y las violaciones. "La novela no estaba en los muertos de tripas sacadas, sino en los vivos que debieron sudar hielo en su escondite, sabiendo que a cada latido del corazón corrían el riesgo de que les sacaran las tripas[4]".

Ese niño, obviamente, ha quedado traumatizado. Tiene pesadillas donde a él lo descuartizan también. Está a punto de perder la vida y la razón. Ha perdido su nombre, su identidad, ha sobrevivido como ha podido. Ha sido recluido en una correccional de menores. Ha sido violado, utilizado por traficantes de marihuana.

¿Qué suele definir a un personaje? Su nombre. En esta novela el niño moribundo, tirado en la calle, parece ser al mismo tiempo varios niños. Uno de tantos "gamines". Tal vez se trata de Estanislao, o de Jesús, Gil o Ponciano "o como se llamara el niño desamparado". Esos niños que vagan por las calles, "sometidos a la inclemencia y al hambre, acaban por parecerse".

4 Gabriel García Márquez, «Dos o tres cosas sobre "la novela de la Violencia"», *Obra periodística*. Volumen 4. Octubre de 1959. Editorial Bruguera, febrero de 1983.

Zapata Olivella hace un esfuerzo por superar los límites del realismo psicológico. Busca hurgar en lo más profundo de sus personajes (el inconsciente), transmitiéndonos la sensación de que podemos ver funcionar sus cerebros. Y aun cuando Jáuregui parece al comienzo ser el responsable de mover los hilos de la narración y la trama, rápidamente nos encontramos con otros puntos de vista y recursos narrativos como cartas, informes, apuntes de sesiones psicoanalíticas, sueños, pesadillas, que nos permiten sentir la complejidad de la situación, los enigmas que hay detrás del comportamiento de los personajes. Sin pretender ser para nada una novela policial nos embarcaremos en la progresión de una investigación detectivesca.

> En *Detrás del rostro* el enigma sobre la identidad de Estanislao, Jesús, Gil, Ponciano es uno de esos casos en los que la construcción de la realidad se ve afectada por los estados de la mente de cada uno de los "testigos" del hecho. Cada uno de los personajes que llegaron a tener contacto con el muchacho genera una historia diferente con respecto a su "verdadero origen", señala Sandra L. Alzate[5].

La acción está fechada: es el año 1961 y aún hay "violencia en los campos". El lector va conociendo datos que los personajes ignoran. La historia se cuenta en parte mediante monólogos, documentos, observaciones, historias clínicas, piezas de un fichero, una suerte de rompecabezas que vamos armando, deducciones que debemos hacer en base a la lectura de estas fichas e informes.

En *Detrás del rostro* Zapata Olivella cuestiona instituciones como la Policía, la Justicia, la Cárcel, la Medicina, la Prensa. Sentimos su indignación y su afán de denunciar lo que no funciona bien. Lo que se esconde detrás de la apariencia de normalidad de nuestra sociedad. El médico-novelista desea contribuir a sanar, a que se aplique una justicia social.

El doctor Jáuregui lucha por no ser "indiferente ni aséptico" ante "el tumor social". Busca escarbar lo oculto, analizarlo. El inspector de policía que investiga el caso detesta a los gamines y considera que quienes los defienden se convierten en enemigos sociales. Es "un hombre

---

5 *La evolución literaria de Manuel Zapata Olivella: testimonio, autobiografía y novela*. Sandra L. Alzate – Tesis de doctorado (Ph. D.) - Universidad de Cincinnati. 2008. https://etd.ohiolink.edu/!etd.send_file?accession=ucin1213903246&disposition=inline

inescrupuloso" que les niega toda posibilidad de salvación. Sus ideas son "herodianas", en alusión a Herodes, el rey que ordenó la masacre de los niños en Judea.

Con respecto a los médicos Jáuregui dice: "siempre me disgustó que los profesores de medicina tomaran la enfermedad como un pretexto de erudición ajeno a los problemas sociales del enfermo". Por la forma en que describe las patologías y los actos médicos, con términos precisos, técnicos, comprobamos que esta novela solo pudo haberla escrito alguien que estudió medicina.

Y al hablar de los jueces afirma que "debían ser psicoanalizados antes de encomendarles la responsabilidad de erigirse en *súper yo* de la sociedad" pues la justicia que aplican "es neurótica".

Sentimos la voluntad del médico psicoanalista. Todas sus acciones van encaminadas a tratar de comprender qué es lo que no funciona bien en "la familia" colombiana. "Mujeres violentadas por el instinto maternal, ciegas, impotentes, obedecían a un llamado sin saberlo. Imaginó sus luchas para llegar hasta allí. Debieron recorrer caminos distantes: Popayán, Barranquilla, Villavicencio. Toda Colombia tras la fuga de los hijos".

> *"Detrás del rostro* es una novela que escribí en muy pocos meses […] Escrita con base en una experiencia como médico que yo había tenido. Médico de la alcaidía de menores, en donde me tocaba atender las enfermedades de los niños, los gamines que llegaban allí […] Yo conocí todo esto a través de ese cargo que tenía en la alcaidía de menores […] en ese momento estaba muy imbuido en el psicoanálisis, la psicoterapia, y mi gran preocupación con estos gamines era hablar y hablar con ellos. Desde luego, hablando más ellos, y todo esto lo iba recogiendo en apuntes que posteriormente me sirvieron para la elaboración de esta novela", dijo el autor en una entrevista concedida a su paisano, el escritor José Luis Garcés González[6].

Zapata Olivella disemina en su novela detalles autobiográficos. El doctor Jáuregui está estudiando un libro de la psicoanalista austriaca Melanie Klein, especialista en el análisis de niños. El abogado Octavio acaba de regresar del extranjero y tiene 42 años, su edad cuando estaba escribiéndola.

---

6 Garcés González, José Luis. *Manuel Zapata Olivella, caminante de la literatura y de la historia*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.

Detrás del rostro es una ficción tejida a partir de la observación de la realidad, basándose en el propio testimonio del autor. Por esta relación entre el aspecto documental y la mera ficción, esta novela me recordó la película *La vendedora de rosas,* de Víctor Gaviria, que muestra, 35 años después, el destino de algunos niños desamparados en las calles de Medellín.

Gaviria explica esa relación dialéctica entre ficción y realidad que nos puede ayudar a apreciar los alcances del trabajo de Zapata Olivella.

> La ficción es el rodeo que hacemos a través de la imaginación para llegar a la verdad de lo que está aquí mismo, a la verdad de la elusiva realidad nuestra de todos los días... La realidad tiene esta doble condición: está ahí, cotidiana, mostrándonos la cara, pero al mismo tiempo es elusiva en sus significados, indescifrable, pared de símbolos que pide lectura y discernimiento. ¿Por qué esta doble existencia de la realidad? Porque la realidad somos nosotros mismos, y nosotros estamos cercados de secretos: verdades acalladas, verdades escondidas, verdades sustituidas por otras, verdades irreconocibles e irreconocidas[7].

Otro aspecto que podemos destacar en *Detrás del rostro* es su manera de darnos en algunas frases el pulso de la metrópolis, el ambiente de la gran ciudad, Bogotá en este caso, su deshumanización, su indiferencia ante los gamines, la velocidad, los embotellamientos, el caos de su tráfico. "La ciudad era una gran caldera de átomos humanos recalentados".

Esta novela es sencilla y tremenda a la vez, se lee con facilidad y nos impresiona. Zapata Olivella estaba en "mitad del camino de la vida" cuando la publicó. Faltaban 21 años para que diera a conocer su gran obra, *Changó, el gran putas.*

Es en el epílogo de su libro de viajes *He visto la noche* (1953) donde se define como un "médico-social". *Detrás del rostro* es la obra de un escritor-social. Durante toda su vida él permaneció desempeñándose en esos dos campos, con la convicción de que debía hacerlo "hasta cuando las nuevas fuerzas que emergen de la sociedad, extirpen el tumor aberrante que convierte a la mayor parte de los hombres en miembros gangrenados".

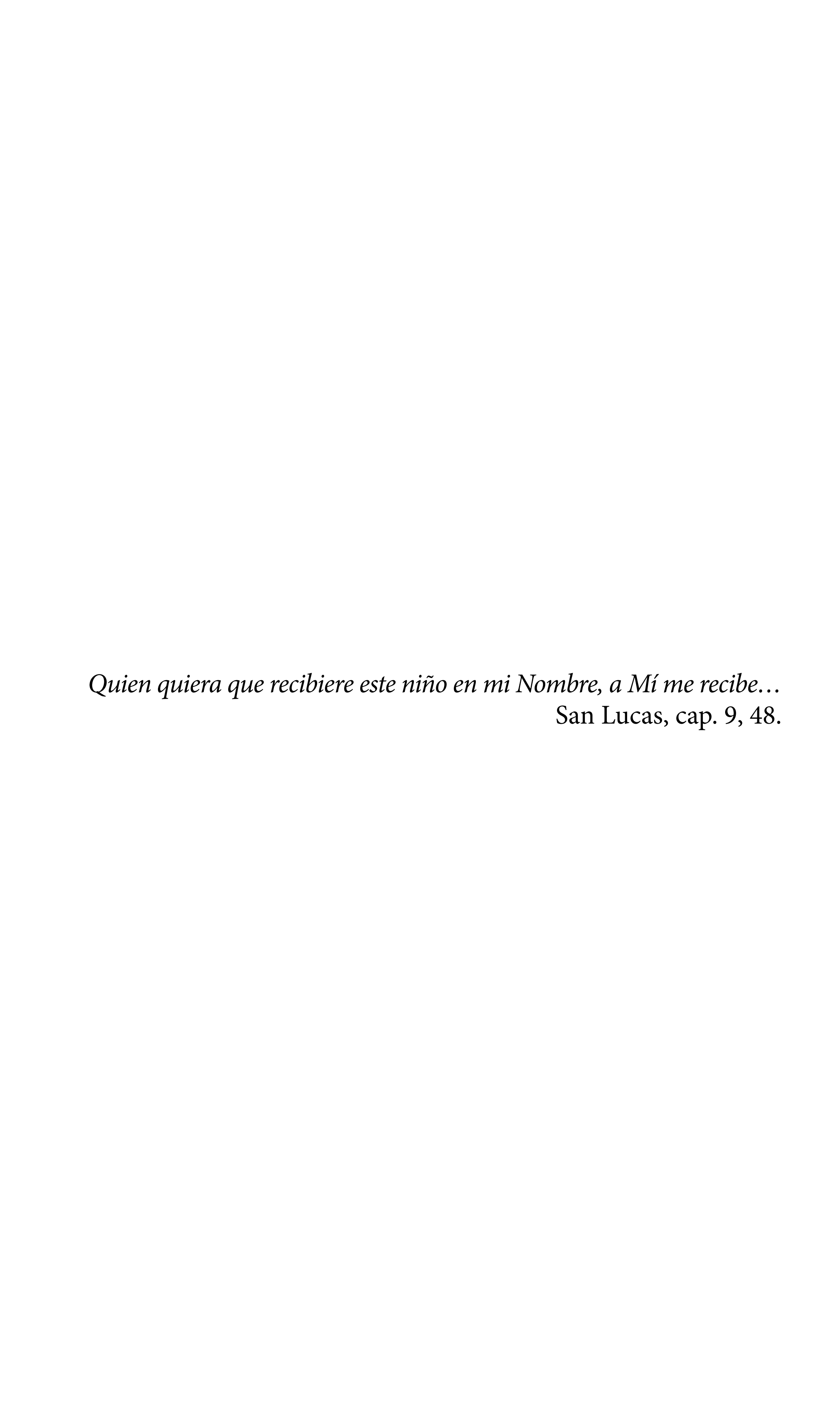
Barranquilla, mayo 25 de 2020

7 Víctor Gaviria - http://escriturasunivalle.blogspot.com/2009/03/victor-gaviria-por-victor-gaviria.html

DETRÁS DEL ROSTRO

Si en la búsqueda de los temas de la violencia el escritor dejara de observar por un instante los crímenes y los incendios, para iniciar la novela por el final y no por el comienzo, encontraría a más de un protagonista en vidas sin nombre, las de los huérfanos y vagabundos. Cuando el médico, impedido por su limitada labor terapéutica, se ve obligado a dar de alta a un niño contaminado, quisiera dejar el formulario para seguirle los pasos con la observación del novelista. Pero algunas de esas páginas ya escritas desalientan al escritor tanto como al médico. El conocimiento de un Juan Evangelista de Pereira o de un Rafael de Bogotá, personajes de carne y hueso que claman una posibilidad de salvación, inhibe a la mente de entrarse en un relato de ficción, cuando se sabe que la realidad palpable es la que gobierna la pluma y ordena escribir los capítulos que jamás soñó el más creativo de los autores

El autor



Quien quiera que recibiere este niño en mi Nombre, a Mí me recibe…
San Lucas, cap. 9, 48.

PRIMERA PARTE

"EL DÍA COMIENZA A articular sus movimientos". Eso pensaba porque un rayo de sol le hurgó los ojos. Pero el día se había iniciado mucho tiempo atrás. "¿Quién desata la carrera de las horas?". Otra vez la manía absurda de la fenomenología. Afortunadamente, vio el periódico sobre la cama. El mundo se había reducido a veinticuatro páginas de papel periódico. Allí estaban constreñidos el tiempo, el espacio, la historia envejecida del día anterior. "¿Y si al cerrar la edición hubiera estallado una bomba atómica en Berlín? ¡Ah! Entonces las noticias de la primera página no tendrían ningún valor: muertas, anacrónicas, mucho antes de secarse la tinta." Su cerebro, acostumbrado a las deducciones psicoanalíticas, se ponía en marcha automáticamente como un reloj al que hubiesen dado cuerda.

Miró la primera página del periódico. No había grandes titulares. El universo seguía su curso normal. En el interior, las informaciones eran menos destacadas. La crónica roja. Paseó la vista con desgano. Era preferible no acumular en ayunas una carga de violencia explosiva. Las noticias de crímenes, robos, accidentes y violaciones le producían náuseas. El hombre rebajado a su más primitiva edad tribal, cuando aún no se había formado el yo crítico. Pero esto era parte normal de la vida contemporánea, como si al progreso de la sociedad fuese necesaria la regresión a ciertos impulsos primitivos. Psiquiatra de la Alcaidía de Menores, debía apersonarse de algunos de estos casos delictivos. Entonces buscaba con interés las informaciones periodísticas para leer sus propios diagnósticos interpretados por los cronistas. Las investigaciones más

serias se convertían en titulares que hacían enrojecer de vergüenza hasta a un imbécil.

Una fotografía atrajo su atención, precisamente allí en la crónica roja. No era espeluznante como otras. La foto de un "gamín", un "pelafustán", como ahora llamaban desdeñosamente a un niño, a una vida promisoria, frustrada. Yacía tirado en la calle, contra un muro, encogido, como si durmiera. Su rostro le era conocido. Rememoró a los 220 niños recluidos en la Alcaidía de Menores. No era ninguno de los atendidos por él en esos días. Ni de los que salían un tiempo y regresaban habitualmente como si se tratara de vacaciones o paseos matinales. Tampoco podía identificarlo entre los que nunca más volvían al penal y dejaban truncas las historias médicas de su archivo. Células infectantes que no se podían aislar, delimitar y cuyas contaminaciones en la sociedad eran irreparables.

Recordó el caso de Arturo Varona. Ya lo había olvidado y cuatro años más tarde, al leer el periódico, encontró su fotografía con una sonrisa cínica. Al momento no lo reconoció. El nombre le revivió un difuso pasado. Buscó en su archivo. Allí estaba. Era de las primeras observaciones cuando, recién salido de la Facultad, empezó a interesarse por la criminología. Arturo Varona. Allá en su niñez, fue detenido por una nimiedad. Rompió un cristal con una piedra. En un país civilizado ni siquiera hubiera comparecido ante un juez de menores. Tras largas diligencias judiciales, la madre logró liberarlo. Después aparecía en los periódicos espectacularmente como un monstruoso criminal.

El adolescente haraposo, encogido, tirado en el suelo, le recordaba a alguien. Uno de tantos. La leyenda de la fotografía explicaba menos. La Policía lo encontró así acurrucado, febril. El "caso" comenzó a complicarse, a convertirse en una choz periodística, por tener incrustado un proyectil en la cabeza. La bala, según los médicos, tenía cinco días de estar alojada en el cerebro. ¿Permaneció todo ese tiempo tirado en la calle? Cruzaban indiferentes junto a él, sin comprobar que agonizaba. Los zapatos de los transeúntes, las botas del policía, las llantas de los automóviles, todo el trajín de la ciudad pisoteándolo, marginándolo en la acera, de la vida.

Dejó el periódico y precipitadamente buscó el fichero. No era fácil encontrar un nombre entre las 3.000 historias médicas de sus examinados

en la Alcaidía de Menores. Las archivaba como casos particulares, pero no lo eran. Aquellas observaciones deberían reposar en manos de la autoridad, de la sociedad. Mas como en la Alcaidía no había ni siquiera una silla para los exámenes clínicos, él, llevado por su espíritu investigativo, decidió coleccionarlas. A la autoridad no le interesaba llevar un prontuario médico para el control psiquiátrico de los menores reclusos.

Revisó todas las tarjetas sin identificar al muchacho de la fotografía. Habría podido hacerlo de contar con los retratos de los detenidos. Varias veces expuso al departamento científico de la División de Menores la necesidad de llevar un archivo fotográfico de ellos con fines exclusivamente médicos. Una de las tantas recomendaciones jamás atendidas. Intentó realizarlo por sí mismo con su cámara fotográfica, pero el alcaide le manifestó que tenía prohibición expresa de permitir la toma de fotografías en el interior del plantel. Ahora le era imposible confrontar aquel rostro, descolorido, desfigurado, con el número de la historia médica correspondiente. Una idea le llenó de esperanza. "Si el moribundo lograra decir su nombre…".

***

El niño con el proyectil en el cerebro fue para los colegas y para mí un caso de extraordinario interés científico. La Policía lo había recogido inconsciente en la calle. El único dato conocido: no había huellas de sangre en el sitio donde se halló, ni en su cabeza, como si un experto cirujano hubiera realizado meticulosamente la trepanación para alojar la bala en su cerebro. Las radiografías evidenciaban la perforación del hueso parietal, la ruptura de las meninges y el recorrido del proyectil, un centímetro, en la masa encefálica.

A juzgar por la cicatriz infectada, la perforación debió de efectuarse cinco o seis días atrás. Presumíamos la posibilidad de haber sido lavada para encubrir el delito. Las ropas tampoco tenían manchas sangre; y aunque se creía fueran las mismas usadas por el niño desde muchos meses atrás, pudieron ser cambiadas. Admitida la antigüedad de la herida, nos preguntábamos las circunstancias ocurridas desde entonces hasta el momento del hallazgo del cuerpo en la calle.

La pérdida de razón y la fiebre dificultaban la exploración de los datos clínicos. Permanecía en un relajamiento absoluto, descoyuntado, inerme. Se le podía pinchar sin que intentara defensa alguna. Los párpados arropaban una mirada fija y con brillo. Se ignoraba si había o no lesiones cerebrales que le impidieran responder a las preguntas.

Su examen, por el momento, me interesaba poco. Deseaba la recuperación de su conocimiento para despejar mi gran incógnita: su identificación con algún número de mi fichero. Lo demás, si existió hemorragia y si los miembros obedecían o no a su voluntad interesaba más a los clínicos. Había en ello un abominable interés egoísta. ¿Sería posible que mi obsesión por el psicoanálisis aplicado a la conducta del delincuente pudiera amputar mi sensibilidad social, incluso para la suerte de los niños reclusos a los que trataba diariamente? Debía permanecer en guardia contra esa monstruosa desviación de la ciencia. Siempre me disgustó que los profesores de medicina tomaran la enfermedad como un pretexto de erudición ajeno a los problemas sociales del enfermo.

Estuve esperanzado en que apareciera al algún pariente atraído por la fotografía. Dejé a las enfermeras mi teléfono: 34 56 08. Cada vez que repicaba el timbre en mi apartamento, presentía que alguien me diría: "Doctor, aquí hay un familiar del niño." Jamás antes percibí esa lenta suma de los segundos, prolongándose en un largo e interminable vacío.

***

Impulsiva, se levantó en medio de la clase y gritó a la profesora:

—¡Excúseme, señorita, debo ir inmediatamente a mi casa!

La maestra adivinó en los ojos de la muchacha la inminencia del llanto.

—¿Qué te sucede?

Las compañeras la miraban. Su tensión interior se desbordaba. Un segundo más y hubiera explotado en crisis nerviosa. No respondió y salió a la calle dejando abandonados los libros. Los quince años son siempre una edad violenta en cualquier muchacha. Pero Otilia siempre había sido

así. Lo que inquietó a sus condiscípulas fueron su palidez y el grumo de sus lágrimas. La profesora se acercó a su pupitre y recogió los libros. En el cuaderno tenía las anotaciones del problema que ella planteara en el tablero. Observó el irreprimible sonrojo de la compañera de banca.

—¡Ven acá!

La colegiala, indecisa, retrasaba el paso detrás de la profesora. El murmullo de las alumnas estalló en bulliciosa algarabía cuando les vieron entrar en la Dirección.

—¿Qué sucedió a Otilia? Cuéntame la verdad. Tú eres su mejor amiga. Algo grave debió de ocurrirle para salir de clase de ese modo.

La muchacha la miró a través de sus gafas, los ojos agrandados.

—No lo sé, señorita. Yo leía el periódico...

—En clase. Bonito lugar de lectura. Bueno, ¿y qué pasó?

—Vi una fotografía.

—¿Qué fotografía?

—Me pareció que era la de Estanislao.

—¿Estanislao?

—¿Se acuerda usted del muchacho que recogieron los Guzmán?

—¡Sí!

—Lo encontraron en Bogotá, tirado en la calle con un balazo en la cabeza.

—¿Muerto?

—No, no lo sé. Otilia tomó el periódico y salió con él.

—Pero...

—Ella siempre le pegaba...

***

“Bogotá, oct. 15/1961

Querida Susana: Uno de los médicos interesados en la enfermedad de Estanislao, el doctor Jáuregui, me ha solicitado le haga por escrito un recuento de cómo lo conocí y vivió con nosotros. Me resulta embarazoso iniciar este relato. Comprendo el interés del doctor al solicitarme que sea prolijo. Pero no es lo mismo redactar demandas y memoriales, a los que estoy acostumbrado, que escribir historias. Una historia cualquiera, imaginada, tampoco me sería tan difícil. Allá en mi juventud, cuando estudiaba abogacía, escribí cuentos. Otra cosa es relatar la vida real, dolorosa, de Estanislao. No pensé en ello cuando prometí al médico redactar cuanto sabía de su pasado. Ahora creo que me es imposible escribir un resumen. El cerebro es maravilloso. Todo lo había olvidado. Deseoso de no acordarme de lo sucedido aquel día, pude sepultar los recuerdos como si nunca los hubiera vivido. Han transcurrido seis años. Al fugarse Estanislao de nuestra casa, su desaparición, que tanto me inquietó. fue una especie de auxilio a mi propósito de olvidar. En este instante, sin embargo, una hora después de verlo agónico, reviven los sucesos y el tiempo transcurrido parece no haber existido nunca. Siento los olores, el zumbido de las moscas sobre los ataúdes...No sé si pueda narrar los hechos como quiere el médico. Otro día será. Ahora, mujer, quiero decirte que el niño está moribundo. Nunca creí tenerle tanto afecto. Es como si realmente fuera mi hijo, nuestro hijo. No dejes leer esta carta a Otilia. Nuestra nena enloquecería. Bastante tiene ya con sus remordimientos. Pobrecita, ignora que es tan inocente, como tú o yo, de los que estaba predestinado a Estanislao. Los verdaderos culpables son otros. Pero ella, con más valor que nosotros, más consciente de cuantos integramos la sociedad, quiere responsabilizarse de lo sucedido a su hermano... Te informaré ampliamente del proceso de su enfermedad; hasta el momento los médicos estudian la manera de salvarlo. Muchos besos para Olivia y para ti.

Octavio”

La señora marcó nerviosamente los seis números. Un impulso ajeno a sí misma le movía el índice. Inútilmente quería resistirse: 3... 4... 56... 0... 8. Esperó. Abrigaba la esperanza de haberse equivocado. Sí, eso diría. ¿Por

qué debía ella inmiscuirse en aquella tragedia? Cierto, le había conocido. Hasta pretendió tenerlo a su lado como a un hijo. Bueno, no tanto. Tal vez lo pensó. Seguramente hubiera sido así de no ser tan hosco. No obstante, su separación se debió a una demostración de afecto filial. No estaría tendido en la cama inconsciente, delirante, quemado por la fiebre si él se hubiera abstenido de hacerle aquel regalo. Ella no quería ir a verlo al hospital. Fue necesario que el cura, al oír su confesión, le advirtiera su deber de interesarse por su suerte. "Seamos piadosos con esos muchachos descamisados. Su visita será, tal vez, la única que tendrá de persona conocida". El sacerdote hasta prometió acompañarla, pero ella rehuyó su ofrecimiento. Su carácter irresoluto la había aislado de todos. Cuarenta y cinco años de constante lucha por unirse a los otros, solo le dejaron una terrible soledad. Mejor era así. Su aislamiento constituía una muralla protectora contra las desilusiones de las amistades. Siempre deseó manifestar amor, comprensión, solidaridad, pero la respuesta inmediata o tardía era el desagradecimiento. No podía decir lo mismo de él. Porque el niño, al menos, trató de demostrarle afecto. Habría sido mejor que se hubiera abstenido No estaría con una bala en la cabeza. Por un instante evocó el frasco de perfume que él intentara regalarle. No, no. El alma de él, abandonada, sola, aislada, se diferenciaba de la suya: no se había dejado entumecer por la orfandad. ¡Pobre muchacho! En el amplio hospital, rodeado de tantos enfermos, con su cara de ángel sucio. Le habían lavado el rostro, pero el agua mezquina no le quitó todo el tizne. Los orificios de la nariz y el caracol de las orejas permanecían costrosos. Quiso pedir un poco de agua tibia, limpiarle, mas se contuvo al comprobar su alta temperatura. La cabeza a medio rapar y la venda sin una gota de sangre. La enfermera aquella que no le dejó hablarle. Ya abandonaba el hospital, cuando le entregó el papel con el número del teléfono.

—Llame usted a este médico. Está interesado en saber algunos datos del niño.

—Yo..., yo no sé nada de él. Apenas su nombre: Jesús.

—¿Jesús?

—Sí, Jesús.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Un señor dijo que se llamaba Estanislao.

La enfermera buscó la historia médica y leyó:

—Estanislao..., sí, así me dijo y lo apunté. La dama de negro reafirmó:

—Su nombre es Jesús.

—Ya ve, es importante que llame al médico. Antes no sabíamos cómo se llamaba y ahora ya tiene dos nombres. Estos muchachos de la calle...

Allá del otro lado del alambre, el timbre sonó tres veces. Se disponía a colgar el aparato cuando alguien habló:

—Con el doctor Jáuregui.

No supo qué responder. Quiso cortar la comunicación. Pensó en el sacerdote, en la enfermera, en Jesús. Su respuesta la forzaría a entrar en contacto con ese médico y otras personas. La Policía. ¿Qué sabía ella de Jesús? Nada. Bueno, algo.

—Aló... Aló... ¿Con quién deseaba hablar?

—Aquí, Ana Peñaranda. Yo...

—Diga usted, señora. ¿En qué puedo servirle?

—Se trata de Jesús.

—¿Jesús? ¿De qué Jesús me habla?

—El niño del hospital, a quien le dieron un tiro en la cabeza.

—Sí, sí, señora. ¿Se llama Jesús? Me interesa ese dato. ¿Dónde podría hablar con usted?

—Yo solo quería decirle eso. Se llama Jesús y no Estanislao.

—¡Ah! Usted también sabe que se le conoce por ese nombre. ¿Es amiga del doctor Guzmán?

—¿Guzmán? No sé de quién me habla. Algo me contó un día de un doctor que había dado muerte a toda su familia.

—Señora, por favor, es necesario que hablemos. Dónde puedo verla.

—Si insiste..., pero le advierto que no sé mayores cosas de él. Puede verme en mi almacencito de medias que queda en la calle veintidós.

—Dígame la dirección exacta.

—Calle veintidós, número diez cuarenta y tres. El almacencito se llama "La Cosedora", al lado de la farmacia. Pregunte usted por Ana. Estoy todo el día. Cuando Jesús vivía conmigo, le dejaba y salía por algunos momentos. Ahora...

***

Los nombres de Estanislao y Jesús no corresponden a ninguno de los números de mis historias clínicas. Figura un José Estanislao Marulanda, de doce años de edad, oriundo de Medellín. Acusa tres entradas a la Alcaidía de Menores. Hurto. Vagancia. Robo. Hoy he revisado cuidadosamente su historia. Insistió en negar el hurto de la caja de bocadillos que le imputaban. Curioseaba en una esquina cuando le detuvo una mujer que llamó a la Policía.

Estuvo detenido seis meses. Nadie lo reclamaba. Un día llegó un tío. Lo identificó. Afirmó habérsele escapado hacía exactamente seis meses. Una carta que alguien le escribió daba noticias de encontrarse preso en la Alcaidía. Vino de Medellín por él y se lo llevó bajo su custodia. Tres meses después lo capturaron en Bogotá conjuntamente con otros dos muchachos. Un compañero de prisión y otro niño bogotano que ingresaba por primera vez. Se fugó. La coartada fue fácil. Tenía crestas en el pene. La visitadora social lo condujo por orden mía al Hospital de la Samaritana para su tratamiento. Lo acompañaron tres menores con blenorragia y un agente de policía. Al abandonar el hospital, faltaba él en el grupo. En la tercera detención, hace apenas dos meses, lo sorprendieron dentro de un almacén. Al parecer sus compañeros de pandilla no pudieron forzar los candados de la puerta metálica. Se pudieron comprobar las huellas de violencia. Sin embargo, a través de las rejas, les había entregado algunos pesos y artículos. Se empecinó en no delatar a sus compinches. Calla. Doce años de edad y tres detenciones le han convertido en un hampón experimentado. José Estanislao Marulanda. Sonríe. Habla orgullosamente de su silencio. Cuenta que llegará a ser famoso estafador. He tenido con él varias sesiones psicoanalíticas. Gusta de hablar. Manifiesta problemas de ansiedad por

carencia de afecto maternal. La madre murió cuando tenía tres años. Con anterioridad, su padre pereció a consecuencia de una riña. Desde entonces estuvo supeditado a la malquerencia del tío, quien le castigaba brutalmente. Lucha contra esta ansiedad y trata de superarla imaginando situaciones abiertamente irreales. Su capacidad mitómana es exagerada, con la que encubre una doble actitud de desconfianza y rebeldía. Igual que la mayoría de los reclusos púberes, está a la defensiva y renuente a la trasferencia. Exterioriza algunos sentimientos de culpabilidad, pero acusa obcecadamente al tío. El padre es para él una imagen borrosa. Lo admira. Dice de él: "Era fuerte. Tenía las manos callosas y largos bigotes. Mi madre decía que era muy *berraco.* Mató a dos hombres antes de que lo asesinaran".

Es increíble que tenga recuerdos de los tres años de edad. Evidentemente fantasea. Las crestas en el pene lo llenan de orgullo. Puede demostrar a los otros reclusos haber tenido relaciones sexuales con mujeres. Cuenta de muchas experiencias con prostitutas, sirvientas y con una niña virgen. Le he interrogado si conoció, ahí en la Alcaidía, a algún recluso de su mismo nombre, Estanislao. Niega. Afirma tener muchos tocayos José.

***

Los estudiantes rodeaban al herido de la cabeza. Querían quitarle la máscara de su sueño para interrogarlo. Sus preguntas, sin embargo, convergían sobre sí mismos, ahondando su impaciencia. Los pacientes, obligados por su enfermedad a permanecer en sus lechos, observaban el trajín de las enfermeras con la curiosidad de un espectáculo. El enfermo de la cama número 23, el único que podía deambular, había aprovechado un momento en que dejaron solo al niño para intentar despertarlo con bruscas sacudidas.

Tres días después de haber sido hospitalizado, los profesores y médicos no lograban coincidir en sus diagnósticos. El jefe de Clínica de la Sala, el doctor Ramírez Dacosta, se dirigió a los estudiantes; pero en cuanto comenzó a hablar, su colega, el neurocirujano, doctor Vence, bajó la cabeza sintiéndose aludido.

—¿Se acuerdan del caso similar que tuvimos hace unos meses? Una mujer fue abandonada a la puerta del hospital en estado de coma. Tenía alta temperatura y fenómenos abdominales. Yo, personalmente, me incliné por sentar un diagnóstico de fiebre tifoidea, pero reclamaba un mayor estudio de los síntomas clínicos. El cirujano sentó el suyo sobre la sospecha de una apendicitis supurada. ¿Se debía o no operar de emergencia? Exigí que se esperara la prueba de laboratorio que confirmara o descartara la tifoidea. La enferma expiró antes de conocerse su resultado. La autopsia reveló lo que ninguno de nosotros había sospechado: un proyectil en el cerebro. ¿Qué resultados nefastos habría tenido la intervención quirúrgica? He aquí por qué considero necesario clarificar el cuadro clínico antes de precipitarnos a practicar una trepanación. Ahora, afortunadamente, sabemos que este niño tiene una bala en la cabeza, pero tenemos un grave interrogante: ¿su estado general es debido a la presencia del proyectil o a la complicación de una hemorragia cerebral? Para mí, la bala alojada en el cerebro es apenas el factor que ha desencadenado una hemorragia intracraneana, cuya compresión acarrea la parálisis de los centros nerviosos, imposibles de explorar mientras dure la inconsciencia.

Los estudiantes miraron al doctor Vence. Su juventud contrastaba con la docencia experimentada del jefe de Clínica. Pero no solo los diferenciaba la edad. El joven neurocirujano, especializado en los Estados Unidos, se mostraba despreciativo del riguroso análisis clínico que exigía el doctor Ramírez Dacosta. Para aquel, la sintomatología clínica se reducía a prolijos exámenes de laboratorio. Cifras. Anatomía. He ahí las normas que guiaban sus incisiones quirúrgicas. Ante la locuacidad del profesor, afanoso por ganarse la admiración de los alumnos con brillantes disertaciones, oponía su silencio. La bata blanca lo hacía más joven. Rodeado de estudiantes, delgado, nervioso, parecía ser uno de ellos. La mirada del doctor Ramírez Dacosta, sombreada por la fatiga del estudio y la observación, se sumó a las de sus discípulos, atenta a la palabra del cirujano. Abrió un pequeño círculo a su alrededor y sentado en una silla, obeso y pequeño, asumió una posición de acusado ante la magra y elevada estatura del doctor Vence. El silencio hizo perceptible la respiración ansiosa del herido. El cirujano puso sus dedos sobre la frente del niño, sujetando su cabeza a manera de una pelota.

—Las radiografías revelan una contusión intracraneana. Extraída la bala, el cuadro de la parálisis general se reduciría a las lesiones locales. Me inclino por una trepanación inmediata para desalojar el proyectil y drenar la posible colección purulenta. Después, ya sobre la observación directa, cabría una amplia discusión clínica.

***

—No es mucho lo que puedo decirle de niño. No sé por qué le di a usted mi dirección por teléfono. Siempre me sucede igual: trato de huir de las personas, y cuando menos lo pienso, ya me veo enredada con ellas. Fue lo que me pasó con Jesús. Llegó aquí un día, como tantos niños que vienen a pedirme migajas de comida. También se asoman algunos perros cuando cierro..., yo les doy a veces, porque no siempre tengo sobras. Desde el primer momento comprendí que no era igual a los otros. Una se acostumbra a distinguirlos. No me pidió nada, apenas me miraba comer. Yo le di la espalda, pues no me gusta que se planten ahí en la puerta a curiosear. Muchos no tienen hambre, espían para robar en cuanto una se descuida. Pero volvamos a Jesús. Ya le dije que me pareció distinto. No me equivoqué. Cuando dejé de comer, sin pedirme nada, se iba. Tuve lástima. Sabía que tenía hambre. Bastaba con verle sus ojos fijos en mi boca cuando masticaba. Entonces lo llamé. "Entra", le dije. Se asombró de oírme hablar. Seguramente me confundió con un muñeco de vitrina, de esos que hacen toda clase de movimientos sin decir una palabra. "¡Entra, entra!", le repetí, llamándolo con la mano. Miró a su alrededor, como si temiera ser visto. Luego penetró y se paró ahí detrás de esa vitrina. Yo apenas le veía la cabeza. "¿Cómo te llamas?", le pregunté. Se quedó mudo. Hasta pensé eso, que fuese un sordomudo, pues al parecer no oía ni hablaba. Entonces le ofrecí un poco de arroz y un pedazo de carne. Eso sí lo sacudió. Estiró la mano y trató de salir corriendo. "¿Adónde vas? Siéntate." Se contuvo, y después de mirarme se agachó en ese rincón. Tragaba afanosamente, casi sin masticar. Me miró agradecido, pero sin decirme nada. Comprendí que todavía tenía hambre. Le di pan y café con leche. Cuanto tenía para cenar esa noche. Mientras comía, le observé de cuerpo entero. No tenía zapatos. La ropa

muy mugrosa, pero de buena calidad y hecha a su medida. Pensé en esos niños de aquí, escapados de sus padres. Sin embargo, tenía más apariencia de ser un campesino. Temblaba de frío. La cara sucia, los cabellos largos. "¿Dónde vives?", le pregunté. Negó con la cabeza, y entonces me enteré de que realmente oía. Insistí en preguntarle su nombre. Después de meditar lo mucho, me respondió: "Jesús". Me hizo pensar en Nuestro Señor Jesucristo. Él también había nacido así, pobre. Sentí deseos de hacerle una caridad, darle un par de zapatos. Me imaginaba el tormento de sus pies descalzos porque al pararse se frotaba uno contra otro para quitarse el frío. Pero yo no tenía zapatos en mi tienda. Había oscurecido. Debía cerrar e irme a la iglesia, a las Nieves, donde voy a rezar todas las noches. Me vino la idea de dejarlo dormir aquí. Rechacé este pensamiento. A lo mejor podía robarme. Podría estar de acuerdo con otros muchachos y vaciarme la tienda por las rejas. Me ayudó a cerrar, y luego, tras darle una moneda de cincuenta centavos, se fue caminando, sin alegría, sin darme las gracias. "¡Qué chino tan extraño!", me dije. Fui a la iglesia y recé por él, por todos los niños pobres. A la mañana siguiente, al abrir, estaba allí plantado. Me sonrió y me dio los buenos días. Me alegró mucho verlo. Alzó las rejas y se quedó allí plantado, en ese mismo sitio. "¿Ya desayunaste?", le pregunté. Me dijo no, con la cabeza. Una señorita entró por medias. Compró un par, se quitó las que tenía puestas y me las dejó para remallar. Preparé café con leche y dije a Jesús que entrara a la trastienda. Desayunamos juntos. Yo siempre he sido sola. No me gustan las amistades. Desde pequeña fui así. Mi madre murió cuando yo tenía siete años de edad. Me crio un tío, pero su mujer nunca gustó de mí. Me pegaba. En su casa yo era quien lo hacía todo, a cambio de ello me regañaba y tiraba de mis cabellos. Con todo, le estoy agradecida: me enseñó a rezar y remallar medias. Era muy rezandera, y cuando murió, mi tío la llevó a enterrar con dos curas. Debió de sentirse feliz. Tanto como yo. No crea que soy mala. Estaba contenta de ver que la enterraban con dos curas. Si no hubieran ido los curas, también habría estado feliz. Tenía veinte años y por vez primera me sentí libre. Pude pintarme los labios. Mi tío, que jamás se ocupó de mí, me pedía entonces que lo acompañara al cine. ¡Qué maravilloso! Me costó mucho saber que los artistas no eran de carne y hueso. Los hombres me miraban y yo, ruborizada, creía que lo hacían por mis coloretes. Las amigas de mi tía, unas rezanderas igual que ella, quisieron que me metiera a un convento. "¿Qué vas hacer tú sola

en el mundo?". "Tu tío se morirá y quedarás arrinconada por ahí." Me opuse a entrar a la Congregación de las Siervas del Divino Salvador. Yo anhelaba vivir. No se crea que deseaba andar suelta de madrina. No, no, señor. Solo quería conocer cosas, personas, pues la mujer de mi tío nunca me dejó asomar ni a la puerta de la casa. Yo era una muchacha de adentro. Pero a usted no le interesan las cosas mías, sino las del pobre Jesús. Me da escalofríos saber que está en el hospital con una bala en la cabeza. ¿Cree usted que se muera, doctor? ¿Quién le dio el tiro? ¡Ah, eso de andar solo en el mundo sin madre! Yo lo sé muy bien. A la semana de estar tratándolo, me atreví a dejarlo encerrado en la tienda para que tuviera donde dormir y me cuidara. Le advertí los peligros de trabar amistad con los chinos que llegaban a pedirme sobras. Para retirarlos, dejé de darles. Jesús, tan bueno, me obedecía. Jamás les dirigió la palabra. A veces lo insultaban. Le decían "maricón". Él los oía y se quedaba quieto. Tenía seis meses de vivir conmigo. Parecía estar contento. Yo nunca tuve quejas de él. Le compré ropa. No mucha, dos mudas. Le hablé de llevarlo al colegio, y entonces se puso a llorar. Le daba terror la escuela. "Bien, no irás, pero no llores". Y entonces sucedió lo de la droguería vecina. Dicen que quería robar. No, doctor, no hubo tal intención. Yo puedo jurar que Jesús es incapaz de eso. Ni aunque se lo hubiera propuesto el muchacho de la droguería. Ya es de noche y tengo que ir al rosario. Doctor..., doctor Jáuregui es su nombre. Dígame: ¿se morirá el pobre Jesús?

***

El herido estuvo listo para la intervención quirúrgica. Momentos antes de entrar a la sala operatoria, se presentó la señora Ana, acompañada de un sacerdote. El doctor Vence, ya puesta la bata esterilizada, manifestó su disgusto por aquella contrariedad a última hora. Con la mascarilla puesta, observaba intranquilo a los dos personajes vestidos de negro en torno al enfermo.

—Quiero que lo confiese antes de la operación.

El doctor Jáuregui le arguyó cortésmente:

—No habrá tal confesión. No ha recobrado la consciencia.

—No importa; le administraré los Santos Óleos— intervino el sacerdote.

Octavio se sorprendió del interés de aquella señora por Estanislao. Miraba su aspecto de mujer capitalina, vestida de negro desde los zapatos, hasta el sombrero. Nerviosa, intranquila, apretaba el misal contra su pecho.

—Tuve que cerrar mi tiendecita para traer al reverendo padre. ¡El pobre Jesús no tiene a nadie en el mundo!

Jáuregui miró de soslayo a Octavio quien estaba cada vez más asombrado. Sin esconder su perplejidad, el abogado la interrogó:

—¿Decía usted que el niño se llama Jesús?

Ansiosa por hablar, lo tomó como objeto de su descarga emocional:

—Sí, señor; Jesús, un buen nombre para él. Es un niño modelo. No sé cómo pudieron darle un balazo en la cabeza. Yo soy una persona muy ocupada, pero lo he dejado todo para traerle el sacerdote. Sabe usted, es huérfano. Nunca conoció a sus padres. ¡Si le oyera hablar! Tiene una voz dulce. A veces pienso que es el mismo Jesús vuelto a la tierra. Al comienzo yo imaginé que fuera un muchacho cualquiera, pero...

—Señora, apártese usted, van a entrar el enfermo a la sala— la interrumpió el doctor Ramírez Dacosta.

El sacerdote terminó de aplicar los Santos Óleos. Eran las nueve de la mañana.

—¡Pobre Jesús! —exclamó la mujer, persignándose junto al religioso—. Me esperaría hasta el fin de la operación, pero debo abrir la tienda.

Se marchó ostensiblemente satisfecha, atenta a las miradas de los demás enfermos, como si esperara una manifestación general de gratitud. Al momento regresaba sola.

—El padre me aconsejó esperar. ¡Es un sacrificio, para mí, pero no puedo abandonarlo en un trance como este!

Octavio quiso acercársele, pero se le adelantó el inspector de Policía encargado de esclarecer aquel intento de homicidio.

—Señora, deme usted su nombre y su domicilio.

Lo miró con extrañeza.

—¿Cree que sea necesario?

—Me interesa conversar con usted.

—¿Es algún empleado del hospital?

—Me ocupo del caso del niño.

—¡Ah! ¡Está bien! Es bueno ser caritativo. Sí, señor, me llamo Ana Peñaranda. Vivo en la calle veintidós con carrera décima. Pero mire, yo no sé gran cosa de él. Lo conocí ocasionalmente y le encargué la vigilancia del almacén cuando yo salía. Nada más.

—Bien, seguramente le haré ampliar la declaración.

Empalideció. En mal momento se había regresado.

—¿Es usted un policía?

—Inspector, señora.

El cuerpo le escoció como si la hubiesen súbitamente invadido las pulgas. Se revolvía en el interior de su traje negro, y taconeando con sus zapatillas altas, abandonó precipitadamente el hospital.

En la pequeña sala quirúrgica, el cirujano llamaba la atención a los colegas:

—Miren las radiografías. La bala está alojada en el lóbulo parietal derecho. Se advierte un proceso de cicatrización en el hueso. Los desgarros del pericráneo indican que algún profano intentó extraer el proyectil con un instrumento punzante. Tijeras o ganchos. Esto confirma mi tesis. El paciente fue herido muchos días antes de su encuentro en la calle. Surgen algunas preguntas. ¿Ha estado inconsciente todo este tiempo? ¿Cuándo comenzó el proceso infeccioso? Seguramente después del frustrado intento de sacar el proyectil. Las respuestas a estas preguntas plantean interesantes problemas clínicos. ¿La inconsciencia se debe al trauma nervioso o simplemente a la infección? ¿Debe su parálisis general a la lesión anatómica de los centros nerviosos, como opina el doctor Ramírez Dacosta, o simplemente a una inhibición refleja? La intervención que practicaré nos aclarará los interrogantes. Espero que sobreviva.

***

El reloj marcaba las once de la mañana. Silencioso, intranquilo, Octavio se paseaba en el corredor de la sala hospitalaria. Algunos enfermos le habían pedido cigarrillos. El más anciano le preguntó si aquel niño era su hijo bastardo. Hablaban moviendo la cabeza como caballos con jáquimas. Intuía que la mayor parte de ellos procedían del campo. Menos, desde luego, el enfermo de la cama número 23, de bigotes escrupulosamente recortados, vestido de pijama y con ínfulas de instruido. En la mesita de cabecera, donde los otros tenían cajas de cartón y bolsas de papel, él guardaba libros. Cinco. Seis. Un rimero de periódicos y revistas, algunas en inglés. Ya le habían dicho que iba a ser operado de una hernia muscular, a nivel de la espina dorsal.

Octavio se inquietaba por la inmovilidad de todos. Por eso, tal vez, deseaban hablarle, una manera de no sentirse anquilosados. Aparatos de yeso inmovilizaban algunos de sus miembros. Un brazo, una pierna. Otros sufrían de parálisis de la vejiga o de los ojos. Era la primera vez que se encontraba en una sala de traumatizados nerviosos. Se abrió la puerta de la sala quirúrgica. El neurocirujano salió primero, aún con los guantes puestos. Despojose de la bata con manchas de sangre y se dispuso a marchar.

—¡Doctor Vence!

Se detuvo sin levantar la cabeza y le dio una breve respuesta:

—Todo bien... Creo que se salvará.

—¡Gracias, gracias, doctor!

Una enfermera sacó al operado en una camilla de ruedas, cubierto con una sábana. Pasaron de largo sin detenerse en su cama. Octavio tuvo un aciago presentimiento. Le habían mentido. Estanislao estaba muerto.

—¡Señorita! ¿Dónde lo llevan? —interrogó ansioso.

—A la pieza de aislamiento.

Suspiró. Otra vez el calor de la sangre en sus mejillas. Aparecieron los demás médicos. Después de tres horas de silencio sentían la urgencia de expresar sus opiniones contenidas. Poco les entendía. Por prudencia se

mantuvo alejado. Esperaba que el psicoanalista le informara el resultado de la intervención.

—Fue sacado el proyectil con un mínimo de traumatismo. Hay que esperar su recuperación.

—Usted estaba esperanzado en que hablara bajo la acción de la anestesia.

—Sí, deliró un poco. Balbuceó un nombre. Otilia.

—¿Otilia?

—Sí, lo he apuntado.

—Es el nombre de mi hija. Extraño...

—Ahora más que nunca necesito de su colaboración. ¿Me ha escrito el relato que le solicité?

—No, no he podido. Imposible concentrarme. ¡El pasado es tan horroroso!

***

"Esa mañana nos dirigíamos a la finca "Gualanday", que yo había heredado de mi padre. Me acompañaban mis amigos, Anselmo Piedrahíta, secretario de Gobierno, y mi cuñado, Ricardo Bueno. A un lado del camino, sobre un alto arrayán, revoloteaban los gallinazos. Yo me adelanté al grupo. No fue un deseo, sino que mi bestia, más ligera que las de mis acompañantes, les tomó ventaja.

—Octavio, espéranos —me gritó mi cuñado.

Frené el caballo. Herido, levantó las patas delanteras y corcoveó intranquilo.

—¿Qué sucede, Ricardo?

—Mire usted esos gallinazos. Debe haber mortecina.

Veinte años fuera de Colombia me habían hecho un extranjero. Los relatos de la violencia no me alteraban. Sencillamente no creía en su tremendismo. Hacía esfuerzos por convencerme de cuanto me contaban,

pero revivía los recuerdos de infancia y me era imposible desarraigar de mi mente la estampa bondadosa de mi padre, cuando en la grupa de su caballo recorríamos los senderos del Combeima. El rancho paterno, en medio de los gualandayes, donde mis tías ayudaban al manejo de la hacienda. Las sementeras de maíz y la peonada afanosa en la recolección. El abuelo de cuerpo seco y mohoso como un árbol de vigorosas ramazones. Caminaba siempre erguido. La ruana gris, al cinto la peinilla y las sandalias enlodadas de tanto hollar los caminos. Los recuerdos de él son más vivos que los de mi padre. Sería porque me sentaba en sus piernas con el único propósito de nutrirme con el sabor de la tierra. En sus labios, los cuentos del "poira", de la "madremonte", del "mohán" adquirían una realidad tangible para mi mente de niño. "Yo lo vi", me decía, y entonces tenía la convicción de que sus relatos era más sagrados que los de "Papá Dios", de "Jonás y la ballena", de la "Sagrada Familia", de "Taita Jesucristo", narrados por mis tías, pues ellas jamás me dijeron: "Yo lo vi".

Los gallinazos se peleaban los despojos sobre los árboles. El secretario de Gobierno desenfundó su revólver y aconsejó acobardado:

—Regresemos. Enviaré una patrulla de soldados para que inspeccionen.

Mi cuñado se adelantó y sujetó las riendas de mi caballo.

—Tiene razón el doctor: es peligroso.

Reí de sus temores. La presencia de unos zamuros los hacía reaccionar como niños.

—No son más que unos animales —les dije.

—Sí, unos animales que acuden en bandadas cuando hay muertos.

Insistí:

—Tú lo has dicho, Ricardo. Muertos. No debemos temer. Alguna vaca ahogada.

—No, no es mortecina. Es carne fresca. Míreles los picos y las patas ensangrentados —recalcó el secretario de Gobierno.

Espoleé el caballo, pero mi cuñado lo sostuvo con firmeza por el freno.

—Pueden estar emboscados.

—¿Quiénes?

—Los bandoleros.

El doctor Piedrahíta, inquieto sobre el potro, agregó:

—Hemos recibido informes de que han visto merodear por aquí a extraños.

—Es mejor que nos escuches, Octavio. Te imaginas estar todavía en Europa. Esto es Colombia, el Tolima.

—Lo sé. Podría recorrer con los ojos cerrados este camino, aunque hubiese estado no veinte años, sino un siglo en el extranjero.

Al ver mi resolución, el secretario de Gobierno abrió sus alforjas y extrajo otro revólver.

—Bien, lo acompañaremos. Tome esta arma y avance con cautela. No deje desbocar el caballo.

Empuñé el revólver con escrúpulos. Era incapaz de disparar contra alguien a quien no conociera. El caballo emprendió la volatería. Gustaba correr. Mis acompañantes se vieron obligados a espolear sus bestias para no quedar rezagados del todo. Husmeaba insistentemente el aire en busca de malos olores. Solo percibía la transpiración del bosque y el aroma de los gualandayes florecidos. No podíamos ver más allá de la espesura de los árboles a lo largo del camino. Mi caballo comenzó a disminuir el trote. Sus orejas apuntaron hacia adelante. Me pedía freno, no para correr, sino deseoso de alargar el cuello y olfatear el polvo levantado por sus propios cascos.

—¡Cuidado, Octavio!

—¿Qué sucede? —interrogué.

—Ahí, detrás de la quebrada, están escondidos.

Dirigí el caballo hacia la cañada.

—Le vi el sombrero a uno de ellos —exclamó el secretario.

—Se deslizó por entre las piedras. Está escondido en el puente. Ten cuidado —me advirtió mi cuñado.

Me eché a tierra y me escudé detrás de un robusto árbol. Mis amigos ocultaron sus caballos en la maleza.

—¡Sal de ahí o te mato! —amenacé.

La respuesta fue un llanto quejumbroso.

—¡Es un niño!

—Tenga cuidado; esos asesinos se valen de todos los trucos —me aconsejó el secretario.

Insistí nuevamente, más fuerte:

—¡Sal, sal de ahí!

El llanto se acrecentó. Lograba sobreponerse al murmullo de la quebrada. Realmente era un niño y salí a su encuentro.

—No me maten. ¡Ya asesinaron a mis papacitos y a mis hermanos!

En el agua, agazapado, las manos sobre el rostro, me miraba con sus ojazos por entre las rendijas de sus dedos temblorosos. Esos ojos afiebrados no podían distinguir entre un amigo y un asesino.

—No llores, no vamos a hacerte nada. Sal de ahí.

Me descolgué por la barranca. Idiotamente le hablaba con el revólver en la mano. Aterrorizado, echó a correr dentro del agua, a lo largo de la quebrada. Se caía y levantaba, veloz, lloroso. Le perseguí, pese a que la corriente, en contra, me tumbaba. Por la orilla, el secretario le tomó ventaja y le gritaba:

—¡Párate! ¡No seas tonto! ¡No corras!

Al ver que le salían al paso, optó por cruzar la quebrada a nado. La corriente lo arrastró agua abajo y vino hacia mí nuevamente. Lo atrapé cuando se ahogaba, más por su propio llanto que por el agua tragada. Me suplicaba gimoteante:

—¡Perdóneme la vida, señor! ¡Yo no soy malo!

—¡Cálmate, hijo! No voy a hacerte nada.

Me miraba y no creía en mis palabras. Temblaba.

—¡No me mate!

Forcejeando con él pude echármelo al hombro. En la orilla nos esperaban mi cuñado y el secretario. Al ver que el muchacho se esforzaba por zafarse, acudieron en mi ayuda. Su temor fue pavoroso.

—¡Por lo que más quieran, no me maten! ¡Yo no soy malo! ¡No soy malo!

Todavía sobre la grupa de mi caballo, amarrado a mi cuerpo para que no saltara, gritaba sollozante:

—¡Suélteme, señor! ¡No vaya a matarme!

Nuestro regreso alarmó a la ciudad. La gente nos seguía ansiosa.

—¡Los bandoleros van a atacar a Ibagué!

—¡Mataron al gobernador!

Al verse rodeado de la muchedumbre, el niño insistió en sus ruegos:

—¡No me maten! No soy malo.

Me les encaré enfadado:

—¡Aléjense! ¡No ven que lo asustan!

Zurré al caballo y me dirigí al galope a mi casa, en tanto que mi cuñado y el secretario fueron rodeados por la gente; que reclamaba pormenores de la matanza. Mi mujer, a quien ya habían dicho que yo llegaba ensangrentado, salió a recibirme con nuestra hija Otilia entre los brazos.

—¡Mijo! ¿Qué te ha sucedido? ¿Quién es ese niño?

Su ansiedad la enloquecía. Desaté al muchacho y me di prisa en penetrar a casa con él y cerré las puertas para que los curiosos y vecinos no inundaran la sala. Desde...

He recibido una carta de mi esposa en la que me cuenta hechos monstruosos con relación a Estanislao. No sé si pueda terminar el relato que me ha solicitado. Todo el afecto paternal que he tenido por él, se me trueca en odio y rencor".

***

“Ibagué, octubre 18 de 1961.

Querido Octavio: Debes venirte inmediatamente. Otilia está muy mala. Debí llevarla donde el médico. ¡Si supieras lo ocurrido! No sé si sea prudente decírtelo por carta. Anoche te llamé por teléfono varias veces al hotel, pero no estabas. ¿Te lo dijeron? No es nada de muerte. No vayas a preocuparte por su salud. Pero sí es terrible. Increíble. Tú sabes cómo se puso cuando vio en el periódico la fotografía de Estanislao. Creí que le pasaría su crisis nerviosa, pero ha ido empeorando. Las pesadillas de noche, el llanto. Su obstinación en no ir a la escuela. Le dije que podíamos marchar a Bogotá, a tu lado, y entonces fue peor. No quiere verte. Se encierra en su pieza y llora. Las pastillas no la calman. Estoy asustada. Aunque te digo, me siento mejor después de haberla examinado el médico. Yo creí que la cosa era más grave. Afortunadamente, me aseguró que no debía temer por su salud. Estos rodeos son peores. Mejor te lo escribo todo: Otilia, nuestra nena, fue violada por Estanislao. Ahora comprenderás mi ansiedad. Tú allá averiguando por 1a vida de ese infeliz, cuando se merece la muerte más horrorosa, como la de sus padres. Dios Santo, perdóname. Vente de inmediato. Abrazos y besos de tu

Susana”

***

Las manecillas de los relojes empujábanse unas contra otras, compulsadas por el tiempo. Los automóviles se hacían más veloces y las calles menos anchas. Aparentemente los objetos mecánicos incubaban la ansiedad. El chófer del bus insultaba al pagársele con un billete o si el pasajero insistía en oprimir el timbre para anunciar la próxima parada. El lotero voceaba los números con reticencia. En la esquina, el policía de tráfico silbaba enfurecido. Ira acumulada. La ciudad era una gran caldera de átomos humanos recalentados.

Y de repente la lluvia bañó los rostros con puñados de menudas gotas. Agua escurridiza, pegajosa. Caía de los cerros y se filtraba friolenta por la

ropa y los poros. Las calles mojadas transpiraron y la gente aglomerada en las esquinas comenzó a reír. El tiempo elástico se distendió. La lluvia era un pretexto para llegar tarde a todas las citas. Los relojes olvidados apuntaron horas disparatadas.

El inspector penetró al pequeño local de la tienda de medias. Los que allí se guarecían del chubasco se estrecharon contra la vitrina. La dueña sonrió. No era acogedora ni cortés, pero la lluvia refrescaba su mal humor de solterona. Otras veces, cuando remallaba medias y venían a solicitarle por algún botón u otra cosa, arrugaba el ceño y chillaba agriamente un "no". Ahora hasta escuchaba atenta la conversación de los intrusos.

—Este verano fue más fuerte que el pasado.

—Nos racionaron el agua todos los días.

—En el Norte debió granizar.

Los automóviles tenían incrustados pedacitos de hielo en los ángulos del parabrisas. La corriente sucia arrastraba las inmundicias de la calle, pero ya no llovía. Una a una, las personas fueron abandonando la tienda, sin despedirse, como si nunca se hubieran visto ni cruzado palabras. Los minutos volvieron a correr y el imperceptible pulso del tiempo latió alocado. La dueña se resintió nuevamente con sus palpitaciones y calores. Miró recelosa al inspector y quiso echarlo. Optó por un método más violento: se puso a secar el suelo. Restregaba el trapo contra el piso con furia, rezongando:

—Entran, ensucian la tienda de barro y luego se van sin decir "adiós".

El inspector la observaba y ella pasaba el trapo en torno a sus pies, fingiendo ignorarlo. Extrajo de su bolsillo una libreta y un lápiz. Le dijo:

—Si no me equivoco, es usted la señora Ana Peñaranda.

Dejó de agitar el trapo y se enderezó sorprendida.

—No le he visto nunca. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Nos conocimos antes.

—¿Viene por algunas medias? ¿Es usted el esposo de…?

—Se equivoca. No estoy casado.

—¿Qué quiere?

—Soy el inspector y vengo a interrogarle por lo del muchacho de la bala en la cabeza. ¡Quiero que me diga cómo fue eso!

—Yo..., yo no sé nada. No me meta en líos.

Había empalidecido. Guardó el trapo y la escoba. Se secó las manos en una toalla y se escudó detrás del mostrador como en una trinchera.

—¿Cómo se llama?

—Eso quiero saber yo, cómo supo mi nombre.

—Me refiero al muchacho.

—¡Ah!... Vaya a saber cuál es su verdadero nombre. Ni bautizado será. A mí me dijo que se llamaba Jesús…, pero otros lo conocen por Estanislao.

—También sabe usted que lo llamaban así.

—Yo... Yo no sé nada. En el hospital... ¡Ah! Ahora recuerdo, fue allá donde lo vi esta mañana.

—¿Por qué fue a verlo?

—Porque me lo aconsejó el cura.

—¿Qué cura?

—Mi padre confesor. Ese que le administró la Extremaunción. A propósito, ¿cómo le iría en la operación? No he podido volver.

—Le extrajeron la bala.

—¡Dios milagroso! Entonces, ¿ya no se muere?

—No se sabe. Dígame: ¿quién le dio el tiro?

—¡Virgen Santa! ¡Qué voy a saber yo eso! Me enteré por la fotografía que publicaron los periódicos.

—Pero usted sí conoce a su vecino, el droguista.

—Claro que sí. Tengo veintiún años de tener este negocio y la droguería apenas tiene quince.

—¡Buena memoria! Podrá recordar muchos detalles del muchacho.

—Si no hace mucho tiempo que lo conozco.

—¿Cuánto?

—Unos... seis meses.

—¿Se acuerda de la denuncia del droguista cuando el robo de los frascos de perfumes?

—No fueron varios frascos, sino uno. Ese que llevaron a la Inspección. Tampoco venga a hacerle cargos infundados al muchacho.

—Usted denunció que le robaba las medias.

—Yo no me quejé de nada. Expliqué lo del frasco de perfume y el par de medias. Ustedes no le creyeron. Yo sí. Llevo bien mis cuentas: me faltaba un solo par. Él confesó la verdad y ustedes no quisieron creerle. Lo llevaron a la cárcel. Y ahora lo encuentran en la calle con un balazo. Debían saber por qué no estaba preso y quién le dio el tiro.

—¿Lo visitó cuando estuvo en la Alcaidía?

—Sí, una vez. Me contó cosas espantosas y no quise volver más. Un guardia le rompió una costilla de una patada. Me pidió pomada de penicilina porque los más grandes le pegaron una horrorosa enfermedad. El droguista vecino me aconsejó desinfectarme las manos con alcohol y que no fuera a verlo, pues esa enfermedad me podía dejar ciega. ¡Por eso no volví, Dios santo!

—Regresaré a ampliar el interrogatorio. Por hoy basta. Debo hacer otras diligencias.

La tendera púsose el abrigo negro, las zapatillas y cerró las puertas metálicas con candado. Se santiguó y pasó a la droguería contigua. Deseaba hablar con su vecino. Se contuvo bruscamente al ver que el inspector conversaba con él. Regresó a su tienda con el cuello del abrigo levantado. Se escurrió por detrás del armario y prendió otra vela a la estampa del Señor Caído de Monserrate. Imploró de rodillas:

—Te agradezco que le hayas sacado con vida de la operación. Y también de la cárcel, aunque le dieran ese tiro en la cabeza. Seguramente fue allí donde lo hirieron. ¡Apiádate de él, Señor! ¡Tú sabes que es un buen muchacho!

El sol quemaba. Las gentes, afanosas, cruzaban las calles. Un anciano maldecía a varios rapazuelos que le tiraban de los fondillos, mientras algunos mayores reían gozosos a 1a puerta del almacén de medias.

***

—Yo lo decía. Así debía morir, en un charco de su propia sangre. Es un muchacho malo. Lleva la perversidad en las venas. Por eso procedí en la forma que lo hice. La vecina me acusó de ser canalla, pero no hay tal, sencillamente puse las cosas en su puesto. ¿Qué alternativa le queda a uno, señor inspector, cuando le roban? ¡No voy a decir que el muchacho era una palomita muerta; pero sin la incitación de ese malvado, no se hubiera atrevido a tanto! Yo, desde luego, no me enteré sino demasiado tarde. Como no dispongo de un empleado para la contabilidad, no es posible darme cuenta exacta de los productos que se venden cada día. Y él escogió precisamente un artículo que se mueve mucho: los perfumes. Y tomaba los más caros para venderlos como artículos de contrabando en plena vía pública. El truco empleado para el robo demuestra su experiencia. ¿A quién se le ocurre cambiar medias por perfumes? Ya ve usted. De antemano sabía cómo aparentar inocencia. ¡Sí, inocencia! Ese es el arte de los gamines. Se les ve con esas caritas de angelitos desplumados, carisucios, mugrosos. ¡Pura máscara! Es la forma de despertar la caridad, pero cuando pueden te dan la puñalada. Y ese se las sabe todas. ¡Se necesita mucha imaginación para inventar el cuento del Día de las Madres para robar! ¿Quién no cae en la trampa? Lloraba y decía que solo quiso hacer un regalito a la buena señora Peñaranda, pues sin conocerlo, le había recogido en su tienda. La pacata, que nunca ha tenido un hijo, se lo creyó. Para ella, rezandera, encontrarlo fue algo así como un milagro de la Virgen. Toda la vida no ha hecho otra cosa que esperar un hijo. ¡Si no lo ha tenido con el primer hombre de la calle es por su catolicismo! De lo contrario, en vez de uno, serían muchos de diferentes padres. Y él supo estudiarla muy bien; comenzó a llamarla "mamita". Con esa palabreja la dejó embobada. Pero viéndolo bien, solo quería justificar su robo. "Yo soy huérfano, y como todos los muchachos tienen mamá, quise, igual que los demás, hacerle un regalito, el Día de

Madre, a la señora Ana." ¡Habrase visto tanta argucia! Fíjese usted, señor inspector, en eso ya se ve la mala sangre. El otro tonto se tragó el anzuelo. ¡Maravilloso! El que sí tenía madre, le pareció una gran idea regalarle un par de medias. ¡Un par de medias! ¿Cuándo en su vida vio a su mamá usando medias de esa calidad? Y la misma señora Ana, ¿qué iba a hacer con un frasco de perfume finísimo? Las intenciones reales eran otras: encubrir el robo. Pero conmigo se dieron con la piedra en los dientes. El celador los sorprendió cambiándose medias por perfumes, a través de las rejas metálicas. Llamé a la Policía. La señora Ana se opuso. Para ella eso era una simple chiquillada. Dizque más valía la generosa intención de querer llevar un regalito a sus madres, que el valor de las medias y el frasco de perfume. Lo cierto fue que en esa fecha se festejaba el Día de la Madre: ¡pura coincidencia! Si hubiera sido otro día, ese sinvergüenza habría inventado otro cuento. Afortunadamente, usted se encargó del caso y obró sin contemplaciones. Claro está, señor inspector: usted lleva muchos años trajinando con esos ladronzuelos conoce el alma negra que tienen. Todos son iguales. Unos más perversos que otros. Hizo bien en mandarlos a ambos a la cárcel. Solo se pudo rescatar el frasco de perfume hallado en sus manos esa noche, pero me quedó la satisfacción de no haberse burlado de mí impunemente. ¿Cuándo veces dice usted que ha estado preso ese sinvergüenza? Al muchacho que se quedaba aquí a cuidar por las noches lo echaron a la calle a los dos meses. Fue poco, pero quedó fichado. La madre venía aquí todos los días a rogarme para que le hablara al juez de Menores y retirara la denuncia. ¿Retirarla yo? ¡Ni que estuviera loco! ¡Quién me iba a pagar los frascos de perfume robados! ¿Cuántos fueron? Ni yo mismo lo sé, mas en todo caso, muchos, pues ahí en ese rincón se veía el hueco dejado por la mercancía robada. Ahora me entero por usted que la fotografía del ladrón con una bala en la cabeza, aparecida en el periódico, era del mismo que decía "mamita" a la señora Ana. ¡Ella no ha venido por aquí a contármelo, con lo mucho que le gusta hablar! Se calla porque sabe que yo tenía razón. No era más que un bandido. ¡Y lo dejaba encerrado en la tienda todas las noches! ¡Por aquí solo se veían gamines al caer la tarde, como gatos rondando la basura! ¡El negocito montado por ese sinvergüenza! Seguramente él les entregaba las medias y al día siguiente las vendían. La señora Peñaranda no se daba cuenta. Después comenzarían con mis perfumes. Eso digo yo, porque el celador los sorprendió con uno en sus manos, pero ¿quién sabe

qué otras mercancías me escamoteaban con el sistemita? Estoy contento de que le hayan dado un balazo en la cabeza y le dejaran con vida. ¡Ojalá se enmiende! Pero no sucederá, aunque la señora Peñaranda le prenda cajas de velas al milagroso de Monserrate. Nació criminal y esa maldición lo llevará, tarde o temprano, a una sucia muerte. Lo digo y puedo jurarlo. No sé quién le haya dado el tiro, pero me alegra; hasta sería capaz de felicitarlo. No ha debido apuntarle a la cabeza, sino a una pierna para rengarlo toda su vida, a lo mejor así no volvería a robar. ¡Qué va! A esos desalmados no les basta el castigo. ¿Cuántos ladrones no hay por ahí paralizados o que se fingen tullidos y son unas fieras para el crimen? Si llega a descubrir quién lo hirió, dígamelo, señor inspector, me gustaría conocerlo. No me extrañaría que hubiese sido uno de ellos mismos. ¡Ciertísimo! ¡Otro bandido, igual que él, por motivo de repartición de algún robo, le dio el tiro! ¡Encamine por ahí sus averiguaciones!

***

Había tenido el cerebro del herido en sus manos. Pudo palparlo, seguir con la vista las rugosidades de la corteza. Los surcos, las circunvoluciones, las eminencias. Su dedo recorrió la superficie y presintió bajo de ella las finísimas fibras nerviosas, las arterias. Si la actividad mental no hubiera estado inhibida, hasta habría podido percibir la descarga eléctrica de las ideas. La radiografía, como un mapa milimetrado, guio la finísima hoja de su bisturí hasta encontrar con exactitud la bala en el punto presentido. En ningún instante dudó de sus incisiones. Recordaba su satisfacción al explorar bajo el cráneo sin encontrar la hemorragia diagnosticada por el jefe de Clínica. En aquel momento lo vio empalidecer. Su frente, bajo la luz de la gigantesca lámpara eléctrica, se empapó de sudor como si fuera él quien resistiera la tensión interior, el temor de herir las zonas altamente diferenciadas de los centros nerviosos. Finalmente, el cirujano tuvo el proyectil en sus dedos. El cuerpo extraño, compresor, había dejado de constreñir la delicada masa encefálica. También evacuó la colección purulenta con pequeños fragmentos de madera: la punta de un palillo y presumiblemente la de un fosforo. La clínica jamás habría podido descubrir aquel hallazgo. Esperó que el cerebro

liberado recuperara la dinámica de las ideas. No sucedió así. ¿Había tenido un error de desplazamiento en la punta de su bisturí? Creyó tener la seguridad de no haber producido ningún traumatismo. Sin embargo, veinticuatro horas después el niño seguía paralizado. El tiempo le arrebataba el triunfo que presumió tener sobre el clínico. Ahora era él quien sentía desasosiego al oírle valorar los síntomas.

—La trepanación, realizada habilidosamente por el doctor Vence, ha enmascarado los síntomas. Es inexplicable que la tensión del líquido cefalorraquídeo haya subido al desalojarse la bala. El pulso se ha tornado lento y la respiración se dificulta con roncos estertores. Aunque se comprobó lo errado de mi diagnóstico al no encontrarse la hemorragia compresiva, la acentuación de la parálisis me obliga a pensar de nuevo en un posible hematoma postoperatorio.

El doctor Vence permanecía en pie frente a la cama del enfermo, alto, su cabeza por encima de los estudiantes. Mas en su interior, pequeño, reducido, él ocupaba ahora 1a silla donde el día anterior estuvo sentado el jefe de Clínica. Lo miraba y oía contrito. Sentía que su voz cortaba, escindía. "La trepanación, realizada habilidosamente por el doctor Vence...". La ironía. Le habría agradecido la crítica directa, destructiva, implacable. Que le acusara ante los estudiantes de haber lesionado un núcleo vital. Sus palabras insidiosas quedaban grabadas en su memoria como la delgada huella de sangre que seguía a las incisiones en el cerebro. "Aunque se comprobó lo errado de mi diagnóstico al no encontrarse la hemorragia compresiva, la acentuación de la parálisis me obliga a pensar de nuevo en un posible hematoma postoperatorio". Debía rebatir sus insinuaciones. ¿Por qué callaba? Los estudiantes se mostraban inquietos por oír su defensa. ¿Acaso no había dicho él que toda discusión clínica debía realizarse después de la intervención quirúrgica? Dejó de mirar al jefe de Clínica para observar al doctor Jáuregui. ¿Qué pensaría él? Había asegurado al psicoanalista que a las palabras incoherentes, pronunciadas bajo la anestesia profunda, seguiría el lenguaje articulado, consciente. Inútilmente Jáuregui estuvo atento a la recuperación mental. El niño continuaba con su mirada inexpresiva, la consciencia vacía. Estaba desalentado. Estanislao. Jesús. Nombres. Apenas la argamasa exterior del rostro que ocultaba el pensamiento vivo. Proseguiría inhabilitado para

utilizar las observaciones personales que indudablemente reposaban en el archivo de sus historias clínicas.

***

—He venido sola, como me lo pidió usted, doctor, para hablarle de mi hija Otilia. Acabo de dejarla en mi casa, encerrada en su habitación. Desde que usted la examinó a la fuerza se niega a comer y no quiere verme. No es de ahora su resentimiento. Cuando comenzó a mudar los dientes de leche, se hizo agresiva y violenta contra mí. Me dijeron que le pasaría, pero no ha sucedido así. Se mostró muy apegada a Octavio. Yo me resignaba; siempre oí decir que las muchachas querían a los padres y los niños a las madres. Me sentía un poco aborrecida y jamás antes quise tener un varoncito como entonces. Deseaba compartir mi cariño con un nuevo hijo, ya que ella se entregaba por entero a su padre. Un día le regalé una muñeca. Me preocupaba su excesiva inclinación a todo lo masculino: los pantalones, las corbatas, montar a caballo y hasta jugar con pistolas. La muñeca se quedó en un rincón. En cambio, pidió a su padre que le comprara un muñeco. Le hablé a Octavio sobre la conveniencia de no complacerla, para obligarla a jugar con la muñeca regalada por mí. Así lo hizo, y además la amenazó diciéndole que si no jugaba con ella no la llevaría a montar a caballo ni le compraría dulces. Pareció adivinar cuanto habíamos hablado mi marido y yo, pues se hizo más díscola conmigo. No dejaba que yo la bañase, ni que le cambiara de ropa. Prefería encerrarse sola en el baño. Si le sugería que se pusiera un vestido rojo, se encaprichaba en que fuera azul. A la muñeca le pintó bigotes y la vestía con pantaloncitos. Comenzó a tener demasiado interés por los varones. Desde muy pequeña esta fue una gran preocupación para mí. Le dije, deseosa de halagarla, que yo le traería un hermanito. Eso la enfureció. Lloró y declaró que no lo dejaría entrar en la casa. "Se lo echaré a *Otelo* para que lo mate". *Otelo* era un perro furioso que manteníamos amarrado, pues atacaba a cuantos se le acercaban, incluso a mi mismo marido. A ella la mordió una vez, cuando apenas gateaba. Sabía muy bien lo que decía. Yo casi me vuelvo loca pensando que era anormal. ¡Imagínese usted mi angustia cuando mi marido trajo a ese niño huérfano! Me preocupaba pensar que ella jamás podría aceptarlo como a un hermano. Pero no sucedió así. Desde el primer momento le tomó cariño y gustaba de llamarlo "mi hermanito". Esto

agradó mucho a mi marido. Yo no puedo decirle si su actitud me encolerizaba o no. De una cosa estoy segura: me disgustaba profundamente que lo llamara de esa manera. Ella lo adivinó desde el primer momento. Nada de raro tiene que lo hiciera por contrariarme. Digo esto porque después de cuatro años de convivir juntos, comenzó a repudiarlo. Ignoro si fue a causa de la violación. No nos dijo nada. Seguramente él la amenazaría. Fue más esquiva con nosotros. Se encerraba en el baño por largo tiempo. De noche la sorprendía despierta. Se me perdía de vista, encontrándola en los lugares más extraños: en la biblioteca de mi marido o bajo de nuestra cama. Ya no le importaban sus juguetes. Decidimos mandarla a la escuela. Después vino la huida de Estanislao de la casa. Para entonces no se entendían bien. Ella ejercía contra él la misma agresividad que tenía para con nosotros. Realmente lo envidiaba. Tal vez por el excesivo cariño que le había tomado Octavio. Yo me resistía a quererlo como a un hijo. No sé por qué. Sí, sí sé. Por eso mismo, porque no era mi hijo. Ya ve, tenía razón. El muy sinvergüenza, valido de nuestra generosidad, abusó de nuestra hijita, de la inocente Otilia. Le escribí a mi marido. Vendrá hoy mismo. Las cosas cambiarán con él. Estoy segura que le arrancará la verdad. A mí no ha querido confesarme nada desde que ayudé a desvestirla a la fuerza para que usted pudiera examinarla.

***

A la hora fijada por el doctor Jáuregui, llegaron cumplidamente Octavio y Susana. Traían a Otilia. No era la misma colegiala que aquella mañana descubriera la fotografía de Estanislao en el periódico. Había enflaquecido notoriamente. Los ojos brillantes se oscurecieron y proyectaban una sombra sobre su rostro. Esos ojos nunca veían de frente. Temerosos, buscaban obsesivamente el suelo y los rincones. La madre y el padre la obnubilaban. Estar cerca de ellos era eclipsarse, hundirse en la penumbra. Ocultaba la cara entre las manos y lloraba coléricamente. No había sumisión. Se rebelaba.

El psicoanalista les invitó a entrar. Otilia sintió pánico. Los uniformes blancos la aterrorizaban desde que fue forzada a revelar su sexo herido al médico de Ibagué. Trató de huir. El padre la contuvo, y su presión sobre la

muñeca le trajo el recuerdo de su madre obligándola a desnudarse. Gritó horrorizada. Los pacientes neuróticos, a la espera de consulta, se agitaron descontrolados. El psicoanalista intuyó la tempestad emocional de la niña. Se acercó a la madre y le dijo:

—Es mejor que la lleven a casa. Intentaré el examen en otras condiciones.

—Está bien, doctor, lo llamaré por teléfono —confirmó Octavio. Se esforzaba por controlar su excitación.

—Espero que prosiga escribiéndome los relatos sobre Estanislao.

Se frotó las manos y terminó por empuñarlas Luego, sobreponiéndose, respondió con suavidad:

—Si usted cree que es indispensable...

—Claro que sí. Ya no solo por lo que atañe a Estanislao, sino por Otilia.

La ligazón de aquellos dos nombres que interiormente deseaba separar, le hizo crispar nuevamente los puños.

—No querría saber nada de él.

—Es su hijo.

—No, no es hijo nuestro —intervino indignada Susana.

—Comprendo la turbación de ustedes. Estoy enterado por el relato del doctor Guzmán de las condiciones en que llegó a su hogar, pero la falta de consanguinidad en nada varía la situación. Circunstancias similares se presentan en hermanos de un mismo padre y una misma madre. Estas cosas suceden mucho más frecuentemente de lo que el público profano se imagina. No deje, doctor Guzmán, de continuar su relato con la misma objetividad demostrada hasta ahora. Es la mejor ayuda que puede hacer a sus hijos.

El abogado miró amorosamente a su mujer, pero ella bajó el rostro en una actitud indefinida que bien podía ser de sumisión o de rechazo. Él interrogó:

—¿Y cómo está?

—Desde que lo dejó de ver, el día de la operación, es poco lo que ha mejorado. Nos preocupa la estabilización de su estado de inconsciencia.

Sería fatal si no recuperara el conocimiento en los próximos días. Ya no solo para él, sino para su hija y ustedes mismos.

Al penetrar en el automóvil, Otilia se echó sobre el cojín posterior, la cara hundida contra sus piernas, en una actitud que recordaba la ausente actividad mental intrauterina, pero también oponiendo tercamente su cabeza sobre el sexo para impedir cualquier nuevo examen genital.

***

"Mi esposa se opuso a que los cadáveres se velaran en nuestra casa. Temía al impresionante desfile de los cuatro ataúdes. Yo había sufragado los gastos mortuorios y exigido alguna distinción. Deseaba borrar de la mente de mi nuevo hijo la impresión dejada por la muerte violenta de sus parientes. Quería que los cajones de madera sin lijar, suministrados por el Gobierno, con grotescos números negros, se sustituyeran por lujosos féretros. Pedí misa de réquiem y que un religioso acompañara el funeral hasta el cementerio. En los carteles mi nombre figuraba junto al de mi hijo, invitando al sepelio. Insistí ante el dueño de la agencia funeraria para que no omitiera ningún detalle. Mis propósitos, sin embargo, debían frustrarse. Pese a mi esfuerzo por adaptarme a las costumbres de mis coterráneos, mis actos, influidos por la cultura europea recibida, chocaban con la mentalidad del medio. Mi mujer me dijo suplicante:

—Tengo miedo.

¿Miedo? Imaginé que se horrorizaba por el mal olor que pudieran despedir los muertos. Presentía algo más, una sofocada atmósfera trágica que yo era incapaz de intuir.

—¡Nos asesinarán a todos!

Quise sonreír, pero sus lágrimas me contuvieron. La ahogaban oscuros presentimientos que ella misma no alcanzaba a comprender.

—No sucederá nada. ¿Qué interés pueden tener los asesinos en eliminar a quienes no conocen?

—Sí nos conocen. Bien saben quiénes somos, desde que tú, el secretario de Gobierno y mi hermano se acercaron al rancho del crimen.

—Meras suposiciones.

—Es posible. Pero esos ataúdes, las coronas, el cura y...

—¿No es costumbre enterrar a los difuntos?

—No esa clase de muertos. No tienen quien los reclame. No les llevan a ninguna casa, ni siquiera a la iglesia.

Susana aumentaba mi confusión.

—Pero si solo deseo borrar de la mente de nuestro hijo...

—"¡Nuestro hijo!" —exclamó reprimiendo la ira—. Sabe Dios lo que nos traigan esos cuatro cadáveres andando por nuestra casa. ¡Velados aquí en esta sala! Nadie vendrá a acompañarnos, ni siquiera el mismo secretario de Gobierno, que sabe cómo tropezaste con ellos. Además, si lo haces por el niño, ten cuidado no vayas a conseguir lo contrario de tus propósitos. Para él ya están enterrados.

—¡No, enterrados no! Los cree devorados por los zopilotes. Si los viera velar aquí en este hogar, que va a ser el suyo desde ahora, y pudiera acompañar los féretros a la iglesia y al cementerio, entonces, al menos, sabría que fueron enterrados con dignidad.

—¿Dignidad? No la conocerá nunca, ni si le damos nuestro nombre... ¡Es un hijo de la violencia!

Sus palabras me herían, las adivinaba inspiradas por confusos resentimientos. Se llevó el pañuelo a los ojos.

—¡Piénsalo bien! Tráelos si quieres, pero a él más le valdría no ver esos cajones aquí. Jamás los olvidará. Aunque el cura los saque de esta casa con responsos, los continuará viendo en el mismo sitio. De noche oirá salir a los muertos y caminar por los corredores y piezas. ¡Escuchará sus voces y sus gritos llamándole!

—Juzgas al niño como si fueras tú misma. ¡No creo que él imagine esas historias!

—¡Seguramente! ¡Él los ha visto en peores circunstancias!

Doblegada ante mi testarudez, me dijo su última frase:

—¿Has pensado lo que significarán esos cadáveres para nuestra hija?

Obcecado por liberar a Estanislao de sus recuerdos, no pensaba en la reacción de ella y en cuantos presenciaran aquel macabro desfile. Las miradas de las gentes agrupadas en las esquinas atravesarían tela y madera para observar horrorizadas los cuerpos mutilados. En sus gestos al quitarse los sombreros, inclinar las cabezas y pronunciar con voz temblorosa una oración, habría algo más que una simple expresión de dolor: un reprimido grito de protesta. Y mi hija, pese a que era una niña, sería una de esas personas cuya acusación no estaría dirigida a los invisibles asesinos, sino contra mí, responsable de aquellos funerales.

El secretario de Gobierno, enterado de mis propósitos, acudió precipitadamente a mi casa. Mi mujer no necesitó hablar con él: la sola presencia del funcionario confirmaba ampliamente sus temores.

—Doctor Guzmán —sus palabras se humedecían—, usted no lo comprende... No está en París... Hubiera querido discutir con usted. Entiendo sus puntos de vista; personalmente me identifico con su gesto cristiano y caritativo, pero esos muertos deben ser enterrados en el mayor silencio o el Gobierno no garantizará su vida y la de su familia...

—Pero entonces las autoridades...

—Lamento tener que hablarle rudamente. No he venido aquí a darle explicaciones, sino a comunicarle una decisión, una orden: absténgase de inmiscuirse en ese entierro.

Se marchó. Por algún tiempo quedé en el mismo sitio, la cabeza inmóvil, mirando hacia un lugar indeterminado en donde debía encontrarse el rostro del secretario de Gobierno. El perro ladraba furiosamente. Salí al patio y me enteré de que Estanislao pretendía escaparse por la ventana de la pieza donde estaba recluido. Mi mujer seguía mis actos con ansiedad. Ya había hablado cuanto creyó necesario para persuadirme y esperaba la lucidez de mi juicio. Otilia se me acercó y, tomándome de la mano, me pidió mimosa:

—Déjeme entrar al cuarto donde esta él. Quiero mostrarle mis juguetes.

Cargaba en un bracito la muñeca, a la que había pintado bigotes, y un caballo de palo. No le respondí. Allí, en casa, frente a mi mujer y a mi hija, apenas estaba mi cuerpo. Mi consciencia, abstraída, se enfrentaba

a los estúpidos prejuicios que se me daban como mandatos. Pensé en mi cuñado. Otras veces me ayudó a comprender a los míos, ahora extraños. Me recibió taciturno y rehuyó una larga conversación.

—Octavio, haz caso… Bastante te has arriesgado con traer ese niño a tu casa... Ahora, con ese funeral de lujo, quieres comprometer a la ciudad.

Acudí al sacerdote. Insistía en realizar un acto de piedad para la golpeada mente de un niño a quien yo llamaba "mi hijo".

—Padre, si usted, pese a las amenazas del Gobierno, administra los servicios religiosos a quienes fueron creyentes católicos, yo costearé los gastos para que tengan un entierro más humano que sus muertes.

Sus ojos bailotearon sin saber dónde posar la mirada. Bostezó. Era un modo de ahorrar palabras. De repente tuvo el valor de mirarme y con actitud comprensiva, me dio a entender que la misericordia y la catolicidad no podían cobijar en su seno a mis difuntos.

—No me exija una respuesta, estoy impedido de dársela. Si después de sepultados por las autoridades usted desea una misa, yo la oficiaré gustoso..., pero eso sí, sin bombos ni platillos. Le aseguro que para la salvación de sus almas convendría un poco de silencio.

Me impedían velar a los muertos en mi propia casa, proporcionarles un rito de acuerdo con su fe religiosa y hasta acompañarlos al cementerio. Aquellos cadáveres eran de anfiteatro, no tendrían sepultura. Dolorosa ironía, porque habían quedado tan desfigurados por los machetazos, que ningún estudiante de Medicina, ni siquiera un profesor de Anatomía, podría identificar un músculo o una víscera de sus masas informes.

Mi cuñado obtuvo del secretario de Gobierno que se me permitiera visitar, conjuntamente con el niño, los cajones numerados en el cuartel local. No sé con cuánta salud mental persistía yo en mi empeño de que Estanislao tuviera una última visión de sus parientes menos horrenda de la que seguramente presenció en el momento del crimen. Ahora, después de haberlo visto en el hospital con una bala en el cráneo reflexiono sobre aquella tozudez y me confunde pensar que tal vez contribuí a empujarlo por caminos extraviados. No lo sé. Ni tampoco comprendo por qué me reprocho a mí mismo mi actitud de entonces.

El comandante del cuartel, a ruego mío, ordenó a varios soldados que levantaran los cajones del patio, donde las moscas rondaban su putrefacción. Escupieron, se maldijeron a sí mismos por su suerte de reclutas, y con las narices tapadas cumplieron las órdenes del superior. Los colocaron en una bodega abandonada. Personalmente compré unas velas y las prendí a sus lados.

Susana, pese a su antipatía por Estanislao, se empeñó en arreglarlo adecuadamente para aquella visita. El vestido de paño negro, la camisa almidonada, el corbatín de luto y los zapatos de charol lo hacían irreconocible. Para él tales arreos constituían una camisa de fuerza. Los cabellos se alborotaban desgreñados sobre su rostro. El barbero y mi esposa no consiguieron persuadido de conservar el peinado. Había desgarrado el corbatín; y calzado, con un zapato sobre el otro, indicaba el rechazo de sus pies acostumbrados a la libertad. Aun cuando reflejaba cierto aspecto grotesco en su talante, me alegré de verlo transformado en un niño de ciudad. Deseé felicitar y agradecer a Susana su comprensión. Al entrar a nuestra habitación, la encontré desolada.

—¿Por qué lloras? Venía a manifestarte mi contento...

Descubrí que tenía una dentellada en el brazo y aruños en el rostro. Presentí haber recogido un cachorro agresivo. En verdad era menos de lo que podía esperarse de un niño que días antes jugaba entre breñas salvajes.

—Querida, comprendo tu desesperación, pero estas primeras dificultades serán superadas con un poco de afecto...

Volví a la pieza donde debía tener encerrado a Estanislao. Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta. Me acerqué al rincón donde permanecía acurrucado. Traté de ganarme su confianza:

—¿Cómo te encuentras?

Se tapó la cara con las manos sin dejar de observarme por entre los dedos.

—Vamos a ver a tus parientes antes de que los entierren.

Le alargué el brazo y me miró con odio. Se había mordido corajudamente el labio inferior y le sangraba.

—¿No quieres verlos?

Persistía en su desconfianza. Salí a la calle y me siguió con pasos rezagados. Frente al automóvil, abrí la puerta y le indiqué que entrara. Otilia se me acercó con una sonrisa que contrastaba con los labios apretados de Estanislao.

—¿Voy contigo, papacito?

La miró repulsivamente.

—No, no puedo llevarte.

—¿Dejas que me quede jugando con mi hermanito?

Él miraba a su alrededor, asombrado del mundo extraño de la calle. Fingí no enterarme de su curiosidad por los automóviles, las personas y las casas de mampostería. Subí al coche, y cuando iba a invitarlo a que me imitara, emprendió la huida. En plena carrera se quitó el saco y atravesó la calle. Un pequeño perro corrió en su persecución. Tropezó con alguien y cayó al suelo. El animalito se prendió de sus pantalones y él se defendía a patadas. Los transeúntes se detenían alarmados cuando lo levanté violentamente y lo conduje al automóvil.

—¡Vuélvase! —grité a mi pequeña hija.

Al verse reprimida bruscamente, hizo coro al llanto de Estanislao.

Entramos al cuartel. La presencia de los soldados le atemorizó tanto que por primera vez se apegó a mí en busca de refugio.

—No tengas miedo, hijo. No te harán daño.

Mis palabras no disminuyeron su terror. Ahora no intentaba huir, aferrado a mis piernas. Sentados en el suelo, descalzos, los soldados limpiaban sus fusiles. Estanislao temía más a los militares que a las armas. Cruzamos por entre ellos, temerosos de ir a pisar sus fusiles tirados en el suelo. En el rincón del patio estaba la bodega. Las velas encendidas por mí, a cada golpe de brisa, desdibujaban las sombras de los ataúdes sobre el muro. Sentí el zumbido de un enjambre. Una mosca verde se posó en mi frente. Otras muchas revoloteaban en torno a los cajones y se pegaban a ellos como espesas gotas de resina. Nos invadió el olor a carroña insepulta. Traté de llevarme el pañuelo a la nariz, pero me contuve en mitad del

ademán. No sabía si era mi mano o la de Estanislao la que sudaba. Algo más que la transpiración nos contaminaba: el temblor que aparentemente nos subía por los pies. Después pude cerciorarme de que era Estanislao quien se remecía. Los ojos se le agrandaban, coaguladas las lágrimas bajo los párpados. Se soltó bruscamente de mi mano y se escabulló por entre los soldados. Lo detuvo el guardia, y en el patio comenzaron a gritar encolerizados:

—¡Llévese a esos muertos que hieden!

Doctor Jáuregui: doy aquí por terminada su solicitud. Me cuesta tanto recordar todo lo relacionado con ese niño a quien ya no puedo considerar mi hijo".

***

Los tacones de sus zapatillas negras resonaban en la sala de enfermos neurológicos. Hubiera querido andar sin que sus pasos la denunciaran. Detrás del sacerdote, se encogía dentro de su abrigo, como en un caparazón, los ojos escrutadores. No estaba allí el inspector. Desahogó con un suspiro el aire que retenía desde que entrara al hospital. Reconfortada, se adelantó al sacerdote que antes le sirviera de escudo. Se detuvo de improviso y miró en torno suyo como si intuyera estar en un lugar extraño. La cama de Jesús estaba vacía. Los enfermos la miraban silenciosos, ausentes, la mirada perdida en los recuerdos. Volvió otra vez hacia el sacerdote y le habló al oído como si revelara un pecado:

—Esta no es la sala.

El religioso confirmó con la cabeza y regresó sobre sus pasos. La señora Ana se apegó a él. El enfermo de la cama número 23, el de los bigotes maquillados, les salió al paso con actitudes de dueño de casa.

—¡Su reverencia venía a ver al niño!

Se contuvo y respondió complaciente:

—Sí, señor... pero...

Los bigotes cabalgaron una sonrisa suspicaz.

—No, padre, no ha muerto todavía. Lo tienen aislado en la pieza del fondo.

Las palabras del enfermo la aguijonearon dolorosamente: "… no ha muerto todavía". Una nueva preocupación vino a desplazar su miedo por encontrarse con el inspector.

—Esperan que muera. ¡Pobre Jesús!

El sacerdote dirigió la vista hacia el extremo de la sala.

—Venía a confesarlo... La otra vez no pude. Los doctores...

—Todavía está inconsciente. Pero siga, padre; los médicos lo examinan en este instante.

Agradeció la información llevándose la mano al sombrero y avanzó. La señora Ana se mantuvo retraída, indecisa. Luego, impulsada bruscamente, corrió con pasitos menudos hasta alcanzarlo. La puerta estaba entreabierta y el cura se detuvo. Ella lo seguía a la expectativa. Cuando él levantó la mano para golpear, sintió que la mujer le tiraba de la sotana y le hacía señal para que escuchara la conversación:

—Es inexplicable: tres días después de extraído el proyectil persiste la pérdida de la consciencia.

—¿Un derrame postoperatorio? Podría ser, colega, pero no olvide que los síntomas que presenta actualmente los tenía con anterioridad a la intervención. Entonces usted afirmaba lo mismo. Trepané y no había señales de haber existido nunca una hemorragia.

—No crea que deseo defender a todo trance mis puntos de vista clínicos. Cuando usted trepanó fui el primero en reconocer lo errado de mi diagnóstico, pero ¿cómo explicarse ahora su inconsciencia? Si no es causada por fenómenos compresivos, deberíamos admitir que usted, al operar, lesionó un centro nervioso.

Una tercera voz recalcó:

—Tampoco hay indicio de que ceda la parálisis. Las deyecciones son totalmente involuntarias. Y algo que yo considero muy grave: el enfermo excreta semen periódicamente.

—No le atribuyo mucha gravedad a este síntoma. Es frecuente en los enfermos que sufren conmoción grave del cerebro.

—Sus eyaculaciones son nocturnas.

—Me resisto a creer que puedan ser voluntarias. Las enfermeras no han visto que haya erección. Y aun en ese caso, tendría el valor de un acto puramente reflejo.

—Sí, colega, un reflejo muy peculiar.

—¿Insinúa usted que el semen indique que haya actividad inconsciente?

—No tanto, tal vez sea una simple excitación de los centros corticales. La compresión por un hematoma podría explicarlo.

Los golpes del sacerdote sobre la puerta truncaron la conversación. El doctor Vence se asomó con evidente contrariedad.

—¡Ah! ¡Es usted, padre!

—Creí que pudiera prestar mis auxilios al niño.

—Entre. Puede mirarlo.

Se acercó a la cama. Jesús estaba más enflaquecido. Los huesos perfilaban sus bordes afilados bajo la piel brillante, casi traslúcida. Los brazos sin peso, apoyados sobre la cama, en vez de hundirse en el colchón, se deformaban como si fuesen ellos los comprimidos. El cura evocó las imágenes de Jesucristo en e1 descendimiento.

—Dios es poderoso. Lo que para ustedes es duda para Él es claridad. Les he escuchado. Uno de ustedes, llevado por esas ideas en boga de explicarlo todo por el sexo, hasta se deja inspirar por el demonio. Lo cierto es que vive. Dios aún lo tiene en sus manos. Permítanme que rece por él.

Se arrodilló y, apoyada la frente sobre la cama, se hundió en la oración. Afuera, contra la puerta, la señora Ana lo imitaba con gesticulantes imploraciones.

***

—Trataré de contarle con sinceridad mis sentimientos hacia ese... Bueno, me dice usted que está grave de muerte. No debo expresarme mal de él. Desde luego que yo también tengo culpa en lo sucedido. De haber podido darle a mi marido un hijo varón u otra niña, estoy segura que no hubiera pensado nunca en llevarlo a casa. Cuando lo trajo a nuestro hogar yo no tuve el valor de rechazarlo abiertamente. Me sentía culpable por mi esterilidad. Alegué otras razones: no podíamos adoptar como hijo a un huérfano campesino de quien no se conocía a los padres. Ni siquiera sabíamos su nombre. Le llamamos Estanislao porque alguien dijo que este era el nombre del padre muerto. Traté de persuadir a mi marido de que los criminales intentarían ultimar al hijo varón de la familia asesinada para impedir que más tarde se vengara. Insistí en que podrían encontrarse rondando la casa. No pude convencerlo. Octavio aparenta ser un hombre apacible, indiferente. No hay que equivocarse. Es apasionado y terco. Cuando persigue un objeto, es constante y desafiante. A veces he creído que ha desistido y olvidado un propósito. Pero un día, varias semanas después, o más tarde, resuella con su idea. Lo trajo. Desde el momento en que lo vi, adiviné que un monstruo había entrado a nuestra casa. Su mirada llena de odio. Jamás levantaba la cabeza para responder. Prefería la oscuridad y desde allí nos observaba. Me sentí constantemente espiada. Cuando menos lo pensaba descubría su presencia, igual que los animales del monte, como los bandoleros que persiguen silenciosamente a sus víctimas hasta dar el machetazo. Él sabía que lo odiaba y jamás se preocupó por demostrarme afecto. En cambio fue distinto con Otilia. Tal vez por ser una niña. Y se aprovechó de su ingenuidad para hacer esa cosa horrorosa. Octavio, después de cuatro años, creo que me ha dado la razón.

***

Recortó la fotografía publicada por el periódico y estuvo observándola detenidamente. Lo había hecho muchas veces, y siempre la encontraba más extraña. Llegó a pensar que nunca vio aquel rostro. Era tanta su insistencia en hallar un vínculo entre ese niño y las historias clínicas de su archivo. Esta idea se robustecía con los datos contradictorios de las personas que lo habían conocido. Hasta imaginó que Estanislao y Jesús eran dos personas diferentes a quienes él deseaba unificar para resolver

sus dudas. El doctor Guzmán y la señora Ana estarían equivocados. Ese niño podría ser otro muy distinto.

Dobló cuidadosamente la fotografía en su libreta y se dirigió a la Alcaidía de Menores. Indagaría entre los reclusos. Se sorprendió de no haberlo pensado antes. Deseó acelerar su Volkswagen, inquieto por llegar. Pitaba y maldecía. El tránsito de automóviles se le hacía más congestionado que otras veces. Pensó dejar el coche en mitad de la calle, detrás de los buses que obstaculizaban la vía, y andar velozmente por la acera. Frenó violentamente. Los peatones. Proyectaba su ansiedad sobre los otros. Se puso a tamborilear sobre la cabrilla. Conectó el radio. La música no apaciguó su inquietud.

Nunca llegaba a esas horas a la Alcaidía. El corredor se encontraba atestado de mujeres. Pidió permiso y se deslizó entre ellas hasta la puerta interior. Miró por la ventanilla. Entre la primera puerta y la otra, también cerrada, había otro grupo de personas. Golpeó con el aldabón.

—Toque más fuerte, doctor Jáuregui —le aconsejó una señora que cargaba un niño entre su ruana.

Se extrañó de que supieran su nombre. Eran las madres, las tías, las hermanas y las novias de los reclusos. Más que la ropa raída, las igualaba la angustia. Sus ojos miraban cansadamente, llenos de rencor, desolados. Se mordían las uñas para mirar por la ventanilla:

—¿Usted sabe cuándo pondrán en libertad a mi hijo?

Lloraba. Tuvo la impresión de que siempre había llorado. Sus cabellos canosos, desaliñados, se confundían con su ruana blanca, grisosa por la mugre.

—Mi pequeño no ha robado nunca. Salió a buscar trabajo y lo trajeron aquí.

Esta otra tenía tanta ira que sus ojos no cuajaban las lágrimas. Sus puños se comprimían y golpeaban fuertemente la puerta. Delgada, parecía que no hubiese comido nunca.

—Doctor Jáuregui, cúreme a mi Manuelito. Tan pequeño y aquí en la cárcel le pegaron esa enfermedad tan mala.

Todas lo conocían y lo rodeaban suplicantes. Escuchaba sus solicitudes, sus ruegos, sus quejas. Les contestaba apesadumbrado con la misma respuesta:

—Hago lo que puedo...

Sus palabras no tenían sentido para ellas. Persistían a sabiendas de que les respondería negativamente.

—¡Pídalo al juez! ¡Lo pondrá en libertad si usted le habla, doctorcito!

—¡Puedo asegurarle que es inocente!

—¡Yo le prometo que no le dejaré juntarse con esos maleantes!

Una misma súplica repetida. Repercutía a lo largo del corredor. Llegaba de la calle. Allá, en el interior, también clamaban. Mujeres violentadas por el instinto maternal, ciegas, impotentes, obedecían a un llamado sin saberlo. Imaginó sus luchas para llegar hasta allí. Debieron recorrer caminos distantes: Popayán, Barranquilla, Villavicencio. Toda Colombia tras la fuga de los hijos.

Ahora era él quien golpeaba violentamente el aldabón. Las mujeres del pasillo interior comenzaron a gritar:

—¡Abran al doctor!

Más allá de la segunda puerta otro grupo de personas se apilonaba ante el juez. Del patio, abriéndose paso con su garrote, apareció Solanito. Se llamaba Solano. Los reclusos tenían otro nombre para él: El *Perro*. Cojeaba de la pierna izquierda. La tenía más corta. Su estrábica sonrisa se asomó a la ventanilla mientras abría los candados. Al verlo, las mujeres comenzaron a maldecirlo. Lo conocían tanto como al médico.

—Entre, doctor. ¡Qué milagro de verlo a estas horas!

Penetró, y tras de él muchos puños sacudieron la puerta.

Déjeme entrar un momento, quiero entregarle, esta partida de bautismo al juez!

—¿Cómo está mi hijo, ese a quien atropelló el carro ayer?

—¡Llévele esta medicina al *Tusa!*

Solanito las repelió:

—¡Carajo! ¿Adónde van sin llamarlas? ¡Retírense!

¡Ya el juez no atenderá a nadie más!

Su garrote hirió las manos que sujetaban la ventanilla. Pasó el cerrojo y con irrefrenada alegría fue cerrando los tres candados de la primera puerta. Miró gozoso al médico y se apresuró a abrir los de la segunda, después de empujar a las mujeres apiñadas contra ella.

—¡Doctor, examíneme a Guillermo Arteta! ¡Me mandó a decir que le daban fiebres por las noches! ¡Diga al juez que le rebaje la pena!

El médico siguió al interior. Por las mañanas, cuando él llegaba a examinar a los detenidos, la sala estaba despejada. La puerta del fondo conducía a la pequeña capilla. Ahora la dividía una pequeña reja de madera movilizable. Detrás de ella, frente a una mesa, también improvisada, se sentaba el juez. Allí, a la vista de extraños, muy solemnemente, indagatoriaba y rendía justicia:

—¡Hasta cuando no me diga dónde vendió la máquina robada no lo dejo salir de aquí!

—¡Yo no he robado ninguna máquina!

—El parte del policía es categórico. Usted fue quien robó la máquina.

—Ni la he robado ni la he vendido. ¡A mí no me han probado nada!

—¡Otro!

—¡Joaquín Sinisterra!

El doctor Jáuregui entró a la oficina de la Dirección. En la pieza contigua acostumbraba improvisar su gabinete médico, en la misma forma en que el juez se instalaba en la capilla. El cura, a su vez, cuando oficiaba la misa los domingos, convertía el consultorio en sacristía.

—¿Qué se le ofrece, doctor? Nunca lo habíamos visto aquí por las mañanas —le interrogó asombrado el alcaide.

Extrajo la fotografía de la libreta y se la mostró cuidadosamente.

—¿Vio usted esta foto publicada hace una semana en el periódico?

La observó atento.

—No, no la había visto.

—¿Reconoce a ese muchacho?

—¡Caray, no me es extraña su cara!

—A mí, tampoco. Por eso he venido aquí. Deseo que la miren los muchachos para ver si alguien puede identificarlo.

Solanito arrebató la fotografía al alcaide y la llevó muy cerca de su rostro. Tenía disminuida la visión y la miraba con el rabillo del ojo como si fuese bizco.

—¡Este tipo estuvo preso aquí! —afirmó, acentuando la mueca de su sonrisa.

—¿Cómo se llamaba?

Se apoyó en el garrote para equilibrar su cuerpo. Su memoria, fresca para aquellas identificaciones, se le tornaba lerda.

—¡Cómo es que se llamaba este bandido!

La frase conturbó al médico. Tampoco le sorprendía. Recordó el apelativo que le daban. El *Perro*. Husmeaba el papel sin que su instinto de sabueso respondiera a su empeño.

—Seguramente lo recuerden el *Tusa* o *Candado Flojo.* Son los que más entradas registran aquí.

—Tráigalos ordenó el alcaide.

Solanito se alejó precipitadamente, balanceándose sobre su pierna claudicante. Afuera, en el corredor, las mujeres golpeaban la puerta y gritaban:

—¡Déjenme entrar un momento!

—¡Aquí traigo este comiso para González Perea!

Más cerca, la voz irrefrenada del juez:

—¡Un mes de arresto!

Se oyó el llanto de un niño. El padre alegó muy débilmente, sin esperanza:

—El chico va a perder las clases. Está matriculado en una escuela nocturna.

—A mí eso no me incumbe. La ley es la ley. Robó.

—Yo pago ese balón. Tenían un partido de fútbol y…

—Robó. Un mes de cárcel. Así no lo hará más.

Satisfecho, empujando por delante a dos reclusos, Solanito regresó al despacho. El *Tusa* traía gorra. Se la quitó y pidió confianzudamente:

—¿Tiene un cigarrillo, doctor?

El médico le extendió el recorte del periódico.

—¿Conoces a ese chico?

Se volvió a poner la gorra. Le quedaba estrecha. Seguramente la había arrebatado a algún pequeño. Observó el recorte largamente. Guiñó un ojo a *Candado Flojo* y luego, devolviendo la fotografía, dijo al médico:

—Sí lo conozco.

—¿Cómo se llama?

Encogió los hombros displicente.

—Se me olvidó.

El doctor Jáuregui comprendió que no lo revelaría fácilmente. Podía saberlo o no, pero utilizaría su silencio como un arma. Antes que fraguara un entendimiento con el compañero, se apresuró a preguntar a *Candado Flojo:*

—¡A ver, dímelo tú!

A sus labios afloró el nombre, pero se contuvo ante la mirada amenazadora del *Tusa.* Luego bajó la cabeza.

—Se me olvidó.

Presuntuoso, el *Tusa* se volvió a quitar la gorra.

—¡Suélteme un cigarrillo, doctor!

El médico guardó cuidadosamente el recorte en su libreta y dijo al alcaide:

—Volveré mañana.

—¿Hará consulta, doctor?

—Si hay algún enfermo grave, lo atenderé.

El *Tusa* lo miró intranquilo y lo llamó aparte:

—¿Cómo anda el herido, doctor?

—Muy mal.

—¿Ya le sacaron la bala?

—¿Sabías tú que lo hirieron?

—Mañana hablamos. ¡Deme el cigarrillo!

Otras veces se lo había regalado. Ahora, sin embargo, se abstenía. Dudaba de que supiese el nombre del herido. Finalmente, le entregó el paquete de cigarrillos, y al salir a la calle, entre las súplicas y los gritos de las mujeres del corredor, comprendió que había sido chantajeado.

SEGUNDA PARTE

«He intentado iniciar las sesiones de psicoanálisis con Otilia sin lograr vencer su resistencia. Al insinuarle que se acueste sobre el diván para una exploración analítica, me rechaza con una crisis de llanto. Experimenta terror de estarse conmigo en la habitación y llama a su padre, aunque sabe que no se halla en el consultorio. En cambio, prefiere estarse a mi lado y no regresar con su mamá a casa. "Esperemos hasta que venga mi papá", me suplica, cuando yo desisto de continuar la sesión. Me he aprovechado de esta circunstancia para obligarla a estarse conmigo a solas, pero sin lograr ninguna transferencia. Calla a mis preguntas, atenta a mis movimientos. Cuando me acerco a ella para retirar un objeto o abrir la ventana, contrae las piernas y grita. Sentada en el diván, se introduce nerviosamente los dedos en la nariz. En el ambiente del consultorio solo tenía afinidad con la estatuilla de porcelana de un hombre a caballo. Le pregunté si le gustaría jinetear. Afirmó con ligero movimiento de cabeza. Después se contradijo y negó. Le he ofrecido la estatuilla, y por vez primera, tras de mirarme sin rencor, impulsivamente trató de recibirla, pero se contuvo. Luego se llevó las manos a la cara para llorar. "Voy a llamar a su madre", le dije. Corrió hacia la puerta, oponiéndose a que la abriera y me gritó colérica: "No, no la llame. Espere a que venga mi papá". Quiso morderme al tomarla del brazo para conducirla nuevamente al diván. Sonó el timbre. "Ha llegado tu padre", le dije. Se mostró menos agresiva. Abrió la puerta y salió precipitadamente. Allí estaban el doctor Guzmán y su señora. Se precipitó hacia el padre y le rogó que salieran. Cuando la madre trató de seguirlos, le gritó rencorosa, a la par que me señalaba: "Quédese con él"».

***

Ocultaba una bolsa con manzanas bajo su mantón negro. Se decía a sí misma que deseaba huir del inspector, cuando solo quería sepultar los sentimientos maternos que le inspiraba el huérfano. Se creía sin derecho a sentir como una madre, a exigir a la sociedad un niño que ella no tuvo el valor de engendrar.

—Me han dicho que ya abrió los ojos.

—Sí, señora, pero no reconoce.

—El señor de los bigotes me asegura que bebe agua. Podría comerse estas manzanitas.

Malhumorada, la enfermera le reprochó:

—Ese señor no es el médico. Solo debe comer lo que ordena el doctor Vence.

Por la puerta entró el doctor Jáuregui con apresurados pasos. La señora Peñaranda, con su atado de manzanas, salió a su encuentro.

—¡Doctorcito, qué alegría verlo! Me dicen que Jesús está muy mejorado, gracias a Dios. ¡Esto es milagroso! Le contaré al padre que su oración fue escuchada por el Señor.

—Me alegro de encontrarla.

—Mire, le traje estas manzanas a Jesús, pero no quieren dárselas. No dejan que yo...

—No creo que pueda comerlas.

—Ya está despierto. Si usted consiguiera dejarme entrar por un momento. Quiero verlo. Preguntarle cómo se siente.

La enfermera, impaciente, interrumpió a la señora y discretamente habló al médico:

—El doctor Vence lo espera.

—Deme las manzanas; trataré de dárselas —sugirió el médico.

Las escondió como si intentaran rapárselas.

—Pero si yo quiero entregárselas personalmente.

—No es conveniente. Después. Otro día.

La señora reflexionó por un instante y resignada, aceptando su frustración de madre, se las entregó:

—¡Lléveselas usted!

El médico prosiguió hasta la pieza donde estaba aislado el niño. El doctor Vence lo recibió entusiasmado:

—Mírelo usted, no hay somnolencia.

—¿Ha pronunciado algunas palabras?

—Hasta el momento ninguna, pero sí hace movimientos de cabeza cuando se le habla.

El psicoanalista observó el tinte sonrosado que ya manchaba las mejillas del niño. Le tomó una mano y le habló:

—¡Estanislao! ¿Me oyes? ¡Estanislao, cierra los ojos! ¡Es bueno que cierres los ojos!

Movía lentamente los ojos, pero su mirada no se detenía en ninguna parte. El doctor Jáuregui sacó una manzana y la llevó al rostro del niño. Su mirada continuó ausente.

—Se recupera. No debe hablársele para que su pensamiento no se fije en hechos presentes. Así su consciencia se llenará de pensamientos espontáneos y no sugeridos. Es de gran importancia interpretativa analizar sus primeras palabras después de este largo período de inconsciencia.

La señora Ana insistió en que la dejaran entrar.

—Les prometo, doctores, que no le diré nada.

Los médicos se miraron entre sí indecisos. El doctor Jáuregui se inclinó sobre ella y le dijo muy quedo:

—Entre usted, señora, pero no le diga una palabra. Atravesó la puerta con gran precaución, apenas apoyando sus zapatos en el suelo. Levantó

la mano y la cruzó varias veces sobre los ojos del enfermo. Sin poderse contener le susurró:

—¡Jesús!

Bruscamente el psicoanalista la tomó del brazo y salió con ella del cuarto.

—Aún no reconoce, pero hay buenos indicios de que pronto recobrará la consciencia. Entonces hablará con él.

—¿Y podrá confesarse?

—Seguramente. Lo más importante ahora es dejarlo descansar.

—El sacerdote me pidió que le avisara en cuanto hablara. Él vendrá a confesarlo. Le diré que su oración lo ha salvado. No hay como confiar en Dios.

El taconeo de sus zapatillas marcó un ritmo hasta entonces no escuchado en la sala. Saludaba con la cabeza a todos los enfermos. Creía que siempre fue así, pero en realidad solo ahora tenía esa deferencia para con ellos. Al salir, el enfermo de la cama número 23 se le acercó y le dijo ceremonioso:

—Diga usted al padre que rece también por nosotros.

***

«El irresistible impulso de Otilia hacia el jinete de porcelana me permitió ganarme un poco de su transferencia. La estatuilla guardaba alguna relación con su pasado infantil. "Las mujeres pueden desarrollarse muy bien si practican la equitación". Como única respuesta me sonrió. Luego me dijo con indiferencia: "Usted dice las cosas como mi profesora de aritmética". Su primera confesión. Esa frase, desde luego, envolvía un impulso liberado. Me ofrecía un resquicio por donde penetrar en su inconsciente amurallado. Trató de llevarse los dedos a la nariz y se reprimió. Ese gesto me indicó que asociaba su tic a la idea de caballo o maestra. Tenía para ella una misma significación o eran dos términos que se excluían en

sus recuerdos infantiles. Al día siguiente, para mi sorpresa, fue ella quien espontáneamente aludió al tema:

"—Montar a caballo me produce un intenso placer.

—¿Qué clase de placer?

—Bueno, no puedo explicarle. Me satisface. Como nadar o comer.

—¿Cuando descubriste la fotografía de Estanislao dejaste de comer?

—¿Quién le dijo eso?

—No lo recuerdo. Creo que tu papá.

—No, mi papá no fue.

—Seguramente tu mamá.

—Me espía. No puede verme bañar. Quiere que coma lo que ella come. Todo lo que le da mi padre.

—¿Por eso dejaste de comer?

—Había otra razón.

—¿Qué razón?

—Bueno... no tenía hambre.

—No tenías hambre o no tenías nada que comer.

—En mi casa siempre hay comida.

—Pero se la come toda tu madre.

—Es cierto. Toda.

—¿Por eso la odias?

—Mi padre la consiente demasiado.

—No hay nada malo en eso.

—Mi padre mima a todo el mundo, menos a mí.

—¿También consentía a Estanislao?

—Mucho.

—Por eso también odiabas a tu hermano.

—Yo no le odiaba.

—Ni después de lo que te hizo.

—No fue nada malo.

—¿Por qué huyó entonces?

—Bueno… creía que lo matarían.

—¿Quiénes?

—Los bandoleros. Mataron a toda su familia.

—¿Imaginaba él que tu padre pudiera matarlo?

—¿Por qué iba a pensarlo?

—Por lo que hizo contigo.

—…

—¿Por qué no me respondes?

—Ya está bueno".

He estado analizando esta conversación, pero me he abstenido de interpretarla. Necesito interrogar a los padres».

***

La consciencia vacía de Estanislao comenzó a llenarse de contenidos fragmentarios, procesos mentales sin conexiones entre sí. Afloraban a su mente como fogonazos provenientes del inconsciente y se esfumaban sin dejar huellas. En la pereza de sus movimientos se podía apreciar el embotamiento de su razón. Al llevarse la comida a la boca, se tocaba la nariz o derramaba la cuchara. Los órganos superiores de los sentidos acusaban hipersensibilidad. Le excitaban los ruidos de las puertas al cerrarse, las campanadas del reloj o el simple roce del viento en la ventana. Era evidente que el centro auditivo, en la zona cerebral donde se incrustó el proyectil, recobraba sus funciones.

Al sentarse en la cama, se quejaba de fuerte dolor de cabeza y se desplomaba indolente. El doctor Jáuregui, deseoso de separar claramente

en su memoria los hechos pasados y presentes, anteriores y posteriores a su traumatismo, había pedido que lo mantuvieran alejado de toda conversación o sugerencia que pudieran falsear su proceso mental. Insistía en su interrogatorio y anotaba las respuestas:

—¿Cómo te llamas? Dime: ¿cómo te llamas? Dime tu nombre. Dime: ¿cómo te llamaban en la Alcaidía?

—Tengo sueño... Quiero dormir... Tengo miedo.

—¿Miedo de qué? ¿Por qué tienes miedo? ¿Quién te amenaza? ¿Miedo de quién?

—Hace frío... Tengo frío...

—¿Por qué tienes frío? ¿Por qué tienes frío y miedo?

—El candado está flojo. No puedo alcanzarlo. ¡No puedo! ¡No puedo!

Se encolerizaba y las lágrimas afluían a sus ojos. Estas crisis se acompañaban de deyecciones y expulsión de orina, al parecer involuntarias, pues en otras ocasiones intentaba bajarse de la cama.

***

Abrió lentamente el paquete de cigarrillos y extrajo uno. Se ladeó la gorra, y tras de llevarse el pitillo a la boca, inclinose sobre mí para que le diera fuego. Asumía una descarada actitud de superioridad. Desde que le obsequiara la caja de cigarrillos dos días antes, comprobó que podría chantajearme.

—Dígame la verdad: ¿para qué quiere saber ese nombre?

Tomaba la iniciativa en el interrogatorio. No deseaba dejar dudas de que poseía un secreto, falso o verdadero, y que tenía un precio. Me interesaba saber su propuesta.

—Eso no te incumbe. Dímelo.

Se puso a caminar en la estrecha pieza improvisada para las consultas. Frente a la ventana, se empinó para alcanzar los altos barrotes sobre la

tabla que impedía ver a la calle. Comprendí lo que fraguaba y me adelanté a su proposición:

—No puedo darte la libertad.

Se conturbó.

—Pero podría ayudarme.

—No te puedo enviar a un hospital sin estar enfermo.

—¿Y si lo estuviera?

—Déjate de decir tonterías. Acuérdate de la vez que fingiste suicidarte cortándote las venas. El *Perro* te amarró un pañuelo, llamó a la Policía y te llevaron con dos guardias al hospital. Ese truco no te serviría.

—Podría enfermarme de verdad. Aquí hay muchos con venérea.

Me reprimí. El dominio adquirido en las prácticas del psicoanálisis me permitió ocultar la cólera que me producía su cinismo. Conseguí enmascarar muy bien mi estado de ánimo, pues prosiguió con mayor desvergüenza:

—Ha enviado a otros con el solo propósito de que se escapen. Usted sabe que esto es un infierno.

—No lo fuera tanto si sacaran a individuos como tú.

—¿Por qué entonces no me ayuda?

—Volverías otra vez. Te has escapado tres veces y otras tantas te han traído.

—Ahora no volveré. Se lo aseguro.

—No me digas que piensas enmendarte.

—Eso no importa. No volveré. Usted quiere que me vaya. ¿No es así?

—Seguramente se acabarían muchas de las violaciones a los menores, cosa que me agradaría.

—Pues en sus manos está curar esas enfermedades.

—Me estás proponiendo un crimen. Sabes que no encubriré nunca tu depravación. Martirizarías a uno de esos pequeños enfermos.

—No, no haré eso. Yo sé cómo contagiarme. Una vez casi pierdo la vista. Basta con untarse...

Fingí no espantarme.

—Y bien, ¿cómo se llamaba ese muchacho?

—¿Me promete enviarme al hospital?

—No prometo nada.

—No hay negocio.

—Lo averiguaré de otra manera.

—*Candado Flojo* no hablará.

—¿Le has amenazado?

—Yo no, desde afuera.

—¿Quién?

—Los mismos que dieron el tiro a ese que boquea.

—¿Estás seguro que le dieron un tiro?

—Segurísimo.

—Veo que mientes. Intentó suicidarse.

Rio burlonamente.

—Estoy enterado de todo. Hasta trataron de sacarle la bala.

No mentía. Recordé la punta de fósforo extraída por el doctor Vence. ¿Cómo podía saber este detalle si no presenció la operación? Estanislao o Jesús fue utilizado por los matones del bajo fondo. Al negarse a participar en algún atraco, se le condenó a muerte por sus propios compinches. Pedí a Solanito que se lo llevara. Se sacudió los fondillos con la gorra, la ladeó sobre su frente y encendió un cigarrillo. Estaba orgulloso del dilema que había planteado a mi consciencia: yo era más criminal que él al permitirle que todas las noches abusara impunemente de los menores, allí en la Alcaidía.

***

No había vuelto al hospital desde el día de la operación. Octavio sabía que él estaba allí, fuera de peligro. Jamás temió enfrentarse a nadie y ahora la sola idea de ver a Estanislao, quien fuera su hijo, le ahogaba. Desde la puerta miró por el largo corredor. A uno y otro lado estaban los enfermos. Le parecieron los mismos. Conocía sus caras, anchas, angulosas, rudas. Campesinos. Ya los había observado otras veces. La cama número 23 estaba ocupada por un hombre rechoncho y sin bigotes. Pensó en el otro, el del pijama, con revistas y libros. Ya era la hora. El doctor estaría esperándolo para la confrontación. ¿Le reconocería Estanislao? Los intercambios analíticos tenidos con el doctor Jáuregui le inducían a introspección, a criticar sus propias ideas. Le era fácil descubrir el temor oculto ante la posibilidad de que Estanislao hubiera recobrado el conocimiento. En cierta forma se sentía responsable de su herida. ¿Qué habría sido de Estanislao si él no se interpone en su destino? Un bandolero, satisfecho de la venganza sobre quienes asesinaron a su familia. Pero su deseo de educarlo, de infundirle una mentalidad extraña, la suya propia, la que le enseñó su abuelo, le frustró su desarrollo natural, inhibiendo sus impulsos primitivos, proyectándolos hacia una falsa realización. Sintió su voz. Estanislao hablaba:

—No me acuerdo de nada. Ni siquiera sé quién es usted.

—Yo soy el doctor Jáuregui. Te he examinado todos estos días. Ayer me hablabas de que te gustaba fumar. Te di un cigarrillo, pero luego no quisiste recibirlo.

Octavio entró calladamente a la habitación. Habría querido ser invisible. El doctor Jáuregui se levantó y lo saludó afectuosamente:

—Creí que no vendría.

—Se lo prometí.

Estanislao se incorporó y lo observó detenidamente.

—¿Quién es él? —preguntó al doctor Jáuregui.

—¿No lo recuerdas? Fíjate bien.

Extendió el brazo para saludar al abogado y le retuvo su mano.

—Me alegra que haya venido, maestro. Creí que se había olvidado de mí.

Nerviosamente Octavio le retiró la mano y se puso a dar vuelta a su sombrero. El doctor Jáuregui habló con acento persuasivo:

—No es el maestro. Esfuérzate en reconocerlo.

Se abstrajo en sus recuerdos y luego sonrió:

—No trate de burlarse de mí. Sé muy bien quién es. ¿Se acuerda que nunca aprendí a deletrear?

—¡Soy Octavio, tu... padre!

—¿Mi padre? —rio alegremente—. Mi padre murió hace mucho tiempo. Usted es don Santiago.

La asociación que hacía entre el padre y el maestro se evidenciaba por la unidad de tiempo y lugar. El doctor Jáuregui necesitaba reintegrarlo a su pasado:

—¿Has olvidado al doctor Guzmán y a su señora, doña Susana?

—¿Susana?

—La madre de Otilia.

Afirmó entusiasmado:

—¡Sí, Otilia! Hace un momento estuvo aquí. Me ayudó a comer. Se ha portado muy bien conmigo.

—La confundes con la enfermera. Otilia es la hija del doctor Octavio Guzmán. Tu hermanita.

Volvió a reír gozosamente:

—¡Yo no tengo hermana! ¡Estoy cansado! ¿Por qué no se van? No me explico por qué les han dejado entrar. Hoy no es día de visita. Le pediré al juez que no deje entrar a nadie.

—¿Te acuerdas del juez?

—Claro que sí. Es un buen amigo mío. Me dijo que yo sería un bandolero. Entonces saldré de aquí y no me ordenarán que mate a las mujeres.

—¿Quién te ordena que mates mujeres?

—¡Todos! ¡Todos me gritan que sea un asesino igual que ellos! Pero ¡no lo seré¡ ¡Me duele la cabeza! No quiero que me interroguen más, señor inspector. He dicho todo lo que sé. Déjenme tranquilo aquí en la cárcel.

Se exasperaba y tiraba puñetazos sobre la cama. El doctor Jáuregui tomó del brazo a Octavio y salieron de la habitación. Lentamente recorrían el largo corredor. El abogado daba vuelta a su sombrero mecánicamente. No se atrevía a mirar a los enfermos. Les adivinaba tirados en sus camas. "Teme reconocer a su hijo bastardo". Pensó en el viejo que le había lanzado aquella acusación. Ladeó el rostro y miró su cama, la número 17. Le miraron unos ojos agrandados. No era el mismo anciano. Suspiró. El médico le explicaba:

—Estanislao ha entrado en un cuadro regresivo en el que predominan la ansiedad y el temor. Sus recuerdos se remontan a un tiempo pasado, a su infancia. Los más recientes aparecen confusos. Hay algo de ideación imaginaria. Delira con los bandoleros, pero en una época más próxima, asociada al juez de Menores.

Al salir de la sala, reconfortado, se llevó el sombrero a la cabeza. Había puesto poca atención a lo que le decía el psicoanalista. Se sentía más animado. Ahora, lejos de la cama número 17, tenía valor para creer que el muchacho a quien acababa de ver no era Estanislao. Se engañaba a sí mismo. Quería liberarse cómodamente de las responsabilidades adquiridas con él. Otilia. Ella podría identificarlo.

***

La superficie del techo se le antojaba una pantalla cinematográfica. Tendido sobre el diván, imaginaba que de sus ojos fluían luminosos los recuerdos para proyectarse sobre ella en una sucesión de imágenes vividas. Ideas aparentemente involuntarias, pero realmente puestas en movimiento por el oculto piñón de su consciencia. Se sentía observado, violentado por la presencia del analista, cuyas últimas palabras todavía resonaban en sus oídos. "Olvídese de mí". "No haga ningún esfuerzo por recordar". "Deje fluir espontáneamente sus recuerdos". Sin embargo, el médico se objetizaba en su mente, allí sentado detrás de él, expectante, al acecho de sus palabras. Los

sentimientos, más que los recuerdos, le acuchillaban. Octavio sentía odio irrefrenable contra alguien. No podía dirigirlo, pero odiaba. Y de súbito una sensación de lástima, húmeda, delicuescente. ¿Lástima? ¿Qué delgados límites separaban el odio de la piedad? Susana. El nombre surgió de un salto, como si la palabra hubiera tenido que adelgazarse para escurrirse empujada por la rendija del inconsciente, de la censura que deseaba aplastarla. "Su prima". Se exasperaba. Al casarse con ella incurrió en el mismo pecado de su padre. La muerte de su madre. De niño oyó decir que había sido un "castigo de Dios", porque sus padres eran primos. Su madre ni siquiera llegó a conocerlo. Y se quedó sin hermanos por ser el primogénito. Había tantas mujeres y, sin embargo, se casó con una prima. Intentó burlarse de este sentimiento recriminatorio, ajeno a sí mismo. Eran los otros quienes acusaban. Desafiante —había estudiado en Europa y, por tanto, estaba despercudido de absurdos prejuicios— se casó con ella. Y gestó confusa mezcla de amor y de piedad, porque ella, igual que su madre, quedó estéril después del primer parto. Él encarnó a su padre y ella ocupó el lugar de la madre. Entre ambos cometieron el pecado censurado por todos. Estúpido. Meras coincidencias. No todo era igual. Su padre y su madre eran más que primos. Mamaron del mismo seno de la abuela. ¿Sería por ello que su abuelo lo quería tanto? El padre lo envió muy joven a Francia. Tenía catorce años. Seguramente para evitarle oír las torpes murmuraciones que se decían a sus espaldas. Él y Susana habían tenido otra historia. Casi eran dos extraños. Francia y Tolima. Al reencontrarse ni se sabían consanguíneos. Un día, después de apasionarse mutuamente, supieron de su primazgo por línea materna. Se rieron. El matrimonio. Nadie había lanzado la menor recriminación, hasta ahora, en que allí, tendido sobre el diván, pensaba en el parentesco olvidado. De repente tuvo consciencia de que se oía a sí mismo. Sus palabras le resonaban extrañas. Dejó de pensar en lo gracioso de identificarse con un aparato cinematográfico para involucrarse en un fenómeno contrario. En el alud de sus propias frases, volcadas sobre sus oídos como un bombardeo venido de otros labios, de una bocina lejana. Y ese otro era él. ¿Por qué antes no percibió este desdoblamiento? Cuando se acostó estaba seguro de que sucederían fenómenos desconocidos de ideación, pero no hasta el grado de sentirse desdoblado simultáneamente en un proyector y en una bocina que aparentemente se excluían. El médico le aseguró que el psicoanálisis sería una contribución para asegurar la salud

mental de su hija. Descubrir los eslabones mentales establecidos entre ella y Estanislao, a través de él y de su mujer. Estanislao y Otilia le resultaban personificados en un solo todo, unidos por un invisible vínculo, más fuerte que la sangre, a través de sus sentimientos. Oía otra voz. No era la suya. Parecía que el doctor Jáuregui le hablaba:

—Usted desea dar a Estanislao cuanto ha perdido: padres, hermanos…, un hogar. Ese fingido altruismo le oculta su verdadero deseo: el de tener un nuevo hijo. Así se identifica con su padre. Quiere pagarle el daño inferido al causar la muerte de su madre al nacer. Pero sus pensamientos conscientes son otros. Sustituir al padre de Estanislao, cuando en realidad se gratifica a sí mismo. Dice: "A este niño le han asesinado a sus parientes, le devolveré lo que le han quitado". Brillante oportunidad para descargarse de una antiquísima culpabilidad que lo ultraja desde su infancia. Ni siquiera sus estudios en Europa, su orgullo interior de ser superior a los campesinos que lo rodean, logran ahogar la culpa de ser un hijo cruel que mató a su madre y privó a su padre de la felicidad de tener con ella otros hijos. Además, en su yo perseguido, subsiste también el deseo de compensar a la sociedad de los males causados con su existencia. "Ella" le acusa de ser un hijo "prohibido", producto de la unión pecaminosa de dos primos y ninguna oportunidad más adecuada para ganarse el perdón que adoptar a un huérfano a quien unos "desconocidos", la sociedad, arrebataron a sus padres y hermanos. Y así espera redimirse no ante sus acusadores, sino ante usted mismo. Hay otro sentimiento que se oculta en su consciencia, tan trascendente como su afán compensatorio: su rencor. A la par que ama, que quiere cancelar su deuda, anhela la revancha. Contra sí mismo, su padre, su esposa, Otilia y finalmente contra toda la sociedad, que le exige un pago tan elevado. Y, desde luego, desea vengarse de Estanislao. La autoacusación se traduce en odio hacia Susana porque le condenó a la misma suerte de su padre: a no tener más que un heredero. Rechaza a Otilia en la medida en que esta quiere identificársele. También ella lo ha privado de tener otros hijos. Al llevar a Estanislao a su hogar, realiza un doble acto de represalia. Compartir su amor paternal ante los ojos de Otilia y humillar a Susana por su esterilidad. Por eso, cuando su esposa trató de rechazar al huérfano, alegando prejuicios sociales y el riesgo de una venganza por parte de los asesinos, usted aceptó gustoso esa discusión que encubría su revancha. Era una forma de enrostrar

a su padre muerto, pero vivo aún en su mente, que había podido superar la ansiedad que siempre lo atormentó. Logró lo que él jamás obtuvo: otro hijo. Mas estos sentimientos vindicatorios ocultos se objetivizan ahora con la justificación que tiene para repudiar a Estanislao, el instrumento sin el cual no habría podido realizar su venganza. Una vez cumplida, desea arrojarlo como el homicida quiere despojarse del arma del crimen. Llega a pensar que él no sea Estanislao, sino Jesús. Otro. Un extraño que se le asemeja. Sin embargo, premiaría en este momento a quien disparó contra su cabeza. Se identifica con él, ha vengado el honor de su hija. Y, sobre todo, ha castigado su propio fracaso, porque sus intenciones aparentes se frustraron en su totalidad cuando Estanislao rehusó aceptarlo en sustituto de su padre. El injerto que pretendió realizar con oculto egoísmo jamás se incorporó afectuosamente a su hogar.

Al levantarse del diván, Octavio creyó dejar allí tendido un cadáver del que siempre quiso deshacerse. Lo miró increíblemente momificado como un niño de siete años, aborrecido por su padre, asesino de su madre. Por vez primera se sentía un hombre capaz de aceptar las responsabilidades de amar a su esposa, de defender amorosamente a su hija, de ayudar sin mezquindades a Estanislao. Ahora estaba seguro de que no era Jesús, ni otro extraño. Comprendía su mente traumatizada. Hasta comenzaba a perdonarle el asalto a la virginidad de Otilia.

***

«Llegó sola al consultorio. El reloj marcaba la hora en que debía iniciarse nuestra sesión. *Blue-jeans* azules y suéter rojo que le caía más abajo de su cintura. Atrajo mi atención una fusta de mimbre en sus manos. La sonrisa picarona que hendía su boca dejaba asomar la punta de su lengua con insinuante coquetería. Su vestido varonil no llegaba a ocultar la acusada transpiración de su feminidad. Los cabellos, recogidos con una horquilla. Correlacioné la idea de su peinado "cola de caballo" con la fusta que acariciaba voluptuosamente. No se necesitaba mayor perspicacia para adivinar que en Otilia se pronunciaba la feminidad sobre sus cultivados impulsos masculinos. "Si tuviera ahora su vieja

muñeca le borraría los bigotes que le pintó en su infancia". Me puse en guardia. Intuí que canalizaba fuera de sí sus afectos contenidos. Me saludó fingiendo indiferencia, cuando bien sabía que había roto profundos lazos inhibitorios al afrontar las charlas analíticas sin la compañía de alguno de sus padres. Se fue derecho a la estatuilla de porcelana y, acariciándola, se acostó con ella bocabajo, sobre el diván.

"—Antes de llegar aquí deseaba ardientemente que montáramos a caballo. Pero he cambiado de idea.

—¿Prefieres tener una sesión de cambio de ideas?

—Bueno, eso lo he pensado ahora al entrar aquí. He visto el diván y me dije: "Sería una experiencia interesante".

—¿Tu padre te ha hablado de ello?

—Sí..., pero mi papá no tiene nada que ver con mi resolución... ¿Me permite que hable y acaricie este caballito de porcelana?

—Si así lo quieres..., como los niños que necesitan morderse los cabellos cuando duermen.

—Yo jamás hice eso. Me agradaban otras cosas.

—¿Qué cosas?

Se revolvía inquieta en el diván.

—A mí me gusta nadar. Aquí sobre el diván se nada muy bien. Se pueden extender los brazos y encoger las piernas.

—¿Te gusta el agua?

—Mucho. De pequeña me encerraba sola en el baño. A veces...

—Cuenta, no tengas ningún reparo en decirme las cosas. Revélame cuanto pase por tu mente.

—Me gustaba orinar bajo la regadera. Esto desagradaba terriblemente a mamá. Por eso me gustaba. Me quedaba con la vejiga llena durante muchas horas para vaciarla a voluntad en el momento en que lo quería. Cuando Estanislao... Con Estanislao también me bañaba. En la casa, no. Nos íbamos a la cañada. Él sabía nadar muy bien. Me sostenía sobre el agua. ¡Oh, era delicioso! Estanislao sabía hacer muchas cosas mejor que mi

papá. Amansaba a los pájaros: toches, arrendajos, mirlas y pericos. Hacía con ellos lo que deseaba. Los sacaba de la jaula, les cantaba y conseguía que corrieran detrás de él por toda la casa. Era el asombro de todos, pero yo era la que más gozaba, pues me permitía jugar con ellos. Hasta *Otelo,* el perro furioso, le cogió cariño. Lo bañaba y paseaba sin cuerda. Eso no lo podían hacer papá ni mamá porque los mordía. Tuvo un pollito que al anochecer andaba por toda la casa sin recogerse, piaba por la sala, el corredor y el patio, hasta cuando Estanislao lo recogía y le decía cariñoso: "Ya es de noche, acuéstate." Se quedaba dormido. Todos los animales lo querían. El carnero viejo, siempre amarrado para que no embistiera, le seguía por la calle como un perro. Mis compañeras de colegio le pedían que lo montara. Pero el animal no permitía que ninguna de nosotras se le acercara. ¿Por qué podía Estanislao hacer todas esas cosas? Era un muchacho bien plantado. No sé por qué le dieron ese tiro en la cabeza. Mi madre me dijo que había muerto. Pobrecito. Ahora puedo contarle estas cosas de él.

—¿Y si estuviera vivo?

—¡ Oh, no! ¡Qué diría mi madre!

—¿No quería ella que jugara contigo?

—Bueno... no le gustaba mucho..., pero no es por eso.

—¿Por qué?

—Ah, pregunta como mi maestra.

—Y si Estanislao estuviera vivo, ¿te gustaría verlo?

—Muchísimo, pero a solas..., que no se enteraran mis padres.

—¿Por qué habrían ellos de disgustarse? Estanislao es como su hijo, como tu hermano.

—Pero no lo es en realidad. No es hijo de ellos. No es realmente mi hermano.

—¿Te gustaría que fuera realmente tu hermano?

—…

—¡Contéstame!

—Se pone usted como mi maestra, como mi madre. Ya me voy".

Se levantó bruscamente del diván y salió precipitadamente llevándose la estatuilla de porcelana. Después regresó a traerla. No quiso hablar conmigo. Le había amarrado un lacito de lana rojo, arrancado de su suéter».

***

Su consciencia renacía. Un fósforo encendido en un oscuro y profundo sótano. Se retiraban las sombras, cucarachas pegajosas resbalando por los muros. En su cabeza agujereada resonaban las voces con estruendo. La luz no llegaba de allá abajo, de las oscuridades donde flotaba, sino a través del portillo abierto por la bala. También entraban por allí las palabras, y entonces la llamita débil del fósforo temblaba a punto de apagarse. "¿Cómo te llamas?". La pregunta giraba como un rehilete contra el viento, sin detenerse, sin que pudiera entenderla. Extraño. Oía y no comprendía. Intentó responder. Su cabeza, leve como un calabazo hueco que flotaba en las sombras, se hizo pesada, dura, dolorosa. El frío se filtraba por el orificio de la bala. Su cabeza no era más que eso, un bloque de hielo. Ya no veía un solo fósforo encendido, sino dos, uno al lado del otro. Formaban agujeros pequeñísimos por donde podía mirar hacia afuera. Ahora comprendía. Aquí la oscuridad y allá la luz. Muy distante, lejísimos, sus pies bajo las sábanas. Su cuerpo era un largo gusano inmóvil, recubierto por vendajes de algodón. Ese gusano comenzó a contraerse. Los pies se aproximaron hasta muy cerca. De poder extender el brazo podría sujetarlos. Brazos. Manos. Cuanto había perdido, lo que le cortaron a machetazos, volvía a crecerle del cuerpo como la cola mutilada de una lagartija. Le hurgaban por la garganta. Sintió la punta de un embudo, vomitando palabras. "Tengo hambre". Pudo mover la cabeza sin que se quedara guindado del árbol. La soga había desaparecido. Sus dos huecos luminosos le permitían mirar afuera sin ser visto. Allí detrás, agazapado, observaba. "¿Quiénes son?". Imposible reconocerlos. Tanto tiempo sin verlos. Un año, tres. Un minuto. Sabía del tiempo, por qué estaban allí y no recordaba en qué parte los vio antes. Se movían. No eran gusanos igual que él, sino personas. La muchacha le sonreía. Siempre le gustó ese gesto de Otilia. "Si es Otilia". Alargó la mano y palpó su brazo. Luego la retiró

atemorizado. "¿Quiénes son los otros?". Allí estaba el maestro. "¿Qué hace usted maestro, aquí en la cárcel?". Lo comprendía absolutamente todo. Las rejas, los policías, el juez el inspector. Pero también estaban los asesinos. Los reconocía aunque que te taparan el rostro con las manos. "¿Por qué me persiguen hasta en la cárcel?". Había huido para escaparse de ellos, y ahora estaban allí, al lado de *Tusa*, de *Candado Flojo* y del *Perro*. Y en medio de ellos, Otilia. "¿Dónde está la señora que no viene a gritarles que yo soy su hijo? No, soy huérfano. No los conozco a ustedes. ¡Salgan de aquí! ¡Déjenme solo!".

El juez miró complacido al inspector. La enfermera, ansiosa, les repetía indignada:

—El doctor prohibió que le interrogaran. ¡Retírense!

El inspector se le encaró nuevamente:

—Lo siento, señorita, pero la autoridad necesita investigar.

—Antes debieron consultar al médico para que me autorizara dejarlos entrar. Esto es un hospital y no una cárcel. Llamaré al doctor Vence.

—Llame a quien quiera, al mismo presidente de la República, pero yo adelantaré la investigación.

Insistió en sacudir al niño y gritarle:

—¡No te hagas el bobo! Bien sabes quiénes somos. ¿Quiénes fueron tus compinches?

Volvían las cucarachas pegajosas por el muro. Rodearon el fósforo y lo taparon con sus alas negras. La oscuridad. Y de nuevo, tras una sensación de vértigo, los dos orificios por donde se asomaba a la luz. No veía a Otilia. Pero ellos estaban ahí. Empuñaban los machetes amenazantes. "No me maten". Se esforzaban en meter sus cabezotas grandes por el pequeño agujero por donde miraba. Afortunadamente no cabían, pero podían cortarle los brazos, y las piernas, el… Introdujeron la cabeza de un fósforo por el otro orificio y movían la bala sin poderla extraer. La fiebre encendía su cabeza. Otra vez el desvanecimiento, el bloque de hielo, las cucarachas comiéndose la luz. "Yo no he robado. No he matado a nadie. Salgan de aquí".

Ahora fue el inspector quien miró al juez. Le dijo satisfecho:

—Se hace el loco; pero al negar, acepta su culpabilidad. Volveremos a interrogarlo después.

La enfermera no esperó a que salieran. Empujó al droguista, que les acompañaba, y cerró la puerta de la habitación. Luego oyó que decía:

—Este es el mismo que me robó los frascos de perfume. No me queda la menor duda.

Los enfermos miraban desde su lecho a los tres señores que, desobedeciendo las instrucciones del médico, habían penetrado a la habitación del niño operado. Conocían a uno. El inspector. Estuvo allí el día de la operación interrogando al que se decía padre del muchacho y a la señora que acompañaba al cura. Los vieron salir con sofrenada indignación. Les habrían atacado si se lo hubieran permitido sus manos, piernas o brazos paralizados.

***

¿Por qué se le había convertido en una obsesión el niño operado? El doctor Ramírez Dacosta recordaba otros casos semejantes, allá en los primeros años de docencia, cuando era un recién graduado como el doctor Vence. Lo perturbaban más allá del hospital, sin que pudiera sustraerse a valorar los síntomas clínicos. Consultaba libros, releía observaciones. Acudía a cualquier hora de la noche a la cabecera del enfermo, sin atenerse a los datos recogidos por internos y enfermeras. Pero ahora no sentía ese afán de investigar el cuadro clínico del niño, aunque se le hubiese incrustado en su cerebro como otro proyectil. Temía. Un miasma corroía sus nervios hasta fundirlos en una masa fangosa, húmeda, fría. Se esforzaba en impedir que esa náusea tomara forma en su razón. Era criminal desear que el niño empeorara a consecuencia de la intervención quirúrgica, aunque constituyera un triunfo para él ante los estudiantes. La clínica demostraría que no podía ignorársele. Lo cierto era que el muchacho, después de la operación, había recobrado las ideas y el lenguaje. La ausencia de la hemorragia. Los estudiantes no se habían

mofado de su diagnóstico, pero le dejaron solo al lado del enfermo, mientras se fueron a rodear al neurocirujano, pendientes de sus palabras.

Entró a la sala del hospital con evidente desgano. Los enfermos lo saludaron desde sus camas. La normalidad acostumbrada. La respiración sofocada del asmático. El otro con la pierna enyesada, colgada del aparato ortopédico. El viejo del insomnio paseándose por el corredor. Al cruzar ante la pieza del niño, creyó no haber ni siquiera mirado a su interior. Se equivocaba. Lo había hecho. El llamado de la enfermera fue posterior al acto de haber observado al interno moviendo al enfermo. Tras una noche de aparente sueño, el niño permanecía en la misma posición, el rostro empalidecido y sudoroso. Las voces y los sacudimientos no obtenían de él la menor respuesta.

—¿Cuántas horas lleva de sueño?

Mientras le respondía la enfermera, el doctor Ramírez Dacosta exploraba nerviosamente la tensión arterial y el pulso. Reclinado sobre las almohadas, el muchacho respiraba tenuemente.

—Duerme desde ayer tarde.

Miró su reloj de pulsera. El sol se filtraba por la ventana que daba al patio del hospital.

—¿Qué ha observado de extraño?

—¡Ah, se me olvidaba, doctor! Ayer, después de la visita que le hicieron esos señores, defecó y orinó dormido.

El médico prosiguió el examen de los reflejos, hizo un gesto de perplejidad y luego se dirigió a la enfermera:

—Debe anotar en la historia clínica esos datos de la micción y defecación involuntarias. Servirá de mucho al doctor Jáuregui.

Se volvió hacia los internos que lo rodeaban:

—Puede pensarse en una simple postración como consecuencia del esfuerzo mental después de tantos días de absoluto reposo. Extraña, sin embargo, que no hubiera reaccionado prontamente a los estimulantes vasomotores. Antes bien, el pulso lento, aunque la presión arterial se mantenga normal, revela una tendencia a la depresión general.

La enfermera interrumpió:

—Ayer comió unas manzanas que le trajo una señora.

Los internos miraron al jefe de Clínica.

—Poco probable que sea un envenenamiento.

—Puedo asegurarle que no ha comido ninguna otra cosa extraña a la comida del hospital.

Desde la ventana vieron que el doctor Jáuregui estacionaba su pequeño Volkswagen. El psicoanalista venía acompañado por el doctor Vence. Ambos mostraban visible preocupación. El neurocirujano escuchaba atentamente las explicaciones del colega. Al entrar a la habitación del niño, ante la presencia del doctor Ramírez Dacosta y de los internos, se contuvieron vivamente impresionados. El jefe de Clínica abrió paso al doctor Vence y le anunció con refrenada satisfacción:

—Hay una total regresión de los síntomas después de la ligera mejoría.

El neurocirujano tomó urgido el pulso del niño y siguió atento el minutero de su reloj.

—¿Desde cuándo perdió el conocimiento? —preguntó el doctor Jáuregui.

El doctor Ramírez Dacosta se adelantó a la enfermera:

—Según la señorita, duerme desde ayer.

—No hay tal sueño. Todo manifiesta una postración mental. Su ausencia de cuanto lo rodea, sin acusar mayores signos de gravedad, me hace pensar en un estado neurótico.

La inquietud se reflejaba en el rostro de los médicos. Sus miradas pretendían escrutar los escondidos pensamientos del psicoanalista. Se frotaban las manos o comprimían nerviosamente los barrotes de la cama.

—Sí. Creo que el niño ha entrado en un cuadro de regresión histérica como defensa contra su ansiedad. Observen su rostro complacido, que contrasta con la sudoración profusa. Su simulación le sirve no solo de defensa, sino de regocijo al huir de la realidad.

—Aunque usted ordenó que no se le hablara, ayer estuvo aquí el inspector de Policía, acompañado del juez y de otra persona que le hizo cargos sobre no sé qué robo.

Las palabras de la enfermera sorprendieron al doctor Jáuregui. A la par que lo halagaban, porque corroboraban sus sospechas de un posible cuadro neurótico, le disgustaba aquella intromisión de la autoridad.

—El trauma psicológico producido en su mente por ese interrogatorio puede ser de peores consecuencias que el mismo impacto del proyectil.

El jefe de Clínica reprimía sus labios, temeroso de que asomara a ellos una sonrisa.

***

No era una cárcel. El doctor Jáuregui tenía esta sensación por saber que el edificio de ladrillos de líneas rígidas y escalonados pisos a la manera de un convento era la sede de muchas oficinas de la Policía. Por la fachada de la carrera, de portalones semicoloniales, se entraba a las dependencias del Detectivismo. Se sorprendió encontrar a muchos extranjeros mezclados con paisanos de las más contrastadas categorías sociales. Asesinos en busca de sus respectivos certificados de antecedentes penales. Se mofó de la puerilidad de su juicio. Aquellos hombres de ruanas oscuras, de sombreros alones, confundidos en las filas con extranjeros, eran simples campesinos venidos a la ciudad en busca de empleo. ¿Qué hacían allí en esa larga fila? En el extremo de ella, contra una ventanilla, pudo leer el membrete “Certificados para salir del país”. No imaginó antes que los campesinos viajaran al exterior en tanta cantidad. “La violencia en los campos los empuja a buscar patrias más acogedoras”. Un guardia le informó que la Inspección estaba por el lado de la calle. Dobló la esquina y se apegó al alto muro. Tuvo desprecio por la esterilidad estética del arquitecto. Superficies altas y desmanteladas, sin una cornisa u otro detalle agradable a la vista. Tres muros de contención y una serie de huecos a manera de respiraderos, a los que solo daban vida las palomas vagabundas. Antes de penetrar ya sentía asfixia. ¿Por qué habitaba la autoridad en caserones sombríos? Si

aquel edificio fuera más alegre, acogedor, seguramente los agentes del orden encontrarían a los hombres menos agresivos y culpables.

—Sí, aquí está el inspector. Siga adelante.

Entró. Dos gendarmes en la puerta, sudorosos, mojados, portaban a la espalda sus fusiles. El uno con un pañuelo se secó el sudor de la frente. Dijo:

—Ya están presos los cochinos.

El otro, de botas y pantalones sucios de fango, respondió jadeante:

—Afortunadamente, al salir del agua de la alcantarilla, el revólver no les disparó.

—Estaba embarrado. De lo contrario no estaríamos aquí echando el cuento.

Frente al médico se levantaba una baranda de madera. Pensó en la pequeña reja portátil de la Alcaidía. Se sentó en la banca que le indicaran, al lado de varias mujeres con los cabellos sueltos y las ropas destrozadas, sobrevivientes de una batalla de vecindad. Mostraban aruños en los párpados, abotagados los ojos por la sangre o la cólera. Detrás de la reja divisó un cuerpo sobre un sofá cubierto por una ruana. ¿Un cadáver? Imaginó que era de mujer.

—Llame al inspector. Dígale que lo busca un médico.

El que supuso muerto se enderezó perezosamente y giró la cabeza a su alrededor, todavía ajeno a la orden recibida. Con sorpresa comprobó que no era mujer, sino otro policía, uniformado, tumbado allí en vías de descanso. Se levantó, tomó el fusil de un rincón y salió de la oficina. Un funcionario recibía la declaración a un hombre rechoncho con una cortada en la nuca. Todavía le sangraba y, sin embargo, permanecía allí con expresión distraída. Hablaba sin encono:

—Me asaltaron entre todos. Forman una familia de bandoleros. Durante tres noches consecutivas fueron a hacer bronca a mi tienda. La Policía los echó. Pero anoche los dos que están allí dentro y estas, que son sus mujeres, me atracaron con puñales y revólver. Les hice cara porque estaba preparado; pero dígame usted, ¿cómo podía yo solo enfrentarme a esas fieras?

Las mujeres, hasta entonces sentadas, se abalanzaron contra la reja.

—¡Maricón! ¡Me tendrás que pagar! ¿Acaso soy tu perra para que quieras gozarme de balde?

Otra reafirmó:

—¡Se hace el mosquita muerta y quiere abusar de nosotras sin pagarnos!

El policía de la ruana las obligó a sentarse en la banca. Luego se dirigió al médico:

—Sígame.

El corredor de amplios arcos conducía a un patio lleno de sol. Cuatro bancos, uno en cada esquina, rompían la inmensa frialdad de las losas de piedra. La amplitud del patio reclamaba un jardín o una fuente. El policía se detuvo frente a una puerta con baranda.

—Señor inspector, este es el médico.

En el interior varios hombres cambiaron sus actitudes abandonadas por otras de aparente compostura. El inspector se compuso el saco y acogió con sonrisa cortés:

—Entre, doctor Jáuregui. Lo esperaba. Ya sé que ha protestado por la indagatoria hecha al muchacho de la bala en la cabeza. Una visita rutinaria. Aquí debemos todos los días hacer tantas diligencias. El juez de Menores me obligó a practicarla. Tengo denuncia contra ese gamín. Bueno, no propiamente contra él, la cosa no la he esclarecido todavía. Parece que hay peces gordos detrás del asunto. Un gran contrabando de marihuana. Siéntese. Lo escucho. No creo que se vuelva a repetir la indagatoria por ahora. Esperaremos su restablecimiento. Eso sí, no hay que dejarlo escapar. Es nuestra única pista. El proyectil fue examinado. Pertenece al mismo revólver con que asesinaron a uno de nuestros detectives que les seguía de cerca.

Varias veces lo vio en el hospital. Allá permanecía callado en un rincón, apuntando, escudriñando a los enfermos. Sí, el mismo que interrogara a la señora Peñaranda. Tal vez un poco más flaco. Condición de un buen detective es cambiar de fisonomía, de traje, de personalidad. Este hombre, que hablaba con tanta profusión, afectuoso y sonriente, había injuriado

a la enfermera. El médico no observaba su cara de piel reseca, de papel almidonado, ni su vestido negro que en nada lo diferenciaba de las otras personas, una especie de "camuflaje", sino que quería penetrar en su mente de policía en acecho, calculador, introspectivo. De súbito tuvo una idea repugnante. Él y el detective tenían algo en común: escarbar lo oculto, analizarlo, llevar a flote la escoria para examinarla a la luz de la consciencia. Le pareció antipático comparar su inquietud científica con la de un sabueso. Él ahondaba en la mente para liberarla de ataduras. El otro para empujarla a la cárcel.

—Venía solo a solicitarle una cosa. Yo quiero que usted me informe el nombre del muchacho herido. Le dije el nombre, pero sé que tiene varios. Unos le conocen por Jesús y otros por Estanislao. Debiera de tener otro. Si me suministran algún indicio sobre este particular…

—Pero ¿por qué no se sienta usted? Entre. Aquí tiene esta silla.

Miró a sus tres acompañantes, y estos, tras de saludar al médico, se retiraron. Mientras revolvía sus papeles, hablaba aparentemente consigo mismo:

—Siempre se encuentra dificultad en la identificación de estos muchachos, sobre todo cuando no se les ha podido fichar. Una cosa tan sencilla tiene muchas personas en contra. Es algo que uno no se explica. Cuando andan por las calles descamisados, nadie se ocupa de ellos. Pero si se les detiene al cometer un robo o por sospecha, aparecen defensores por todas partes. Si nos dejaran atraparlos y hacerles una ficha, entonces sería otra cosa. Un retrato es un retrato. Podrían llamarse Diego o Francisco, pero la foto revelaría su verdadero nombre. La huella digital, la cicatriz. A este chico no lo conocía yo. Me hice acompañar del juez y de un droguista a quien se supone le robó unos frascos de perfume. Ambos lo identificaron. El droguista por la cara, aun cuando dijo que estaba muy cambiado, seguramente por la hemorragia. El juez, que tiene una memoria maravillosa, aseguró que estuvo recluido con anterioridad en la Alcaidía y me dijo que si no se equivocaba, lo llamaban Gil.

—¿Gil?

—Sí, así, Gil. Sin apellidos. ¡Como nunca saben quiénes son sus padres!

Apuntó el nombre en su libreta. Era cuanto había ido a buscar. Su antipatía por aquel funcionario lo empujaba afuera. No, no era una simple aversión a él, sino a sus palabras, al edificio, a la mentalidad policíaca. "Si dejaran atraparlos y hacerles una ficha, entonces sería otra cosa". Se levantó bruscamente y se despidió del inspector, asqueado de su sonrisa de hombre cordial y generoso. Ahora comprendía su actitud desafiante ante la enfermera del hospital. Para él, quienquiera que se interponía en defensa de un presunto delincuente se convertía en un enemigo social. ¿Qué resultados benéficos podrían obtenerse si se llevara a la práctica su idea herodiana? Levantar una ficha patibularia a todos los niños de la calle, para recapturarlos cómodamente más tarde, cuando cayeran en las redes de la criminalidad. Él no ignoraba que ciertamente aquellas víctimas del abandono social constituirían sus futuros adversarios en el ajedrez del crimen. Pero ¿había necesidad de empujarlos tempranamente al abismo? ¿No sería mejor tratar de rescatarlos a tiempo? Este hombre inescrupuloso, guardián de la sociedad, les negaba toda posibilidad de salvación.

Sus pasos lo impulsaban como por una vertiente. El sol que había penetrado a hurtadillas al patio fue oscurecido por una nube. Cruzó el estrecho corredor. El hombre de la cicatriz al cuello todavía declaraba. La sangre encharcaba su espalda ante la indiferencia del funcionario que apuntaba y apuntaba. Las mujeres lo miraron pasar y creyó que lo responsabilizaban de su impotencia frente a los guardianes con fusiles a la espalda. Ahora caminaba por la inclinada calle y dejó que su cuerpo se desbocara sin control de los músculos. Una idea repulsiva cruzó por su mente. Una vez más se identificaba con el inspector. Varios años antes había solicitado a la División de Menores que le permitieran hacer fotografías de los reclusos como un documento antropológico. Ahora se alegraba de la prohibición expresa de tomar retratos a los detenidos. ¿Qué habría sido de esas fotografías de niños en poder de aquel funcionario?

***

—Para ti las personas son objetos en los cuales proyectas tus viejos afectos infantiles. En los últimos tiempos has librado grandes luchas para

penetrar en ti misma y suplantar en tu mente las viejas ideas por nuevas. A tu edad no es nada fácil. Se teme despertar a una realidad que implica desprenderse de todo lo que hasta entonces ha constituido las únicas experiencias conocidas. Has entrado a un período en que por fuerza debes vivir las cosas instintivamente presentidas. Antes jugabas con muñecos y ahora tienes que jugar con personas adultas. Pero las personas adultas no son juguetes. Reaccionan de acuerdo con su propia manera de sentir y muy pocas veces realizan lo que tú quieres. Tú le decías a tu muñeco: "Quédate aquí en este rincón hasta cuando yo regrese". Él esperaba paciente. Eso no lo lograrás nunca con un ser humano. Te decía que has vivido tremendas luchas. Cuando tuviste cuatro o cinco años, comenzaste a interesarte por tus padres con un sentimiento desconocido. Hasta entonces ellos te proporcionaban placer en todo. Después no solo se alejaron de ti, sino que comenzaron a imponerte normas desagradables. "No hagas esto". "Aquello está prohibido". No te dejaste vencer fácilmente. Esgrimiste un arma poderosa contra ellos: el resentimiento. Reacciones impulsivas, incontroladas. A la par de imitarlos, los rechazabas. Querer ser igual a tu padre o a tu madre o de poseer lo que ellos tenían, se traducía en rencor por no alcanzar plenamente lo envidiado. Si te dijera que has estado enamorada de tus padres en la misma forma en que ahora supones que lo estás de otras personas, no lo creerías. Todos los hijos aman y deben amar a sus padres si son normales. Pero una cosa es querer conscientemente y otra es verte compulsada por un amor ciego, inconsciente, a fundirte en ellos como lo hacías con tus muñecos. Más tarde, descubriste que podías proporcionarte el placer que te negaban tus padres. La misma satisfacción que experimentabas cuando tu madre te bañaba, la lograbas bañándote tú sola. Y en la misma forma en que la envidiabas a escondidas, comenzaste a proporcionarte placer sin que ellos se enteraran. "Papá, quiero montar en tus piernas". Después, ya eras una mujercita para andar cargada, preferiste hacerlo tú misma montando a caballo. Conseguías lo que te proponías sin ser censurada. Un día llevaron a tu casa a Estanislao. Te dijeron: "Es tu hermano". Aceptaste ese regalo. Era un nuevo muñeco, de carne y hueso. Le exigías que te complaciera y él te correspondía. Te amansaba los pájaros. Amarraba a *Otelo* para protegerte. Se bañaba contigo en la quebrada. Podías mostrarlo a tus amiguitas como algo que te pertenecía. Pero también comenzaste a repudiarlo. Otra vez la mezcla de amor y odio.

Tampoco él era tuyo totalmente y algo peor: rehusaba complacerte en todo. Había ciertos juegos que no deseaba realizar contigo. ¿Se bañaban desnudos en la quebrada? No tienes por qué responderme. En la quebrada o en otro sitio descubrieron que se querían. Estanislao era buen amigo de los animales y sabía hacer cosas tan bien o mejor que ellos. Eso me has dicho. Lo admirabas. Quisiste sin saberlo hacer con él cuanto habías visto realizar a tus padres. Besarse. Abrazarse. Luego, atemorizado, huyó de la casa. Sabía que si papá y mamá descubrían lo sucedido lo castigarían. Habrían hecho con él lo mismo que con sus padres. Te sentiste culpable de su huida. Nunca más supieron de él. Te creías responsable no solo de su fuga, sino de su muerte. Seguramente acusabas de este hecho a tu padre, no de manera consciente, sino ignorándolo. Esa acusación se tradujo en un aumento de tu odio hacia él y luego a tu madre. Ambos te quitaron a tu "hermano", a tu muñeco. Volviste otra vez a fijarte en ti, a buscar en ti misma, en la soledad, el placer que antes compartías con Estanislao. Te escondías. Gustabas de montar a caballo, de hurgarte la nariz y tocarte las piernas.

Mientras fuiste una niña inocente tenías suficiente con ello. Después descubriste que eras mujer. Este descubrimiento te costó sangre. Creías que se debía a tus juegos con Estanislao. Comenzaste a sufrir terribles conflictos interiores. Pagabas todos los meses lo que hiciste a escondidas con Estanislao. Un día viste en el periódico su fotografía. Le habían dado un balazo en la cabeza. Tu vieja sospecha de creerte responsable de su muerte se hizo una realidad. Te entregaste a tus crisis de llanto, a la soledad. No quisiste volver al colegio para que las condiscípulas y tu maestra no te acusaran. Tu madre, siempre preocupada por tu carácter extraño, por tu lejanía de ella, insistió en observarte con más detenimiento y descubrió que sangrabas. Te obligó a ir donde el médico, sin sospechar siquiera lo ocurrido con Estanislao. El examen reveló la verdad ocultada por ti. Se inició para ti la gran batalla, la más terrible de todas. Habías dejado de ser una niña. El médico habló de que pudiste quedar embarazada. Eras, pues, una mujer apta para tener hijos. Odiabas ahora con más rencor a tu madre porque ella no solo te había arrebatado a tu padre, allá en la infancia, sino que extremó el examen hasta estar segura de que no tenías en tu seno un hijo que te diera los placeres perdidos. ¿Te acuerdas de la primera entrevista que tuvimos? Me mirabas

con pavor. Creías que yo sería otro médico al servicio de tu madre. Mucho me costó convencerte de que simplemente deseaba ser tu amigo, tu confidente. La idea de que podíamos montar juntos a caballo hizo que yo me convirtiera en cómplice tuyo. Después me fuiste contando todo. Tu odio por la maestra, por tu madre y tu padre. Tu gran admiración por Estanislao. La angustia por creerlo muerto. Ahora sabes que está vivo. Entre tanto, gracias a la costumbre de autocriticarte, de observarte como a un ser humano, en el que hay pasiones contradictorias, has comprendido que puedes amar de manera diferente. Dejar de ser una enamorada de tus muñecos, de tus padres, de tu hermano. Y has creído que ese amor podrías proyectarlo sobre mí y que yo me sometería a ti con la docilidad de un muñeco. Te equivocas una vez más, pero ahora puedes darte cuenta del error y proyectarás tu amor hacia otra persona de tu edad, hacia un jovencito que no será exactamente como tú lo quisieras, pero que compartirá contigo las mismas ansias de amar. No tienes por qué afanarte. Vendrá algún día. Las muchachas de tu edad suelen enamorarse de los actores de cine, de los santos, de sujetos que en parte satisfacen la necesidad de amar sin que constituyan un peligro. También ello te hará sentir mujer. En la medida en que dejes de celar a tu madre, amarás más razonablemente a tu papá y sentirás más afecto de hija por ella. ¡Quince años! Es una edad en que se viven pasiones y ansiedades. Tú, afortunadamente, has ganado la última y más importante victoria: observas a las personas tal cual son y no como muñecos con quienes jugar a escondidas.

***

"Gil". Busqué ansioso aquel nombre en el fichero de mis historias médicas. Tenía la clave para encontrar los apuntes que correspondían a Estanislao, a Jesús, al muchacho de la foto publicada en el periódico. Una a una, cuidadosamente, hojeé las fichas del archivo, pero ninguno de los nombres correspondía al de Gil. Otra vez la oscura identidad, la desilusión. Encerrado en mi apartamento, me tendí en el diván donde acostaba a mis pacientes. La relajación me traía un poco de descanso. No sucedió así. Acostumbrado a dejar fluir el pensamiento sin la menor autocrítica, me asaltó la ira contra el juez. Acudieron a mi mente sus

abstrusos razonamientos. ¿Qué clase de justicia podía impartir un hombre con remordimientos y frustraciones? ¿No era un crimen elegir como juez a quien estaba guiado inconscientemente por impulsivas retaliaciones? Los jueces debían ser psicoanalizados antes de encomendarles la responsabilidad de erigirse en "súper yo" de la sociedad. No hasta un título de abogado otorgado por una Facultad que solo tiene en cuenta los simples conocimientos legales. ¿Qué garantía podía ofrecer ese título para preservar al delincuente de una justicia neurótica cuando el abogado es un psicópata? Y el juez era un neurótico. Sus doctos conceptos de la justicia encubrían ideas obsesivas. Estos enfermos saben que sus juicios obedecen a una lógica propia determinada por conflictos personales, a los que no pueden dominar. ¿Cuántas venganzas subconscientes no se esconden en ese juez que hace abstracción de la evidencia de los hechos, de las presiones sociales para aislar al delincuente y hacerlo víctima de su propia ansiedad? Sustentaré esta tesis en un artículo para denunciar el crimen que se comete contra Gil. "Gil". Su nombre volvió a copar mi inquietud mental. "¿Por qué el juez lo llamaba de este modo?". Pensé en su prodigiosa memoria de sabueso y deduje que él no podía equivocarse. Gil debía ser llamado así en la cárcel. ¿Por qué no utilicé el mismo nombre en mis apuntes? "Gil". Tuve una súbita inspiración. Me levanté del diván y recogí las notas que tenía en mi escritorio sobre el argot de los reclusos. Busqué ansioso los vocablos que comenzaban por "G".

Gabardina: Sobretodo, gabán.

Gallo: Objeto robado.

Gallina: Marihuana.

Grupo: "Hacer grupo". Empujar a una persona para robarla.

Gofia: Detective.

Guache: Policía.

Guita: Billetes.

Garitero: Que vive a expensas de las mujeres.

Garrotero: Que no entrega lo que corresponde al socio.

Gamba: "Una gamba". Cien pesos.

Gringo: "Quedó gringo". Perdido, quedar sin nada.

Grifa: Marihuana.

Gil: Tonto, campesino.

"Gil", "tonto", "campesino". Asocié este nombre al del muchacho campesino a quien llamaban Ponciano, que en su argot significaba "soplón". Precipitadamente acudí a mi fichero y encontré la siguiente historia clínica:

"Marzo, 3 de 1961

Ponciano Peñaranda. Dice no saber su edad. Aproximadamente quince años. Púber. De Bogotá. Acusado de robo. Reconoce haber cambiado un frasco de perfume por un par de medias para regalárselo a su madre. Condenado a tres meses de cárcel. Se queja de que los reclusos mayores lo despojaron de zapatos y chaqueta. Lo han traído cargado otros compañeros porque no puede andar. Llora desconsoladoramente. Se niega a mostrar las lesiones que tiene en el ano. Evidencia terror. A mis preguntas sobre quién abusó de él, se tapa el rostro y gime. El guardián informa que no quiere comer. Permanece acurrucado en los rincones y da gritos cuando alguien se le acerca. Al llegar la noche intensifica su llanto y se niega a retirarse del rincón alumbrado por la bombilla eléctrica del patio. Se siente autodespreciativo, pesimista, infeliz. Tiene propensión al aislamiento y al negativismo. No puedo prescribirle antibióticos para prevenir una posible blenorragia anal, porque no hay drogas en el botiquín de la Alcaidía. Pienso traerle alguna medicina. Lo elijo para una sesión psicoanalítica en la próxima consulta".

***

«Marzo, 5 de 1961

Se muestra retraído y tímido hacia mí.

"—¿Quieres salir de aquí?

—Sí, que me dejen ir a mi casa.

—¿Dónde está tu casa?

—…

—Yo podría ayudarte a salir de aquí, pero tienes que contármelo todo.

—Yo no puedo contarlo todo...

—¿Por qué no puedes? ¿Quién te lo impide?

—Me matarían. Me cortarían los brazos. Ayer estuvieron a punto de matarme. (*Llora amargamente y aprieta las piernas en actitud defensiva.*)

—¿Quiénes estuvieron a punto de matarte?

—… (*Llora*).

—Me informaron de lo que te hicieron en el *Tusa* y *Candado Flojo*. Tomaré medidas para que eso no se repita. Te ayudaré a salir, pero debes contarme lo sucedido.

—Quiero irme a mi casa.

—Dame la dirección de tu casa. Haré que te lleven allá.

—Yo no se dónde queda. Mi mamá me espera. (*Llora*)".

Doy por terminada la sesión. Su llanto es una forma de desahogarse, el equivalente a una respuesta, como si me contara cosas. Asocio sus lágrimas al temor de que le 'corten los brazos' y a su gesto de ocultar los genitales. Es posible que *Candado Flojo* y el *Tusa* le hayan amenazado con castrarlo para obligarlo a ceder a sus pretensiones. Podría ser un simple sentimiento de sentirse trocado en mujer. Su deseo de volver a la casa es una exteriorización de su afán por reconquistar su hombría perdida. Por eso llora cuando insisto en preguntar el lugar de su casa. Llanto por lo perdido, por lo que cree irreconquistable».

***

«Marzo, 15 de 1961

En las sesiones anteriores se ha negado a responderme. Su negativismo se acentúa. Tiene por mí mayores temores. Lo compulsan a que guarde silencio. No sé si es una censura del "súper yo" o simples amenazas de los

reclusos mayores. Se adapta mejor a su condición de detenido. Sin embargo, me informa Solanito que abusan de él todas las noches. No les resiste. Se resigna a la pérdida de su masculinidad o encuentra placer en la violación. No llora. Baja la cabeza y se niega a hablar».

***

«Abril, 3 de 1961

Hoy he conocido una señora que dice ser su amiga. Se ha negado a identificarse. Afirma que le conoció ocasionalmente y no desea que su nombre figure relacionado con un caso de penitenciaría. No cree en la culpabilidad del niño. Posee una desproporcionada censura moral que la inhibe de inmiscuirse en lo que considera un baldón social: la cárcel. Me es imposible obtener datos concretos de la edad del niño, del parentesco que tiene con él y del lugar de su nacimiento. He insistido en interrogarla:

"—¿Es su hijo?

—Soy señorita.

—¿Cómo lo conoció?

—Llegó a mi casa pidiéndome comida. Eso es todo.

—¿Cree usted que sea bogotano?

—Las ropas que tenía no eran las de un campesino.

—¿Insinúa usted que es un campesino?

—Bueno, no quise decir eso. Pero me fue extraño verlo con ropa buena, aunque mugrosa, y que no supiera leer ni escribir. Ahora recuerdo que un día le dije que lo pondría en el colegio y se puso a llorar.

—¿Lloraba por cualquier cosa?

—Solo lo hizo cuando le dije que pensaba llevarlo a la escuela. ¡Ah, otra cosa! Sin saber leer ni escribir, puede hacer cualquier mandado. Sabe qué bus le corresponde tomar y dónde debe bajarse. Yo le he pedido que me haga mandados y no se equivoca, ni se deja engañar con el dinero. Jamás se

cogió un centavo. Por eso no creo que haya querido robar perfumes. Solo uno para dárselo a su mamá.

—¿Usted conoce a su mamá?

—Bueno... quise decir que eso dijo él, que era para su mamá. Usted debe estar mejor enterado que yo de lo sucedido. Ya le he dicho mucho y me voy".

No ha regresado más. Mi encuentro con ella fue ocasional, a la puerta de la Alcaidía. Habría querido obtener más datos de ella sobre Ponciano».

***

«Abril, 8 de 1961

Lo he enviado varias veces al Hospital de la Samaritana para tratamiento blenorrágico. He logrado vencer su resistencia. La conversación de hoy ha sido particularmente provechosa:

"—Tengo pesadillas todas estas noches. Sueño que me ahogo en una quebrada, pero cuando ya estoy a punto de morir, vienen tres caimanes y me arrastran a la orilla. Entonces me doy cuenta que en la quebrada no corre agua, sino sangre. Los caimanes quieren llevarme al monte, pero yo me resisto. Detrás de los árboles veo unos cadáveres sin piernas, sin brazos. Mujeres y hombres. Hay muchos gallinazos, tanto que tapan el sol. Yo me levanto y corro y los caimanes me persiguen hasta que despierto.

—¿Los caimanes tenían cara humana? ¿Te recordaban a alguien conocido?

—Eran simples caimanes.

—¿Y entre los cadáveres había algún conocido?

—No tenían cabezas. No podía reconocerlos.

—¿Tú le tenías miedo a los caimanes?

—Sí, muchísimo. Yo sabía que ellos habían llenado con sangre el agua de la quebrada.

—¿Por qué lo sabías?

—… Bueno... seguramente se habían comido a otros niños.

—¿Por qué niños y no adultos?

—Yo eso no lo sé. El agua tenía mucha sangre.

—Sí lo sabes. Trata de recordar lo que soñaste. Con un poco de esfuerzo recordarás todo. Si había niños contigo. Si también se encontraban personas mayores. Hasta podrás recordar si los caimanes tenían caras y quiénes eran esos muertos sin piernas ni brazos en el bosque.

—Tengo ganas de orinar...

—Orínate aquí...

—¡Aquí!

—Sí, allí, en ese rincón.

—Pero ahí dice misa el cura los domingos.

—Orínate donde quieras. Después me dirás qué cara tenían los caimanes y los cadáveres. (*Se acercó al rincón y trató de orinar, pero no pudo*).

—¿No has orinado nada?

—Se me fueron las ganas.

—Entonces cuéntame. Ya veo que sabes sobreponerte. Haz un esfuerzo y recordarás bien el sueño. Seguramente no viste caimanes, sino personas.

—No me acuerdo de más. Eran caimanes y muertos sin cabezas".

No insisto. Su inconsciente se niega a revelar cuanto hay oculto en su memoria. El súbito deseo de orinar, posteriormente contenido, fue una muestra evidente de que tiene sentimientos agresivos contra mí. La interpretación de esta pesadilla me lleva a rectificar mis primeras conclusiones. El trauma que le produjo la violación de que fue objeto por el *Tusa* y *Candado Flojo* sirvió de enmascaramiento a otro peor que viene obsesionándolo de tiempo atrás. No alcanzo a comprender el sentido de sus frases: "Me matarían". "Me cortarían los brazos". La idea de que estaba conjuntamente con niños me induce a sospechar que los sueños vividos corresponden a una edad infantil. Desde entonces ha querido ocultar, olvidar. Las mismas imágenes oníricas fuerzan a deducir que su experiencia tuvo

lugar en el campo. Quebrada. Caimanes. Arboles. Gallinazos. No parecen elementos propios de la ciudad. Es presumible que haya presenciado algún acto terrorífico como el descuartizamiento de cadáveres. Presumiblemente su familia. No quiere recordarlos para no aceptar la evidencia de que han muerto. La identificación de los caimanes con los asesinos es clara. Los caimanes deseaban llevarlo al bosque donde estaban los cadáveres mutilados, luego querían sacrificarlo. De ahí su miedo a que le cortaran piernas y brazos. El acto instintivo de protegerse los testes, indica que temió ser castrado. Este temor debió de reforzarse con la utilización de su cuerpo como objeto de placer por parte de los reclusos mayores. Miedo a ser castrado y convertido en mujer. Mi interpretación anterior no estuvo errónea a este respecto. Quedan todavía algunos elementos oníricos no bien esclarecidos. Su fuga como medio de salvación. Huye, pero no se libera de sus perseguidores, sino que encuentra a los gallinazos que le oscurecen la luz del sol. ¿Qué valor tiene este símbolo? ¿Tiene alguna relación con la ciudad? ¿Se debe a ello su repulsa a ir a la escuela? ¿Acaso fue recluido en un internado que le privó de su libertad? Ahondaré en su interpretación».

***

«Abril, 12 de 1961

Está contento de tener la oportunidad de hablar conmigo. Me saluda y se sienta en la silla.

"—¿Has vuelto a tener pesadillas?

—No, se acabaron después del otro día.

—¿Qué día?

—¿No se acuerda? La última vez que hablamos. Me hizo mucho bien. No volví a pensar en esas cosas horribles.

—No es lo mismo 'pensar' que 'soñar'. ¿Acaso tú 'piensas' también en esas cosas cuando estás despierto?

—No, nunca. Quise decir 'soñar'.

—Pero eso que tú crees que es sueño, no es un sueño. Es la verdad, la realidad.

—... (*Sonríe*). Es puro sueño.

—Los caimanes no son caimanes. Recuérdate bien. Allá, cuando tú eras más pequeño, debiste ser perseguido por personas extrañas. Tú huiste, te escondiste en el bosque, en la quebrada.

—Creo haber soñado eso. Fue lo mismo que le dije. Lo he soñado muchas veces.

—No, nunca me has dicho que habías sido perseguido por personas.

—Es lo que yo le digo, eso no ha pasado nunca.

—Sí, sí. Puedes recordarlo. Tú crees que no ha sucedido porque te parece haberlo soñado.

—Tengo ganas de orinar...

—Orina, pues...

—Aquí, no; en el patio.

—Ve y vuelve. Te espero".

No regresó. Solanito trató de traerlo a la fuerza, y en el forcejeo le dio golpes con su garrote. El *Tusa* sacó una puñaleta y *Candado Flojo* se arrinconó con Ponciano, desafiantes. Después de esta revuelta, quedó al descubierto que los mayores lo habían tomado de compinche. Me fue imposible lograr que respondiera a mis interrogatorios. Días después los tres escapaban de la Alcaidía por un hueco abierto en el techo. *Candado Flojo* y el *Tusa* fueron recapturados, pero no se ha sabido nada de Ponciano».

***

Volvió a sentir que alguien tocaba a la puerta. Despertó con angustia. Había dejado la radio prendida. Un ojo verde, fosforescente, lo miraba desde un rincón. El doctor Jáuregui tuvo miedo, el mismo terror de antes, cuando debía afrontar los exámenes escolares. Su analista lo ayudó

a superar estas crisis. Su padre, maestro de escuela, lo obligó a aprender bajo la amenaza del castigo cuando aún no había cumplido los cuatro años de edad. Desde entonces cada examen revivía su vieja ansiedad infantil. Su madre, exasperada por la tiranía conyugal, abandonó el hogar y el hijo acumuló nuevos resentimientos hacia el padre que se manifestaban en un excesivo temor de hablar en público y aversión por la escritura.

Sorpresivamente lo ahogó nuevamente la angustia. Lo despertaron los golpes a la puerta. Imposible. El reloj marcaba las tres de la mañana y nadie pudo haber entrado en su gabinete. Pensó en un ladrón. Se sentó en la cama y se disponía a levantarse, cuando recordó que los golpes estaban ligados a ciertas acciones en el sueño. Reconstruyó las imágenes. Su padre sujetaba a su madre de una cuerda y con otra la zurraba. Los azotes lo despertaron. Se extrañaba, sin embargo, del aspecto de la madre. Regordeta, vestida toda de negro, con zapatillas de charol y sombrero de terciopelo con flores ajadas. Claro que no era su madre, pese a que así lo hubiera creído. Nunca fue corpulenta. Por el contrario, su delgadez constituyó para él una obsesión. Tampoco aquel hombre del látigo era realmente su padre, aunque lo sofocara el mismo rencor experimentado cuando lo castigaba para enseñarle la cartilla. Los personajes de su sueño se enmascaraban en el sentimiento que por ellos tuvo antes de ser analizado.

Despertó del todo. El recuerdo se le hacía más ágil. Le fue fácil reconocer a la pareja. Ella no era su madre, sino la señora Ana Peñaranda, la del sombrero de terciopelo negro con flores ajadas. Rechazó esta identificación. La señora Ana, tan huesuda y encogida, no podía confundirse con la mujer obesa y dominante. El hombre resultó ser el juez de Menores. Pudo objetivizarlo porque esgrimía el garrote de Solanito.

El juez y el guardián se fundían en una sola *imago*: la antijusticia. Para él significaba algo más violento: la justicia neurótica. Cuando asumió, *ad honorem*, el cargo como médico de la Alcaidía, Solanito figuraba en la nómina de guardianes de la institución. Protegido del alcaide o de algún alto funcionario del Ministerio de Justicia, se daba ínfulas de mayordomo. Encontraba dolo en los actos más inocentes de los reclusos. Espiaba al que en un rincón realizaba cacería de pulgas en sus ropas. A los que entraban al retrete. Por las rendijas gozaba mirándolos en sus íntimas posturas. Antes que el médico hiciera el diagnóstico de una enfermedad venérea en un

detenido, Solanito lo sabía por su espionaje. “Le aseguro que Agripino tiene blenorragia”. O acusaba: “Samuel se quema las crestas con nitrato de plata”. Dueño de las llaves del botiquín, afortunadamente desmantelado de drogas, ejercía a ocultas la medicina, más deseoso de husmear el sexo que de proporcionar alivio con su terapéutica ignorante. Se vanagloriaba de haberse ganado la confianza de los reclusos y decía saber dónde y cuándo cometían un robo. Quería que sus historias imaginadas fuesen aceptadas como ciertas por sus acusados. Al descubrir realmente el producto de algún robo, aplicaba por sí mismo la justicia que le inspiraban sus sentimientos vengativos. Su garrote suplía la debilidad de todo su cuerpo y en particular la de su cojera. (Lo empuñaba con su mano izquierda, del mismo lado de su pierna claudicante). Más de un recluso sufrió a manos de él la fractura de una costilla o la ruptura del cráneo.

Recordó los relatos que le narrara Solanito de la vida del juez. Hasta le había mostrado el retrato de su esposa. Ahora podía identificarla con la misma señora regordeta de su sueño. Estaban separados desde hacía años. Inútilmente el juez solicitó el divorcio ante las jerarquías eclesiásticas. Se explicaba que extremara la ley para asegurarse una victoria compensativa. En tanto que descargaba su venganza en los presuntos delincuentes, se absolvía a sí mismo de ser condenado.

El analista volvió a dormirse, pero inhibida su censura, resucitó con más ímpetu su odio por el régimen carcelario que el juez y el inspector habían osado llevar a las salas hospitalarias. Vestido con su bata blanca, se vio camino de la Alcaidía. Como de costumbre, cada vez que se acercaba al edificio —una vieja casona acondicionada para recibir ochenta niños y que contenía doscientos— procuraba hermanar su mentalidad de médico a sus ideas generadoras. Inexplicablemente apareció un periódico en sus manos en la página roja y encontró la doble fotografía de un niño, de un gamín, uno de esos doscientos reclusos o de los que a la puerta de los teatros suplican una limosna. No estaba tirado en el suelo con un balazo en la cabeza, ni tenía esa cara manchada de los que se disputan desperdicios en torno a un tarro de basura. Una fotografía extraña, cómica, dolorosa. En la izquierda aparecía el muchacho con los pies embetunados. Se mostraba orgulloso ante el fotógrafo, en mitad de la calle. Había realizado su aspiración: poseer un par de zapatos. En una

mente infantil, propensa a fantasear lo imposible, aquellos zapatos pintados representaban una conquista objetiva. A la derecha, la fotografía del mismo niño con un par de zapatos tenis, reales, verdaderos. Además, ostentaba camisa y pantalones nuevos. Lo único antiguo en su facha era su sonrisa ingenua, su orgullo infantil. La leyenda: “Un niño transformado en media hora”. Caminaba. Creía eso en su sueño, pero estaba fijo, quieto, empotrado en un muro de la Alcaidía, en lo alto de las paredes de la vieja casona. Atisbaba desde el techo, a través del hueco que abrieron *Candado Flojo* y el *Tusa* para escapar con Ponciano. Abajo, el salón con las ochenta camas dobles. Ripios de cobijas y colchones. Papeles, trapos, virutas. Lechos de pordioseros, marcados con tarjetas blancas, como las mercancías en las grandes vitrinas de Nueva York. “Juan Evangelista, de Pereira, catorce años”. “Rafael, de Bogotá, diez años”. “Dionisio de Buga, nueve años”. “Antonio de Chaparral, dieciséis años”. ¿Cuántas veces no había él pensado “transformar” a sus enfermos y cuántas no se abstuvo de insinuar un baño de manos? Esa mugre de la piel poco importaba en sus vidas. Entonces añoraba poseer el don de lavar las mentes embetunadas de Rafael, de Dionisio, de Agripino, de Juan Evangelista y sus doscientos compañeros, procedentes de Cali, Bucaramanga, Villavicencio, Istmina, Ibagué, Medellín, nombres que para ellos ya no eran gentilicios, sino apellidos, porque el betún de la orfandad, del abandono o la rebeldía, les había borrado el de sus padres. “Mi abuelita no sabe por dónde ando”. “Yo quiero volver a mi pueblo...”. El juez, detrás de la baranda improvisada, las manos como zarpas sobre los legajos de papel, parecía no escuchar su voz. Desde lo alto donde se encontraba, sin manos, sin cabeza, él comprendía que sus pastillas de sulfamidas roídas por las cucarachas no serían suficientes para borrar la honda huella del chancro cerebral que había abierto en esas mentes una nueva personalidad: la del patibulario. En el patio estrecho, los muros coronados con alambres de púas, los cuatro guardianes aullaban con cabezas de perro. No, no eran de perro; la de Solanito multiplicada cuatro veces. No le extrañaba aquella metamorfosis, pues la violencia empleada por los gendarmes contra los reclusos materializaba los impulsos del cojo. Ladraban con escalofriantes aullidos. Una mano, la zarpa del juez, los sujetaba, lista a azuzarlos contra los niños agazapados unos sobre otros, desnudos, las caras pintadas de negro. Desde lo alto él quería impedir con sus gritos la carnicería, pero

el llanto de los niños y los ladridos de los perros policías ahogaban su palabra.

"—Reacondicionar sus mentes no es obra de media hora, ni siquiera de años. No basta con tiznarles la cara. Se necesita, señor juez, el esfuerzo conjunto del psicoanalista, del hogar, de la sociedad, para reajustar esa personalidad salida de madre, acondicionándola a una nueva vida de productividad social. ¿Me oye, señor juez? ¿Me oye? ¡No vaya a soltar los perros!".

Él, sin embargo, sí oía y descifraba los ladridos. Sumaban una sola voz, la de Solanito:

"—Doctor, estos gendarmes han sido enviados aquí por indisciplina en sus propios cuarteles. Ahora se cobran las heridas o las frases injuriosas recibidas de ellos".

Los gendarmes hacían de la Alcaidía una proyección de sus cuarteles. Habían dejado de ser subordinados para suplir a sus superiores en órdenes y ejecución. Los perros, sueltos, uniformados de policías, ordenaban con sus garrotes al batallón de niños desnudos. Los levantaban de sus camastros y sin dejarlos vestir, los empujaban hacia el granizo del patio. Gritaban:

"—Los ejercicios propician la salud de los reclusos".

Él les respondía, indignado:

"—No, eso no. El ejercicio debe ser sano, recreativo y no un castigo injustificado".

Ladraban, reían. Tanto, tan rabiosamente, que volvió a despertarse. El ojo fosforescente de la radio lo miraba. Oyó música. La *Suite del agua*, de Hændel. ¿Soñaba? No había apagado el aparato. Encendió la luz. La puerta de su gabinete estaba abierta. Entonces tampoco habían tocado insistentemente en ella. Tomó el volumen de Melanie Klein sobre su técnica para psicoanalizar niños. Abrió y sin escoger las páginas se puso a leer. Sintió frío. La misma frialdad de granizada que había presentido durante el sueño en el patio de la Alcaidía. Miró el reloj. Cinco de la mañana. A esa hora estarían Solanito y los guardias acosando a los reclusos para lanzarlos al patio. Habría querido que todo hubiera sido un sueño. Ahora no dormiría. Más de la tercera parte de los niños examinados por él se

quejaban de estos abusos. Ni siquiera sus prohibiciones médicas les privaban de aquel castigo. El entendimiento entre el guardián y los policías hacía que sus repetidas exigencias de reposo para un herido, víctima de algún policía o por el mismo Solanito, no se tuvieran en cuenta. La respuesta a sus prescripciones era la postración de los enfermos. Ni la fiebre, ni la hemorragia, ni los escalofríos y otros signos observables —y mucho menos los subjetivos intuidos por él— impedían los ejercicios forzados.

Cerró el libro. Las técnicas de psicoanálisis para niños jamás pudo aplicarlas en sus reclusos. Mejor redactaría otra carta al jefe de la División de Menores para quejarse una vez más de aquel régimen carcelario. Guardarían silencio. Continuarían los niños siendo compelidos a aquella reclusión, en la que su rebeldía abortaría en la primera oportunidad. La idea de la fuga los acosaba obsesivamente sin medir los riesgos de la escapada. Simulados suicidios. Frustrados intentos homicidas contra los guardianes. Planes de evasión en los que no pocas veces el médico o las visitadoras sociales eran clave importante de la coartada. Sabedores de que ciertas enfermedades debían ser tratadas en hospitales, no dudaban en proporcionarse una herida o un contagio venéreo. En la calle o en el hospital acometían a los gendarmes, enfermeras o visitadoras para huir. Actos perpetrados por reclusos de diecisiete años, experimentados, protegidos con el fuero de la delincuencia infantil. Su recluimiento al lado de niños de corta edad representaba un foco de perversión moral y sexual. En sus historias abundaban observaciones dramáticas. El pequeño que pretendía huir de la rigidez de un padre. El otro deseoso de escapar de una vida de explotado en un taller. El renuente a asistir a la escuela o quien llevado por el mal ejemplo del cinema, añoraba la libertad del vagabundo sin cortapisas. Todos ellos despertaban demasiado tarde al ser vejados en la Alcaidía por el más fuerte. Y "más fuerte" significaba mayor depravación. Ponciano, Estanislao, Jesús, Gil o como se llamara el niño desamparado, habría de rendir tributo a los "matones" para que se le dejara convivir en la prisión o en su añorada vida de "libertad". ¿Para qué se preocupaba tanto por la suerte de unos de ellos cuando los otros, atraillados en sus frustraciones y encarcelamiento, irían a desembocar al mismo destino de violencia? Tanto el rebelde de personalidad fuerte como el débil, por las sucesivas presiones de carácter familiar o social, degenerarían en la neurosis, cuyas reacciones

inconscientes no les permitirían adaptarse normalmente a la sociedad. Serían los futuros habitantes de penitenciarías y frenocomios. Sus nombres, suplantados por una cifra carcelaria o por diagnósticos de paranoicos, esquizofrénicos, confusos, catatónicos, epilépticos, hebefrénicos. Almas obnubiladas que no podrían ser rescatadas por el psicoterapeuta, el neurocirujano, el clínico, el sacerdote ni por la sociedad en su conjunto.

Sintió curiosidad por saber qué tan acertados serían sus pronósticos. Hubiera querido confrontar sus actuales observados con los reclusos de mañana en la penitenciaria de la isla Gorgona. Al repasar las hojas de sus historias clínicas se encontraría con nombres conocidos. Las cicatrices de los navajazos habrían podido alterar el rostro de el *Tusa;* pero sus ojos, si acaso no era tuerto o ciego, lo mirarían sin sorpresa. Le repetiría: "Yo tenía un papá...". Comprobaría la elíptica seguida por la personalidad del recluso. Podía predecir su encarcelamiento con la precisión de un matemático espacial después de calcular la velocidad y el curso de un cohete: "A las 18 horas del 15 de mayo del año 2000 el satélite artificial entrará en la órbita de Venus". Sintió repulsión por el oculto regocijo de que sus pronósticos pudieran ser tan exactos como los de un físico astronauta. Tuvo la sensación de engañar a los niños. Los veía en el interior de su cuarto, formando un escuadrón de treinta o más, cómo se apilonaban en la oficina del alcaide, a la entrada de la pieza improvisada para las consultas. Por la puerta de la izquierda creyó ver el crucifijo que hacía de altar, a la espalda del juez omnipotente. Su labor médica se había vuelto rutinaria, tan igual a la del funcionario encargado de administrar justicia. Al comienzo no se resignó a encubrir el crimen con la prescripción de drogas nunca aplicadas. Su consciencia se resistía. Después vino la "deshumanización médica" y aquellos chancros, los síntomas alarmantes de una tuberculosis prematura, las sangres envenenadas y el cáncer mental de sus enfermos, adquirieron esa objetividad del "caso". Su cerebro se adaptó mecánicamente como el de un caballo a la noria, secretando recetas, dosis, paliativos, órdenes de laboratorio. Estampaba su firma, más propia de un testigo sobornado que la de un terapeuta consciente de haber puesto apenas el algodón para no mirar la gangrena fermentando el proceso incurable.

¿A qué se debía ahora su insomnio y preocupaciones por los menores? ¿Estaría acumulando ansiedad sin que él, tan atento a limpiar diariamente

su inconsciente de impurezas, no lo hubiera advertido antes? En mitad del sueño se veía sacudido por una descarga de angustia. No podría continuar indiferente, aséptico, incorruptible al tumor social. No más diagnósticos fríos, de interpretaciones psicoanalíticas caprichosas. Debía atenerse a la violencia carnal de las fisuras rectales por traumatismo; al consumo de drogas tóxicas; a la vejación física y moral de los guardianes. Escuchaba el grito de sus enfermos más fuerte que nunca:

"—Doctor, quiero volver al hospital donde me curaban la tuberculosis".

"—¿Por qué no llama por teléfono a mi taita, que está en la Modelo?".

"—Estas peladuras, aquí atrás, me las hizo anoche el *Dobleceja*. Quiero que me separen de él".

A esas preguntas tenía una sola respuesta: pastillitas de sulfamidas que no serían dadas a sus enfermos. Tomó el lápiz. "Señor ministro de Justicia: Una vez más me dirijo...".

Ajó el papel y lo tiró con furia. Mañana hablaría con el juez de Menores de la Alcaidía. Había logrado polarizar su angustia hacia él. Se desahogaría.

***

—Usted me acusa, doctor Jáuregui, de administrar una justicia resentida. Es tonta su argumentación. Yo no legislo. La Ley está entronizada muy por encima de las pasiones oscuras que usted señala. Lea los códigos, analícelos, capte su espíritu. Allí no cabe su manía fantaseadora. Usted está acostumbrado a juzgar al delincuente no por lo que es en realidad, sino por sus personales interpretaciones psicológicas. Yo también me he leído mis libritos de psicoanálisis, donde todo se pretende explicar por el sexo y el inconsciente, sin ponerse de acuerdo sobre esta materia. Si se dejara a los psicoanalistas aplicar la ley para aceptar una sociedad justa y equitativa, tendrían que castrar a la totalidad de los seres humanos o dejarla corrompida, viciada de exageraciones sexuales. No es la primera vez que se me acusa de ser desalmado, riguroso, ciego y arbitrario. Mi Freud son los códigos. Aquí está previsto todo, no hay sino que leer y aplicar. Pero a diferencia

de Freud, los códigos no se inmiscuyen en la generalidad de la vida. No, apenas saben de la norma. "Nadie puede ser juzgado sino conforme a las leyes preexistentes al acto que se le imputa". Ya ve usted, aquí no cuenta eso de que "lo hice inconscientemente". Si yo aplico la ley es porque existe y la conozco. Se ejercita cuando alguien, conociéndola, la viola. Nuestro mundo es muy distinto al de ustedes. Me es prohibido olvidarme de la norma para atenerme a los actos voluntarios. Es cómodo sentirse defensor de estos reclusos alegando sentimientos de piedad, comprensión y lástima. Yo he tenido mis luchas contra esos benefactores de la niñez. Lloran y suplican limosnas para construir un albergue de huérfanos desamparados, y cuando tienen su edificio, sus donaciones particulares u oficiales, entonces se olvidan de su caridad y cierran las puertas a cada niño, que, según sus frías operaciones de aritmética, llega a disminuir los dividendos. Según las leyes, a estos niños no se les debe mantener aquí en la Alcaidía sino una semana, a lo sumo. ¿Qué culpa tengo si no se les remite con prontitud a la Fagua, al Redentor o a uno de esos albergues tan de moda? Puedo mostrarle las cartas dirigidas a esos establecimientos y sus respuestas. "No nos manden más reclusos porque no hay cupos". "Nuestros muchachos han sido ya rehabilitados y no queremos focos de contaminación". ¿En qué paran mis neurastenias? ¿Qué tiene que ver la ley con estos problemas carcelarios que la desvirtúan? Se queja de nuestros guardianes. Si no se defendieran, ya estarían enterrados con cuatro puñaladas en la espalda. Yo sé que ellos no son angelitos, pero nuestros reclusos tampoco son espíritus emplumados. Si llegan aquí es porque violaron la Ley. No una vez, sino muchas. Y vaya usted a saber de qué manera. Atraco a mano armada. Allanamiento. Incesto. Robo. Abuso de confianza. Chantaje. Extorsión. Hay muchos que lo hacen la primera vez —en alguna ocasión debían comenzar—, pero esos, antes de cometer su primer delito, ya estaban predispuestos. Usted es médico y sabe que hay materia dañada y materia sana. Aquí, igual que a los hospitales, vienen los dañados. Pero no son tuberculosos, ni locos, sino delincuentes. Cierta clase de enfermedad que no puede ser curada por ustedes los médicos. Y así como es su deber protegerse con batas, vacunas y alcohol de las contaminaciones, nuestros guardianes toman sus medidas contra la agresividad de los reclusos armados de puñaletas, punzones, palos y hasta de revólveres. Sin embargo, soy enemigo del mal trato injustificado. Un poco de ejercicio no les está mal. Nada peor que el ocio. Arrinconados, bocarriba,

solo piensan en hacer daño. Sus fracturas y sus heridas son consecuencia lógica de su propio ataque. También los guardianes salen magullados. Por lo demás, creo que aquí no puede acusar a nadie de crueldad. Debe saber lo que cuentan los egresados de los reformatorios. Calabozos pintados de blanco para encerrarlos de noche y de negro para enjaularlos de día. Allí sí hay crueldad mental. Y las azotainas con látigos de varias lenguas, iguales a los usados por los anacoretas de la Edad Media para autoflagelarse. No es lógico que se compare este instrumento inquisidor con el bastón de Solanito, al que llama inconsecuentemente "garrote". Si usted fuera cojo, también llevaría su bastón. ¿No le han hablado del reloj de la moral que tienen en algunos reformatorios? Una mitad azul para las buenas acciones y otra roja para las malas. Cuando el niño se desvía hacia el rojo, aplican la pena de los cien tablazos. ¡Nunca se ha visto eso aquí! Y en cuanto a la depravación sexual, ¿en qué establecimiento de reclusión en Colombia no es pan corriente? No la defiendo, la acepto como realidad, como acepto el delito. Le repito que es más fácil ignorar. Desgraciadamente, a nosotros los jueces no nos ponen una venda en los ojos como se pinta a la Justicia. Nos exigen que los tengamos muy abiertos. ¡Fíjese qué incómoda situación, doctor Jáuregui! Mucha más cómoda es la suya. No reprime, sino que libera inhibiciones. Muy sencillo, Freud se lo permite todo. Los códigos no son tan liberales. Respecto a mi neurastenia, a mi "justicia neurótica", como usted dice, considero que es una opinión muy suya. Respetable, desde luego, pero que nada tiene que ver con la justicia ordinaria derivada de las leyes no inventadas por mí. Es posible que yo goce sádicamente con el encarcelamiento de estos niños viendo en ellos a personas extrañas que en alguna forma pudieron despertar mi cólera. Pero vuelvo y lo repito: si hay sadismo, no es de quien aplica la ley, sino del legislador. Ese legislador no previó que el futuro juez encargado de interpretarla fuera yo o usted. Pensaba en un funcionario capaz de compenetrarse con su espíritu. Fíjese. Se trata de aplicar el espíritu de la ley y no el del funcionario. Si nuestra justicia adolece de graves errores se debe más bien a un exceso de comprensión humana. Aun cuando yo quisiera extralimitarme, no podría. Si me dejara llevar de mis propias ideas, de mis impulsos incontrolados, no juzgaría al *Tusa* como a un menor, sino como a un pervertido profesional, y en vez de mantenerlo aquí lo confinaría a la Araracuara. Pero no ha cumplido los dieciocho años de edad y la Ley me inhibe de remitirlo a una penitenciaría

de adultos. ¡Cuán generosa es esa Ley y cuánto la acato! Lo mismo podría decir de los niños de ocho años, a quienes intento inútilmente enviar a los reformatorios y albergues. Deben hacinarse aquí. La Ley obliga. Dejarlos en libertad sería desconocerla. ¿Acaso no acepta usted esta realidad sin que se acuse a sí mismo de ser el autor directo de las enfermedades que pululan aquí en la Alcaidía? ¿Le ha valido de algo reclamar drogas a la División de Menores? Sin embargo, continúa recetando a sabiendas de que sus fórmulas serán archivadas. Peor sería no hacerlo. Con sus palabras y consejos algo logra en las mentes asustadas de estos niños. Es mejor, doctor Jáuregui, que prosiga su pasatiempo de interpretaciones psicoanalíticas, soñando con la cleptomanía, el incesto y el homicidio como símbolos de afán de dominio u obsesiones compulsivas. Fantasee sobre mis aberraciones paranoicas, pero déjeme cumplir con mi deber de simple arconte.

***

Su odio hacia Estanislao se le convertía en autoacusación. ¿Se consideraba culpable del frustrado homicidio cometido contra él? Su egoísmo le aconsejó utilizarlo como instrumento de represalia contra su mujer. El análisis del médico le reveló el verdadero contenido de sus verdaderos sentimientos. Al salir del hospital, donde había dejado delirante a Estanislao, sintió necesidad de reconciliarse con las personas a quienes violentó con su carga neurótica acumulada desde la infancia. Quería arrojarse sollozante a los brazos de su mujer. La imagen de su hija, agobiada por fuertes accesos de angustia, perseguida como si ella hubiese obrado a sabiendas para esterilizar a su madre. ¡Cuánto le dolía no haberle regalado aquellos muñecos en los cuales deseó volcar el cariño no encontrado en él! Los recuerdos del abuelo se abrieron paso con violencia. No sabía qué actitud asumir frente a él. Le repugnaba saber que por muchos años insistió en rechazar la realidad circundante, deseoso de perpetuar la edad idílica en que creía ver santos en los campesinos barbados y una iglesia en cada rancho. Una imagen falseada de la patria que se le antojaba más civilizada que la misma Europa. Los temores de su mujer por las retaliaciones que pudieran tomar contra ellos los asesinos de

los padres de Estanislao, aunque encubrieran sus antipatías hacia este, eran inobjetables realidades. Emprendería la lucha por adaptarse al hogar y a la sociedad en que vivía. Su personalidad infantil, centro de los conflictos anímicos y sociales, sería suplantada por la del hombre de cuarenta y dos años, rumbo al hotel, ansioso de abrazar a su mujer y a su hija.

Las dos habitaciones estaban solas. Susana le dejó una esquela: "Hemos ido al cine. Estoy contenta. Otilia parece mejorar. Hablaremos". Aquellas palabras, escritas a la ligera, le produjeron satisfacción. Desde lo alto del hotel, a través de la ventana, veía la ciudad cortada simétricamente por las calles. Pensó otra vez en su abuelo, cuando subido sobre sus hombros, miraba el precipicio del río, la corriente contra las peñas y el salto de las aguas al abismo. ¿Por qué relacionaba su confianza actual con la inspirada por la protección del abuelo? Buen tema para exponer al doctor Jáuregui. Afrontaría el presente sin temor.

El retrato de su mujer y su hija. Los ojos de Otilia, negros, hondos, ¿ocultaban rencor o sensualidad? ¿Sería posible que su corazón ingenuo hubiese sufrido los problemas sexuales insospechados de que le hablara el médico? Susana vestía el traje verde que tanto le agradaba ver ajustado a su talle. Un poco abultado el pecho. Comparada con la fotografía, había adelgazado mucho. Frente ancha, triangular, hundida en la cabellera lacia. La boca, entreabierta, recordaba la de Otilia. Esa belleza latente fue la que lo cautivó de primera vista. Pero él se encargó de apagar su brillo, asediándola con sus preceptos rígidos. El reloj apuntaba las cinco de la tarde. No demorarían. ¿Por qué no lo esperaron? Otilia. Ella, seguramente, tomó la decisión y arrastró a Susana. Actitud extraña, pues siempre rehusó estar acompañada de la madre por largo tiempo. Abrió la puerta y penetró en la alcoba de la hija. Las cortinas estaban abiertas y un aroma femenino se insinuaba en la atmósfera. Luz y aroma. Su hija había cambiado. Cuando llegó de Ibagué cerró las cortinas y no conoció más perfume que el de sus pañuelos humedecidos por el llanto. Un traje sobre la cama indicaba que dudó al escoger el que llevaba puesto. Su feminidad le ascendía por su cuerpo con imperceptibles pasos de gato. ¿Por qué la escondió temerosa y ahora la explayaba desafiante? La pubertad le inspiraba antojos contradictorios e imprevistos.

Sonó el timbre. Salió a recibirlas al ascensor. La luz roja avanzaba velozmente sobre el tablero de los números. El timbre. Las puertas

abriéndose con lentitud. Se comprendieron de encontrarlo allí parado, sonriente con los brazos abiertos. Besó a Susana cariñosamente y Otilia iluminó sus ojos en el fondo del ascensor. Tenía *rouge* en los labios y el cabello ondulado. Padre e hija se miraron por encima del hombro de Susana. Involuntariamente, Otilia sacudió su cuerpo y se sujetó a la barra del ascensor. Las puertas se cerraron.

—¡Otilia se quedó encerrada!

Octavio apoyó el índice sobre sus labios. Sucedió lo esperado. La puerta volvió a abrirse y salió ella con gesto de picaruela que acababa de descubrir un gran misterio.

—Papá, la película es estupenda. Tienes que verla.

—¿Te das cuenta lo bien peinadas que estamos? Otilia me obligó a ir a la peluquería.

—Estábamos envejeciendo demasiado pronto.

—Esa frase la he oído antes... no sé a quién.

Otilia se abrazó al padre.

—Es mía. Solo que antes la dije para los tres y ahora me refería a mamá y a mí. ¿Tú crees que es conveniente que las mujeres maduremos demasiado rápido?

Entraron a la habitación y la pregunta se esparció por sus mentes con la insistencia del perfume que había logrado escaparse al corredor. Otilia no esperó la respuesta. Penetró a su cuarto y se miró frente al espejo. Susana observaba a su marido. Le era extraño, otro, afectuoso. Una sonrisa desalojaba las arrugas que siempre lo hicieron severo. Un poco desaliñado en el vestir. El traje ajado, los zapatos sin lustrar. El nudo de la corbata ligeramente corrido y los cabellos con la forma del sombrero. Se recriminó de haberlo descuidado. Lo abrazó sin reticencia amorosa. Pudo mirarle sus ojos claros y creyó hundirse en una agua fresca y transparente. Le dio un beso. Le devolvía el otro recibido apenas unos momentos antes frente al ascensor. Súbitamente sintió que se ahogaba. Preguntó muy quedo para que no la escuchara Otilia:

—¿Y Estanislao? ¿Lo viste? ¿Te reconoció?

—Está mejor.

Otilia penetró de improviso y pudo verlos aún abrazados. Susana se retiró impulsivamente de su marido con la angustia de ser sorprendida. La hija bajó la vista, pero la elevó luego con brillo jubiloso:

—Papá, tienes que comprarte nuevos vestidos. ¿Vamos esta noche a un *grill?*

—¿Un *grill?*

—Sí, he invitado al doctor Jáuregui.

—Pero ¿estás loca? A tu edad...

—Papá, no lo tomes a mal. No es cierto que lo haya invitado, pero me gustaría. Esta noche quiero bailar. Claro está que no en un *grill.* Quisiera tener amigos. Mira la tarde. Acércate aquí. Nunca creí que en Bogotá el sol pudiera teñir así de rojo las nubes.

El padre se aproximó a la ventana. Se le antojó que las luces de los automóviles eran rayos de sol rezagados, abriéndose paso hacia la noche por las calles oscuras. Susana intuyó el otro crepúsculo, el que envolvía en sombras el alma de su hija. Temió de nuevo la explosión del llanto. Los ojos de Otilia se humedecían.

—Me siento sola...

—Estamos aquí contigo —la animó la madre, atrayéndola contra su pecho.

—Falta Estanislao —sollozó.

Violentamente dio la espalda a la ventana, enfrentándose a ellos con lágrimas contenidas, temblorosa, impulsiva:

—Basta de mentiras... Yo..., yo no he sido violada nunca por mi hermano. Porque no quiso jugar conmigo, yo misma me hice daño. Vamos..., vamos por él al hospital.

***

Oyó doblar las campanas de Las Nieves a pesar del ruido de los automóviles. Increíble que el tiempo se terminara igual que los hilos de

remallar. Las muchachas a quienes debía entregar las medias demoraban. Se apresuró a cerrar su almacén y llegar a tiempo para el rosario. La confesión. Si Jesús no estuviese en el hospital, habría podido dejarlo en la tienda para que les entregara las medias a los clientes. Siempre le hacía falta otra persona a su lado. Vivir sola era más angustioso que sufrir desengaños de la gente. Jesús. Un buen muchacho. Un buen hijo. Un "hijo", podía llamarlo así. ¿Pecaba al apropiarse de un hijo ajeno? Lo consultaría al cura. Mañana podrían acusarla de ladrona. Jesús no tenía padres. Se los asesinaron. ¿Y aquel hombre bien vestido que estuvo en el hospital el día de la operación? No era su padre. He ahí la razón por la cual no regresó más. ¡Estanislao! Vaya equivocación. Se llamaba Jesús... Jesús Peñaranda. Ya tenía un nombre. Un nombre honrado.

—Ha hecho mal en dejarlo abandonado. Es como su hijo. Su miedo a las buenas acciones le hacen repugnante ante Dios. Ese muchacho tiene necesidad de afecto. Usted puede dárselo. Hágalo sinceramente, pensando en Dios. Rechace de su mente la idea de hallar siempre en todo la conveniencia personal. Huya de los pensamientos que le inspira el demonio. ¡Conveniencia! Pecado. Haga bien por el bien mismo, por el inmenso placer de la caridad cristiana, por acatar los preceptos de Nuestro Señor. No la acusarán de usurpadora porque ese niño es un huérfano. Dios lo ha puesto en su camino para probar su fe, su abnegación, su capacidad de amar desinteresadamente. Así lo hizo con María Santísima. "Te doy este hijo para que padezcas con él". Y ella lo recibió con suprema alegría. Vertió lágrimas, se consumió en dolores. Santo ejemplo de la más pura caridad. Hay muchas personas que asumen la crianza de un niño ajeno para descargar en él sus debilidades, sus dolores. María Santísima nos predica lo contrario. Hacerlo hijo para sufrir por él. Hay que medir cuánto pecado hay en quienes dicen proteger la infancia abandonada, a los huérfanos de la calle, pero no derraman una lágrima por ellos. Exhiben su caridad en los periódicos, piden limosnas, abogan derechos, pero no sufren. Tienen el corazón lleno de egoísmo. Quieren ser madres o padres, pero sin dolor. Otros se hacen a esas criaturas para pervertirlas o recibir de ellas beneficios. Las adiestran en pedir limosnas, en la prostitución. ¡Oh, no! No es ese el ejemplo de María Inmaculada. Ser madre, sí, pero sin intereses materiales. Si usted busca un hijo porque se siente sola, abandonada, es mejor que resista al demonio. Ese es el camino del egoísmo... ¡del pecado!

Pero si piensa que Dios desea poner a prueba su verdadera piedad, su sed de sacrificios y de amor, entonces vaya al hospital y reclámelo como suyo. Si se hace necesaria mi intervención, yo acudiré en su apoyo…

Jamás vio la calle rebosante de personas amables. Al cruzar junto a ella se inclinaban y le sonreían. ¿Por qué antes no advirtió su bondad? Se arrepentía de haber tenido siempre palabras agrias para quienes se acercaban a ella, aunque fuese para comprar en su almacén. Creía ver enemigos solapados en los demás. Ahora comprendía su error. El diablo habitó su corazón entronando en él la envidia y el egoísmo. Un grupo de niños mendigaba a la puerta de la iglesia. Le extendieron sus manos sucias, suplicantes.

—Vengan, hijos, les compraré pan en la esquina.

La siguieron con sus caras iluminadas. Se parecían a su Jesús.

—Yo también tengo un hijo así como ustedes. Está en el hospital, pero mañana voy por él…

***

Sobrenadaba en las quietas aguas. Su cuerpo rígido, suspendido, un enorme caimán quieto, asoleándose perezoso. La cabeza rota se le llenaba de agua. Se hundía lentamente hacia el fondo. La luz, el aire, el sabor y el murmullo quedaban allá arriba. Los ojos, cerrados. No deseaba abrirlos y encontrarse de nuevo en la superficie. Estaba mucho mejor abajo, lejos de los asesinos, de la Policía, del juez y de los que se decían sus padres. Al escuchar la voz, se sacudió interiormente, aunque no hizo ningún movimiento.

—Lo hipnotizaré para interrogarlo... ¡Te quedarás dormido... dormido... dormido!

¿Para qué adormecerlo si era un cadáver? Una nueva trampa. Lo engañaban. Deseaban dormirlo cuando solo pretendían despertarlo, revivirlo. Mejor así, sumergido, sepultado. Sentía cansancio, no deseaba huir más. Inmóvil. Cadáver. Si abría los ojos lo interrogarían otra vez. Los guardianes, el juez. *Candado Flojo* le sujetaría mientras el *Tusa* lo empujaría contra el muro. Los asesinos lo colgarían de un árbol, y uno a

uno le cortarían los brazos, la cabeza, las piernas y… hambre. La calle larga y fría.

—Ahora que estás dormido, cuéntame quién te dio el balazo. Haz un esfuerzo. Acuérdate de todo. A mí puedes decírmelo. Soy tu médico, el doctor Jáuregui. Yo sé que te llamas Gil. Bueno, así te decían para burlarse de ti porque eres campesino. Ponciano. Ahora que estás dormido podrás hablar tranquilamente. Nadie te hará daño. ¿Quién te disparó a la cabeza? ¿Por qué? ¡Contéstame!

La risa de los médicos, de los estudiantes y enfermeras. Podía escucharlos por el largo tubo de caucho que bajaba hasta el fondo donde estaba él. No respondería. ¿De qué balazos y campesinos hablaban? Quería dormir, estar quieto, muerto. Jamás regresaría allá arriba. La cabeza repleta de agua y el cuerpo pesado como un plomo. Podían reírse cuanto quisieran. Preguntar. La boca cerrada. El agua podía hincharlo y hacer que subiera a flote y encontrarse con ellos, hambriento, golpeado, escupido. Nada ganaría con vivir otra vez.

—Creo que sea el caso de sacarlo de su estado de conversión con una descarga eléctrica. Está suficientemente restablecido de su conmoción cerebral. Podríamos intentar...

El médico lo traicionaba. Resistiría sin gritar. ¿Qué pensaba hacerle? ¿Para qué deseaba sacarlo de allí? Estaba cómodo. Por vez primera en su vida no sentía hambre, ni frío, ni... miedo. Miedo sí. Terror de ser despertado para el interrogatorio. Bajaban por él. Comprimió más los ojos. No quería verlos. Estaba muerto, dormido. Los cables eléctricos reemplazaban a los tubos de caucho. Le amarraron la cabeza. Tirarían de él para obligarlo a salir a la superficie. Extraño. No, no halaban de él. Introdujeron la punta del alambre en el orificio abierto por la bala. Solo deseaban sacar el proyectil. Súbitamente las chispas saltaron en su cerebro. El cuerpo se convulsionó como pez herido. Tiraban de su boca, y a pesar de resistirse lo subían hacia arriba. Abrió los ojos y gritó dolorido:

—¡Déjenme! ¡Váyanse! ¡Estoy muerto!

Le sujetaron fuertemente brazos y piernas. Reían. Comprendieron que fingía.

Se fueron. Otra vez el sol, tirado en la calle. No tardarían en llegar el juez, el inspector, el *Tusa*, los asesinos… ¿Por qué ella permitió que lo sacaran del agua? Habría querido estar en su vientre como un renacuajo dormido. "Mañana". Mañana no lo encontrarían a él tendido en el sol. Lo devorarían los gallinazos. Huiría. Sí, otra vez la fuga. ¿Adónde iría? La calle se calentaba bajo el sol...

***

—Doctor Guzmán, excúseme que lo haya citado a esta oficina. Usted, como abogado, se explicará mi actitud. Debo cumplir con mi deber de investigar. Además, aquí no se enterarán su señora y su hija. Podría resultarles un poco extraño. Como lo sabe, estoy encargado de esclarecer el intento de homicidio contra el muchacho a quien dieron un tiro en la cabeza. Sé que lo ha reclamado como hijo suyo. Es posible que se trate de Estanislao, pero tengo mis dudas. Afirma que hace un año escapó de su casa. Eso me contó usted el otro día en el hospital. Los datos que yo he recogido están en contradicción con sus afirmaciones. Ante todo, quiero decirle que el caso de ese gamín está relacionado con la muerte de un detective. Podría decir que es la clave. La bala encontrada en su cabeza pertenece al mismo revólver con que fue ultimado el agente secreto. Pudieron disparar contra el gamín y accidentalmente matar al detective. O viceversa. ¿Había interés en eliminar a uno de los dos? El policía muerto también es del Tolima. Usted tiene quince días de haber llegado a la capital, después de aparecer la fotografía en el periódico. Personalmente la hice publicar para atraer el homicida al hospital. He hecho todo lo posible por no molestarlo. En Ibagué se capturó a un hombre frente a su despacho. Poseía en la cartera un recorte de la fotografía. Ese hombre pudo ser quien disparara. Niega enfáticamente conocer a usted. Eso, precisamente, ha despertado mi sospecha. Mire su fotografía. ¿Lo trató antes? ¿Tiene algún parecido con los verdaderos padres de Estanislao? No sé si haya adivinado por dónde encamino la investigación. Nosotros sí sabemos quién es él. Un peligroso traficante de marihuana. Para la venta de la hoja se vale de una red de gamines, a quienes explota. Su negocio va más allá. Eso era lo que

investigaba el detective asesinado. Dirige una banda de criminales. Para ellos la vida de cualquier persona tiene un precio. Están al servicio de quien desee cumplir una venganza. Usted tiene una hija. Eso nos preocupa.

***

La sala quedó a oscuras. Por un instante más creyó ver en la pantalla las imágenes de la película. La luz. Otilia persistía en agarrarle la mano.

—¡Se terminó!

—¡Qué lástima! Era encantadora. Esta película me gustó mucho más que la del otro día. Ese muchacho tan apasionado. ¿Tú crees, mamá, que en la realidad pueda una enamorarse tan locamente de su novio?

—Claro que sí.

—¿Miró a esa pareja que se besaba delante de nosotros? Parecía que ellos estuvieran viviendo la película.

—No se ocuparon un solo instante del cine. ¡Es vergonzoso!

—No, mamá... Bueno...

—Salgamos. Tu padre debe de estar esperándonos en el hotel.

Otilia tuvo la impresión de que nunca antes había visto la luz. Despertaba de un largo sueño. Los colores vivos de las blusas. El reflejo de los automóviles. Las personas se le antojaban seres desconocidos que por vez primera cruzaban junto a ella. Se movían y hablaban. La explosión de una carcajada le pareció el relincho lujurioso de un caballo. Creyó que la risa pertenecía al hombre que en el teatro besaba a su amiga. La madre se apresuró en llegar al parqueadero donde había dejado el automóvil.

—¡Camina!

La tarde la embriagaba. Sentía reconciliarse con la ciudad. Los jóvenes la miraban. Se introdujo en el coche. Dejó de sentir en su cuerpo el inquietante escozor de las miradas de los jóvenes. Los observó con fijeza hasta que el automóvil dobló la esquina. Debían avanzar lentamente. En las aceras se amontonaban las personas.

—¿Qué ocurre, mamá?

—No sé.

El tronar de las bocinas. El tránsito se había detenido. Golpeaban contra algo metálico. Susana temió que estuvieran apedreando a los vehículos. Los gritos se repetían cada vez más cerca.

—Es una manifestación, mamá.

Un cartel se asomaba en mitad de la calle. Otilia se incorporó en el asiento para mirarlo. Aunque lo llevaban en alto, apenas sobresalía del techo de los coches. Estaría sostenido por un enano. Bruscamente apareció por entre los carros un grupo de muchachos.

—¡Gamines, hija!

—¡Pobrecitos!

Nunca había visto niños así. Pegajosos como payasos de circo. Las chaquetas largas. Los pantalones remangados y rotos. Traían los pies embarrados como si acabaran de cruzar algún lodazal. Jugaban a los soldaditos con sus carteles al hombro. Ahora podía leer: “Los gamines también somos colombianos, ayúdenos”. Otro: “No es huelga ni manifestación... solo pedimos ayuda a la sociedad”.

—¿Qué quieren, mamá?

Coreaban con voz dolorosa:

—Tenemos frío. Necesitamos ropa. Queremos trabajar. Embolar. ¡Vender periódicos o cuidar carros! Entre dos sujetaban la tapa de una caneca de basura donde habían escrito: “Pasamos hambre”. Otilia creyó reconocer la letra trazada a brochazos. La suya propia. No. Cruzaban frente al automóvil. Las caras a través de los vidrios. Sintieron miedo. Los ojos sucios. Una honda cicatriz en la mejilla. Las bocas espumosas. Tenían rabia. Mordían las palabras. Uno de ellos pegó su mano al vidrio. Quedó la huella de una enorme araña tiznada. Susana tuvo un gesto impulsivo de borrarla, pero comprendió lo absurdo de su acto. Pasaron todos. Los adultos inundaban ahora la calle. Las caras arrugadas. Maldecían. Alguien gritaba a pocos pasos del automóvil:

—Baja el vidrio, mamá.

—Pueden meter la mano.

—Bájalo. Quiero oír lo que dice.

La voz resonó en el interior del carro como si procediera del radio. Se estremeció sin comprender el sentido de las palabras. Llegaban confusas, recortadas. Le impresionó su timbre. La había oído otras veces. En la escuela. Tal vez en la casa. La madre advirtió su asombro.

—¿Qué te sucede?

—¿Oyes, mamá?

Escuchaba claramente. Un discurso cortado, que tenía amargo acento de súplica:

—¡No queremos quedarnos toda la vida en la calle esperando el momento en que tengamos que robar para poder comer! ¡Vivimos de lo que la gente nos regala, pero cada día nos dan menos!

Impresionada, la madre subió el vidrio.

—Pero ¿no se ha dado cuenta?

—¿De qué?

—Voy a bajarme.

—¿Adónde vas? ¿Te has vuelto loca?

—Ese que habla es Estanislao. Mírelo. ¡Sí, es él!

—¡Otilia!

Salió del carro precipitadamente sin que pudiera sujetarla. Se abrió paso por entre el tumulto. Susana la siguió desesperada.

—¡Otilia! ¡Ven acá!

—¡Los policías!

De súbito descendieron de una ambulancia, empuñando los bolillos. Los niños se dispersaron, abandonando los carteles y los tarros de lata. Velozmente se deslizaban agachados por entre la multitud. Los policías encontraron que un compacto muro de personas los interceptaba.

—¡Cuidado!

—¡Abran paso!

Atrapado por dos polizontes, uno se resistía.

—No hemos hecho nada malo. Solo pedimos justicia.

El público gritaba enardecido:

—¡Ellos también tienen derecho!

—¡Reclaman lo justo!

Otilia lo agarró al saltar del guardafango.

—¡Estanislao! ¡Estanislao!

La miró sorprendido, pero logró soltarse dejando en su mano un pedazo de su camisa. Tres policías lo acorralaron:

—Ese es el cabecilla.

—¡Vente, aquí está mamá!

El muchacho se deslizó veloz bajo la camioneta. El sargento de policía alertó al conductor:

—No arranque, que lo aplasta.

—¡Ay!

Aterrorizada, Otilia se llevó el trapo a la cara. Cuando abrió los ojos, en el lugar donde esperaba ver su cadáver, contempló a los policías agazapados bajo el carro.

—¡Se ha escapado!

—Es muy listo el bandido.

Las bocinas escandalizaban. Susana conducía a la hija sollozante.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Estamos obstaculizando el paso! No era Estanislao. Tú sabes que está en el hospital.

Las gentes la rodeaban. Olían sus ropas con extrañeza.

—¿Qué le robó el pillo?

—Le arrebató la pulsera.

Lentamente las personas abandonaron la calle y se agruparon en las aceras. Los niños y los policías habían desaparecido, pero se oían las voces rencorosas:

—Tienen razón. ¡Esos pobres muchachos sin padres!

***

—Hija, puedo asegurarte que te equivocas. Estanislao está hospitalizado. Acabo de llamar y me han respondido que se encuentra allí. Es explicable tu confusión. Esos niños que vagan por las calles, sometidos a la inclemencia y al hambre, acaban por parecerse. Tu madre asegura que se le parecía mucho, pero que no era él. Las letras del cartel. Tú sabes que nunca aprendió a escribir bien. La escritura de todos los escolares que comienzan a garabatear es la misma. Esa tira que quedó en tus manos es igual a la camisa que llevaba cuando se fugó de la casa. Coincidencias. No basta un trapo para identificar a una persona. Volvió el rostro cuando tú lo llamaste como lo hubiera hecho tu madre o yo al sentir que alguien nos hubiera gritado a la espalda. Claro que yo también he pensado que el niño hospitalizado no fuese el mismo Estanislao. Ahora se lo confieso a ustedes dos. La enfermedad le ha alterado un poco el rostro. Pero eso no debe preocuparnos. Tú misma reconociste su fotografía. Es la mejor prueba de que se trata de él. Además, mañana lo veremos los tres. Sería absurdo que Susana y yo no reconociéramos a nuestro hijo y tú a tu hermano. Ya puede hablar y hasta él podrá identificarnos. Durante la operación deliraba contigo. Me lo dijo el doctor Jáuregui antes de saber que tú existías. Una prueba más de que es él. Tranquilízate. Duerme un poco. El doctor Jáuregui está seguro de que tú no volverás a tener crisis de llanto como las que tenías cuando eras una niña. Solicitaré a los médicos que nos lo dejen traer. Ya he reservado la habitación contigua. La enfermera vendrá a atenderlo. Muy pronto regresaremos los cuatro a Ibagué. Estaremos todos juntos y no habrá fuerza capaz de separarnos. Duérmete, Otilia. Duérmete.

***

Las campanas del viejo reloj, zumbonas, cinco, excitaron al anciano de la cama número 17, despierto por pertinaz insomnio. Se tapó las orejas y hundió la cabeza bajo la almohada. Oyó el quejido lastimero de su vecino de enfrente. Los alfilerazos en su pierna colgante le hacían un surtidor de rezongos. Más allá la tos seca, repetida. No quería ver al asmático. Sus costillas rugosas como un enorme cangrejo que asfixiara su pecho. Afuera, en el patio, sonaron las campanas de la capilla. Recordó que había sido monaguillo y que a esa hora debía tocar maitines en su pueblecito. Entonces tampoco dormía durante la noche a la espera de alborotar la madrugada. De allí le venía su insomnio. Aunque permaneciera con los ojos cerrados y la almohada sobre la cabeza, en su retina se proyectaba obsesivamente la sala de enfermos. Se fatigaba de verla día y noche. Siempre igual, rutinaria, hasta cuando los médicos llegaban a operar, a examinar, a dictar sus clases a los estudiantes. Sería más tarde. A las nueve. De momento esperaba a las trapeadoras con sus baldes y escobas que despertarían a todos. Se alegraba del mal ajeno. Sacaría la cabeza de debajo de la almohada y regocijado hablaría con los enfermos. Podría escucharles. Pedirles un cigarrillo. Charlar las mismas cosas. Algo distinto le contaría su nuevo vecino de la izquierda, el del brazo paralizado.

—¡Virgen Santa! —El grito agudo alarmó a los enfermos a pesar de haber sido lanzado en el extremo de la sala. Desde sus camas querían enterarse de lo ocurrido. La enfermera cruzó el pasillo con pasos apresurados. Un momento después regresaba acompañada de otras más. Miraban sus rostros, extrañados, como si les vieran la primera vez. Entraron al baño. Se agachaban debajo de las camas. El interno llegó somnoliento, malhumorado.

—¿Qué se hizo?

La del grito explicó azarosa:

—Lo dejé allí acostado anoche. Estaba perfectamente dormido a consecuencia del *electroshock* y no amaneció en su cama. Las ventanas tienen cerrojo por dentro.

El interno las tranquilizó:

—No hay de qué alarmarse. En estado de sonambulismo se ha puesto a caminar por los corredores.

—Lo hemos buscado en todas las salas.

Estaba tan seguro de su diagnóstico, que las invitó:

—Vamos al patio. Estos enfermos caminan satisfaciendo así una necesidad de vagabundeo, de huida. Luego, desahogados, regresan tranquilos a su cama. No creo que haya salido a la calle.

—Los porteros aseguran que estuvieron vigilantes toda la noche sin que nadie haya intentado escaparse.

El anciano de la cama número 17, sentado, los ojos enrojecidos por el desvelo, informó reposadamente:

—¡Aquí estuvieron anoche, a eso de la una de la mañana, dos médicos con sus mascarillas puestas!

***

En torno a la cama vacía, rodeado por los alumnos, el jefe de Clínica no acertaba a ordenar sus ideas. Otras veces debió disertar en ausencia del enfermo. Pero entonces disponía del resultado de la autopsia que confirmaba o negaba el diagnóstico. ¿A qué conclusiones llegaría cuando no había cadáver a quien interrogar? Las fotografías solo hablaban de un proyectil incrustado en el cerebro. Ni siquiera esa bala estaba en su poder, reclamada por el inspector de policía. Seguían sin respuesta sus primeros interrogantes. ¿Hubo o no hemorragia cerebral? ¿Estuvo siempre bajo el impacto de la conmoción cerebral o se trataba de un simulador? Se había dejado llevar de su orgullo profesional. Pretendió que los síntomas se desencadenaran de acuerdo con su criterio, aunque significaran la muerte. ¡La muerte, no! Antes habría renunciado a la medicina, a la cátedra. Solo quiso que aquella trepanación hubiese confirmado su diagnóstico, la hemorragia cerebral. ¿Y después? Recordaba su decepción al comprobar su mejoría. Rechazó indignado la idea de que se regocijaba por la fuga del muchacho.

La sala hospitalaria presentaba un aspecto de mercado, de feria. El enfermo de la cama número 17, rodeado de estudiantes y enfermos, repetía su extraña historia de los médicos enmascarados. El inspector le interrogaba:

—¿Qué horas eran cuando entraron los hombres disfrazados de médico?

—La una de la mañana. Sabe usted, yo no duermo en toda la noche.

—¿Los vio salir?

—... No les di importancia. Creí que fueran internos. A veces pasan visita de noche.

—¿Entraron al cuarto del gamín?

—Sí... sí entraron. Estoy seguro.

El inspector dirigió la vista hacia el interno, y este respondió con entereza:

—Ninguno de nosotros estuvo anoche aquí.

Volvió a preguntar al anciano:

—¿Está usted seguro de que eran internos?

—Solo puedo decirle que llevaban mascarillas blancas en la cara.

—¿También tenían guantes?

—No me acuerdo...

Dirigió la pregunta al asmático:

—Usted también dice que estaba despierto. ¿Vio a los hombres?

Aspiró aire inútilmente. Sus bronquios contraídos le permitieron recoger solo un poco para responder:

—No.

Iba a interrogarlo nuevamente, pero el doctor Ramírez Dacosta lo contuvo:

—Ahora está bajo un ataque espasmódico.

Bajó la vista y regresó al anciano de los insomnios:

—Fíjese en lo que le pregunto. ¿Esos hombres estaban armados? ¿Se dio cuenta usted si tenían pistolas en las manos?

Meditó un instante y respondió con satisfacción:

—Sí, ya comprendo... Llevaban unos aparatos en las manos, seguramente eran pistolas.

El doctor Jáuregui se estrujaba las manos. Habría querido dar por terminado aquel interrogatorio. Se contuvo. No quiso obstaculizar el procedimiento de la autoridad que tanto lo sofocaba. El juez de Menores, citado por el inspector, permanecía silencioso, a la espera de su oportunidad para ampliar la indagatoria. El anciano comenzó a dar detalles:

—Eran unos hombres altos, delgados. Dirigían sus ojos a todas partes.

El profesor Ramírez Dacosta habló al oído del inspector:

—No se confíe demasiado en lo que dice. Estos enfermos son propensos a confabular historias. Está excitado.

Desconcertado, el funcionario se rascó la cabeza y se dirigió a la habitación. La cama daba la apariencia de que alguien dormía entre las sábanas. El inspector se asomó a la ventana. Sacó una lupa del chaleco y a través de ella miró los vidrios, el cerrojo. La guardó de nuevo en su bolsillo y reparó desconfiadamente en los estudiantes que habían inundado la pequeña habitación. El jefe de Clínica hablaba en voz baja con el doctor Vence. Sus movimientos reflejaban inquietud.

—Necesito que la enfermera de turno y dos de los enfermos comparezcan a la Oficina del Detectivismo.

La muchacha respondió alarmada:

—Yo no tengo nada que declarar. Me limito a cumplir mi deber atendiendo a los enfermos.

Disgustado, el profesor Ramírez Dacosta se acercó a los funcionarios:

—Señores, soy el jefe de Clínica de esta sala. Cualquier indagación que desee adelantar con los empleados o enfermos debe ser previamente solicitada a mi persona. Les ruego retirarse. Clínicamente nosotros no hemos aún esclarecido este caso. A su debido tiempo, si así lo requiere la justicia, daré los informes necesarios.

Se miraron sorprendidos. El juez, anteponiéndose al inspector, a quien había sido dirigido el reclamo, expresó con tono severo:

—El Código de Procedimiento Penal dispone que debe velarse para que se cumplan los términos procesales y se corrijan oportunamente las anomalías e irregularidades en los sumarios.

—Le repito —acentuó el doctor Ramírez Dacosta— que estaré a su disposición en el lugar donde me cite, pero aquí no nos hallamos en una oficina judicial, sino en la cátedra universitaria.

—En este lugar se han perpetrado ciertos hechos que atañen a nuestras funciones —intervino el inspector— y serán no solo interrogadas, sino castigadas las personas que hayan ayudado a huir al gamín miembro de una banda de atracadores.

Aunque aparentemente el inspector dirigía sus palabras al jefe de Clínica, enrostraba su intención al doctor Jáuregui. Sin inmutarse, el psicoanalista se limitó a confesar:

—Si mal no recuerdo, también es deber de la Justicia sancionar a sus empleados cuando se extralimitan en sus funciones.

Instintivamente mancomunados, los investigadores se retiraron con soterrada protesta. En la puerta apareció la señora vestida de negro y el sombrero de flores ajadas. Se encogió cuanto pudo y pretendió pasar inadvertida. El detective se volvió sobre sus pasos y le preguntó suspicaz:

—¿Quién le avisó de la huida?

—¿De qué huida? Vengo a ver a… mi hijo Jesús.

—Bien enterada está de su escapada. Usted sabe cómo y dónde está.

En su vida jamás supo protestar. Pero ahora la docilidad acumulada en su alma se le rebelaba. Las palabras del padre confesor vinieron en su apoyo. “Su miedo a las buenas acciones le hacen repugnante ante Dios”. Gritó:

—No me dejaré robar a mi hijo. Si vuelven a meterlo en la cárcel, reclamaré justicia. Le nombraré un abogado que lo defienda. No se crea que lo dejaré pudrir como a los otros sin madres. Ya sé que ustedes dos y el droguista no han cesado de perseguirlo y de alquilar a otras personas para que lo maten. Pero hay un Dios en los cielos que no abandonará a esta madre dispuesta a salvar a su hijo.

—Señora, siga usted conmigo. Esos cargos deberá probarlos ante la autoridad. Usted, señor juez, sirva de testigo. Aquí, en nuestras propias narices, nos acusa de raptores y asesinos. Esa calumnia no puede quedar sin castigo.

—Vamos donde ustedes quieran. Estoy dispuesta a repetírselo. Abogan por la justicia sin conocerla. Soy yo quien desea acusarlos. Sé cómo se pudren en las cárceles esos muchachos sin que hagan nada por salvarlos. Todo su interés es mantenerlas repletas de niños inocentes para justificar sus sueldos. Y mientras tanto, por las calles, por los campos, en las oficinas públicas, en todas partes, andan los criminales sueltos. Sí, señores, quería decirles la verdad. Sepan que no creo en su huida. Tengo la seguridad de que ustedes lo han sacado de aquí para meterlo otra vez en el infierno de la Alcaidía. Reclamaré. Acusaré. Tengo personas que me ayudarán a salvarlo. ¡Vamos!

Los enfermos alcanzaban a oír las palabras del doctor Jáuregui. No dictaba lección a los estudiantes. Ensayaba explicarse a sí mismo la ausencia del niño:

—Muchas veces el nombre es muy importante para una exploración psicoanalítica. Tengo que confesarles que he gastado más tiempo tratando de identificar al niño que en su análisis. Finalmente, estuve seguro de que Ponciano, Estanislao, Gil o Jesús, por todos estos nombres se le conoce, era el mismo a quien ayer probamos sacar de su catalepsia valiéndonos de una descarga eléctrica. Estos enfermos, resentidos con el medio que los rodea, buscan instintivamente una realidad social y efectiva más grata. Mas como su angustia está ligada a sus propias experiencias pasadas, su búsqueda resulta a la postre inútil, frustrada. ¿Hacia dónde escapó nuestro enfermo? No creo que tenga valor de arrostrar la vida más allá del hospital. Seguramente su período de inconsciencia fue el único momento feliz de su vida. Por eso, al recobrar la razón y comprobar que despertaba a la misma persecución del juez y del inspector, decidió enmascararse en una muerte aparente. Su conversión fue un acto totalmente involuntario. Ese estado de letargo le resultaba más soportable que la vida. No sé hasta qué punto soy culpable al tratar de despertarlo a la realidad...

Afuera se escucharon voces de asombro. El doctor Jáuregui debió callar. Vivamente molesto por la interrupción, el profesor Ramírez Dacosta se abrió paso por entre los alumnos y se sorprendió con la presencia de un caballero

y dos damas. La menor traía un hermoso ramo de flores rojas. El jefe de Clínica respondió el saludo del señor. Sospechó haberlo visto antes. La otra dama, con un vistoso abrigo de piel, se mantenía un tanto retraída.

—Veníamos a ver a nuestro hijo —expresó el caballero.

El doctor Jáuregui reconoció su voz y salió a su encuentro.

—¡Doctor Guzmán! ¡Qué sorpresa! ¡Otilia! ¿Cómo es eso de que hayan venido sin avisarme? Doña Susana, veo que está usted muy nerviosa. Ya se habrán enterado.

—¿Qué ha sucedido? Acabamos de llegar.

El analista pretendió reprimir sus palabras. Miró a su alrededor. Los alumnos callaban. Otilia alcanzó a ver la cama vacía y estuvo a punto de gritar.

—No, no le ha pasado nada grave. Anoche escapó del hospital, pero lo encontraremos. La Policía está advertida.

—Cuénteme, doctor, ¿qué ha sucedido a Estanislao? —indagó en voz baja Octavio.

—No le he mentido. Desapareció inexplicablemente de su habitación. Creo que es un nuevo intento por escapar, un acto impulsivo semejante al que lo hizo huir de su casa. Lo encontraremos.

—¿Y la herida de la cabeza?

—Está totalmente cicatrizada. No hay ningún peligro.

Otilia ocultó el rostro a los ojos expectantes, agresivos.

—¡Mamá!

—Aquí estoy, hijita, aquí estoy —le consoló Susana.

—Papá, ¿qué ha sucedido a mi hermanito?

—Nada; cuando regresemos al hotel, te contaré todo.

—Ya lo sabía... Yo soy la culpable.

El llanto que ella creyó vencido desde que confesara aquella mentira brotó inconteniblemente. El doctor Jáuregui le tomó la mano.

—Eres una persona muy crecida. No te dejes sobrecoger de los nervios. Tú sabes que eres inocente.

***

—Le habla el inspector, doctor Guzmán. Aquí en mi oficina se encuentra un campesino con dos hijos. Dice que la pequeña, de unos siete años, se llama Otilia. El mayor, Angelino, es idéntico a Estanislao. El padre dice que son mellizos. Busca al otro porque su cadáver no apareció después de que mataron al resto de su familia en el Tolima. Traen la fotografía que apareció en el periódico. Afirma que es la de su hijo extraviado. ¿Usted cree que esto sea posible?

GLOSARIO

Fuentes:

[LC]. Del *Lexicón de colombianismos*. Mario Alario di Filippo. Bogotá: Banco de la República, 1983.

[Ed.]. Del editor.

[DC_ICC]. Del *Diccionario de colombianismos*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2019.

[DA_ICC_1993]. Del *Diccionario de americanismos*. Tomo I. *Colombianismos*. Instituto Caro y Cuervo, 1993.

[DLE]. Del *Diccionario de la lengua española 2019*. En http://www.rae.es

[DA]. Del *Diccionario de americanismos*. En http://www.rae.es

[Ed.]. Del editor

Autodespreciativo — Acto o actitud con que alguien se desprecia a sí mismo [Ed.].

Balona — f. Ni. meton. Gamella, cada uno de los dos arcos del yugo. rur. [DA]. (Gamella. — f. Arco que se forma en cada extremo del yugo que se pone a los bueyes, mulas, etc. / f. Artesa que sirve para dar de comer y beber a los animales, fregar, lavar, etc.) [DLE]. Hágame la balona, hágame el cuarto, sea solidario, sea compinche.

Irreconquistable — Que no se puede reconquistar [Ed.].

Objetivizar — Por objetivar [Ed.].

Picaruela — Diminutivo cariñoso para pícara [Ed.].

Recluimiento — Por reclusión [Ed.].

DE LA OBRA Y DEL AUTOR

Nota del Jurado Calificador del Premio Literario esso 1962

Manuel Zapata Olivella: génesis, aventura, literatura

José Luis Garcés González

NOTA DEL JURADO CALIFICADOR DEL PREMIO LITERARIO ESSO 1962

El Jurado calificador del Premio Literario Esso 1962 estuvo integrado por doña Isabel Lleras de Ospina y los doctores Gerardo Valencia y Manuel José Forero. La primera, en representación de Esso Colombiana, S. A., y los segundos, nombrados por la Academia Colombiana.

El juicio del jurado calificador no compromete en nada a la Academia Colombiana ni a Esso Colombiana, S. A. Por otra parte, se hace notar que el jurado Calificador obró con libertad absoluta, y que tanto Esso Colombiana, S. A., como la Academia Colombiana, se limitaron a acoger el fallo del Jurado. Aunque el premio fue otorgado a la novela "Detrás del rostro", del escritor colombiano doctor Manuel Zapata Olivella el Jurado Calificador recomendó, además, la impresión de la novela "Catalina", presentada también al concurso, y cuya autora es doña Elisa Mújica. Esso Colombiana, S. A., acogió con beneplácito la recomendación del Jurado Calificador y ordenó la impresión de las dos obras con tributo de admiración a la mujer colombiana aún más a todos los escritores colombianos.

MANUEL ZAPATA OLIVELLA: GÉNESIS, AVENTURA, LITERATURA

José Luis Garcés González[1]

1

MANUEL ZAPATA OLIVELLA SURGE de una genealogía mágica. Procede de personajes de leyenda. Su abuelo materno, Juan Francisco Olivella, era blanco de pelo encendido y era posible encontrarlo en las orillas de los ríos, en los mercados, en ranchos distintos, pero siempre rodeado de motores, imanes y sierras circundado por los vestigios de muchas empresas fallidas. Dice su nieto Manuel que, en una de sus casas, durante mucho tiempo, permanecieron los saldos de un aeroplano que jamás levantó vuelo. Así

1 Escritor, conferenciante y catedrático universitario. Director del periódico cultural *El Túnel*, de Montería, Colombia. Cuentos suyos han sido traducidos al alemán, francés, eslovaco e inglés. Sus libros más recientes son: *Los trabajos del insomnio (Cuentos reunidos)* y la analecta erótica *Banquete sagrado*.

mismo en una de las barrancas del río, en Montería, durante largos años estuvieron encallados los flotadores de una bicicleta acuática que jamás pudo deslizarse por la corriente del Sinú.

A Juan Francisco, a quien por su estampa seductora le decían *Primor*, le fascinaba detectar y explotar minas. Era su delirio. En todas partes tenía piedras misteriosas que en el día se mantenían dormidas y sin atributos, pero que apenas anochecía, cubiertas de oscuridad, empezaban a despedir luces azules, rojas, o verdes y continuaban ardiendo toda la noche, estimuladas por los duendes de la sombra.

Desde muy temprana edad a Manuel Zapata Olivella se le asignó a que llevara en su alma, el alma de un muerto, otro Manuel, su abuelo paterno, Manuel Zapata Granados. Ese fue trabajo de Ángela Vásquez, su abuela, y ella lo decía por la similitud de gestos entre el difunto y el joven nieto, sin saber que, efectivamente, es rito africano reconocer en cada recién nacido la existencia de un ancestro protector. Por ello, casi todos en la casa lo miraban como depositario del alma del abuelo fallecido, el mismo que era múltiple propietario de canoas y de mujeres y practicante del comercio.

La tía Estebana le aplicaba emplastos sobre las rodillas y lo bendecía, lo mismo que a sus otros hermanos, contra el mal de ojo. Una noche la tía amarró una patica disecada de ñeque en la baranda de la cuna con el objetivo de que el niño heredara la afición marinera y comerciante del abuelo Zapata Granados. Otro día enterró en el suelo de la puerta un pañuelo negro con tres clavos y una pequeña cerradura con llave. Cuando le preguntaron para qué hacía eso, respondió: para que el sobrino no sufra y se le abran todas las puertas.

El padre de Manuel, maestro Antonio María Zapata Vásquez, era diferente: amante de lo racional, de lo científico, divulgador del conocimiento, en su mente no cabía la superchería o lo sobrenatural. Lector de Víctor Hugo, Darwin, Renan, Voltaire, Rousseau, Rojas Garrido y Vargas Vila, entre otros. Su escuela, de acuerdo con los postulados de la revolución francesa, se llamaba "Fraternidad", y la tuvo en Moñitos, Lorica y Cartagena.

Antonio María, en su juventud, había empezado a estudiar abogacía. Pero por razones familiares abandonó a Cartagena y se marchó a Moñitos

con su esposa. Su primer hijo nacido en ese pueblo de la costa cordobesa, murió a los ocho días, atacado por un "mal de ojos", según aseguraron las ancianas del lugar.

De inmediato decidió emigrar a Lorica. Allí nacerían sus otros hijos. Manuel, el 17 de marzo de 1920. De los 12 hermanos, murieron 5. Sólo sobrevivieron los negros. En la casona de Lorica, que era hogar y sede de "Fraternidad", vivieron los hijos del maestro Antonio María y muchos de los campesinos pobres que iban a estudiar y de hecho se quedaban a vivir, a los que cada mes sus padres pagaban en especie los estudios y el internado: traían gallinas, gajos de plátanos, sacos de arroz y cerdos para el sacrificio.

De esa escuela, que era laica y de cátedra libre, salieron a estudiar a Cartagena muchos jóvenes que luego regresaban graduados de abogados, médicos, maestros de normales. Los de menos suerte terminaban de contabilistas, notarios, mensajeros, maestros. En "Fraternidad" se preparaban para la vida, acorde con la orientación de su dueño y director cuando afirmaba que él "educaba hombres para el suelo y no ángeles para el cielo".

Zapata Vásquez era, pues, era un libre pensador de acento materialista que pidió que lo enterraran sin cura y con música. Apenas llegó a Lorica entabló refriega con su opuesto, el cura Lácides C. Bersal. Don Antonio María le criticaba a Bersal la imposición que hacía del sacramento del matrimonio, la negación del bautismo a los niños que no llevaban nombres de santos o de patriarcas religiosos, y la prohibición de leer periódicos liberales, que en esos años eran considerados ateos o masones.

La madre de Manuel se llamó Edelmira Olivella y era el opuesto existencial del padre. Religiosa y creyente. Atenta a su prole. Enseñaba a sus hijos que no se debía transgredir "la palabra de los mayores, la memoria de los difuntos, ni la ley de la tribu". Era una mezcla de lo indígena y lo hispánico. Fiel a la tradición, era la depositaria de la cultura ancestral y afrontó la tarea de transmitírsela a sus hijos.

De esta mezcla que aunaba la rebeldía y la brujería, la razón y el desafuero, la ternura y la discriminación, de estas sangres múltiples, sol y ceniza ardiendo, nace un 17 de marzo de 1920 en Lorica, Manuel Zapata Olivella.

2

Cuando el alma empezaba a no caberle en el cuerpo, Manuel, de Cartagena, da el salto a Bogotá. Ya había terminado el bachillerato en un colegio privado, para disgusto de su padre. Ya había demostrado su profundo interés por arañas, libélulas, moscas, serpientes, avispas, abejas salvajes, anémonas, caracoles, anguilas, cangrejos, grillos, alacranes, palomas, pájaros de diversas clases, batracios, quelonios, en fin, por todo un amplio espectro de la zoología caribe, lo cual hizo creer a don Antonio María que el hijo encaminaría sus estudios hacia la biología animal. Ya había escuchado el yunque madrugador de Sofonías Zambrano, cabeza de esa familia del Getsemaní, ubicada en la calle de San Antonio, que vivía en una casamata de esclavos, en la cual las mujeres eran respetadas por la ferocidad de su lengua, la sapiencia para el baile y la calentura de sus entrañas, lo que Manuel llama "la placenta pecadora de la familia". Ya había mirado las estrellas por un viejo telescopio situado en el observatorio de la Universidad de Cartagena, estaba familiarizado con las constelaciones de la Osa Mayor, la Cruz del Sur, el Gran Orión, las Cabrillas, Pólux y Castor, y a la medianoche bajaba de la torre con una tormenta de astros inundándole el corazón y los bolsillos.

Con la solidaridad del tío Gabriel, un radical que por defender a los campesinos de Montería había tenido que exiliarse en la capital de la república, Manuel se instaló en Bogotá. Se matriculó en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, que a la sazón quedaba en la ya famosa calle 10, zona caracterizada por ser epicentro de bares, prenderías, guarida de hampones, casas de prostitución y sitio de cambalaches. Allí estudiaba por el día, pues por la noche le tocaba hacer de administrador de billares, escucha de gritos y querellas y asesor sentimental de muchas de esas gentes sometidas al vaivén de los afectos y a las explosiones terribles de la vida.

Afirma el escritor que su proceso de concientización fue lento. Un negro en la Escuela de Medicina era algo raro. En la calle, los niños, cuando lo veían, agarraban con fuerza las manos de sus papás. El negro era comparado con el Diablo, así lo pintaban en las hojas de los libros y en

las láminas y cuadros religiosos. Era tan extraño que a veces, en las visitas, debía soportar que la niña inquieta de la casa (una verdadera diablita ella) se dedicara a desenredar, con un dale y dale tenaz, la crespura de sus cabellos.

En todas partes, ya fuera en el medio académico, intelectual o callejero, Zapata Olivella era "el negro". Había en el vocablo un tanto de simpatía o de desdén, de misericordia o de agresión. Así, esa palabra, se fue convirtiendo en un muro que le impedía lograr un estatus. ¡Ah, ese es negro! La discriminación, con gruesas manos, tocaba a la puerta. La tarea básica consistía en ser consciente de esa situación. Olvidar eso del blanqueamiento de la piel y del pelo estirado, que tanto acosaba (y acosa) a la juventud negra de la época cartagenera. Era negro. Era mulato. Y qué.

La medicina empezó a ser vista por Manuel con nuevos ojos. Su profesor Alfonso Uribe Uribe le sembraría la espina. Ya el paciente no era sólo una víctima de las bacterias o los accidentes. Era una víctima social. Y la causa de esas patologías estaba más allá del hospital, de la universidad o del laboratorio. Estaba en una estructura de poder. En un andamiaje social que posibilitaba las epidemias y las enfermedades. Asistido por esta convicción tomó una decisión mayor: abandonar la universidad y salir a recorrer a pie gran parte de América, conocer la sociedad que gestaba enfermos. Para afirmarse en esta opción lo asistieron grandes y famosos vagabundos: Máximo Gorki, Jack London, el rumano Panaït Istrati, y don Quijote de la Mancha.

Cuando sus condiscípulos y amigos lo supieron, dijeron: ¡está listo, está loco!

3

Era una fiebre. Era un delirio. Caminar. Meterse a la aventura. Graduarse primero en la vida. En una especie de calentamiento, sin decir nada a nadie, inició la ruta que emprendió Arturo Cova en *La vorágine*. Era ya un vagabundo aunque no lo parecía. Iba con ropa de ciudad, ropa de frío.

Llevaba sombrero hongo. En el pasado dejaba su quinto año de medicina. Contra el pecho llevaba la novela de José Eustasio Rivera. Los buses le paraban. Lo creían un pasajero extraviado. Pero no, él no se subía. Lo de él era andar a pie. Iba hacia Villavicencio. Llegó, pero el destino lo obligó al retorno. Debía cargar baterías para empresas más audaces. Sus amigos lo vieron: triturados los pantalones, barbado, y sin corbata. Se equivocaron si creyeron que estaba derrotado. Ya en su consultorio el doctor Alfonso Uribe Uribe, su profesor de clínica médica, al interrogarle Manuel por la causa de sus delirios y rebeldías, le dictaminaría: "no, usted no está loco, usted lo que tiene es afán de ser".

Al otro día echó todos sus libros en un saco y se fue a la compra-venta de libros de segunda de la calle 10. Luego, en una empresa naviera le dijeron que en las próximas 48 horas partía desde el puerto de Buenaventura el barco *Río de la Plata*. No importaba adónde fuera, él se embarcaría. Ya comenzaba a sentirse en lejanas tierras.

Cuando Manuel llegó a Buenaventura el cielo tenía abierto sus sifones. Se bajó del camión que lo transportó. No halló muchas monedas en sus bolsillos y por pago le dejó al chofer su chaqueta de tierra fría. En una mesa de cantina encontró a un marino que tenía en su pecho un corazón tatuado por un chino de San Francisco. Habló con él. Sacó las exiguas monedas y lo invitó a una cerveza. El lobo de mar se la tragó de inmediato. Manuel le confesó su plan y le pidió su colaboración para subir a bordo. A los pocos minutos cuando sonó la sirena de embarque, el posible cómplice lo delató y gritó: "Tengan cuidado con ese negro que piensa colarse de polizón".

En la costa pacífica el joven Zapata Olivella visitó varios pueblos, aprendió de la cultura popular y ejerció de médico. Concluido ese ciclo, regresó a Cartagena. El primero que lo recibió fue su padre. Lo había creído asesinado, desaparecido, entregado al ejército, volado con una mujer o suicidado en el Salto de Tequendama, común usanza de la época. Le recalcó a su familia: "soy un vagabundo". Trataron de persuadirlo, pero fue inútil. Su vocación era andar, salir, caminar, ya fuera "afán de ser" o sicopatía.

Decidió emprenderla por la libre. Cualquiera fuera el camino, siempre debía partir desde la puerta de su casa, la misma en que su padre había

fracasado pocos días atrás en su tarea de iluminarle la razón. Una noche un capitán de piel oscura y cabellos cenizos, que salía para Obaldía, Panamá, le ofreció embarcarlo. A las carreras, Manuel logró que el gobernador de Bolívar le diera en una hoja una constancia de que él era un estudiante en viaje de buena voluntad por las tierras de América.

Con un sombrero de *boy scout*, un vestido de dril que le había regalado un amigo ingeniero y un morral que le habían hecho las manos de su madre, reemprendió su aventura. Muy pronto le entró la preguntadera y los tripulantes principiaron a llamarlo “el loco de a bordo”.

A las pocas horas cuando despertaba de un sueño plagado de ballenas, lo detuvieron en una playa frente al mar Caribe varios marineros norteamericanos. Estaba en apogeo la Segunda Guerra Mundial y los gringos temían un ataque alemán contra el canal de Panamá. Lo creyeron espía, fue capturado a punta de fusil y llevado a un campamento militar. Un oficial le habló a Manuel en lo que él cree que fue chino, japonés o marciano. Al final le hablaron en español y él dijo que era colombiano. El hoy escritor creyó que lo iban a fusilar sin fórmula de juicio. En la madrugada oyó varias ráfagas de metralleta. Al amanecer, una patrulla se paró frente a la celda donde lo habían encerrado. Manuel creyó que llegaba la hora del ajusticiamiento.

El centinela le hizo señal de que avanzara. Atrás marchaba lo que él creía era el pelotón de fusilamiento. A lo mejor lo sometían a Consejo de Guerra. Metros adelante, para su sorpresa, le entregaron un sánduche de jamón, mantequilla y queso, y con un movimiento amenazante del fusil se lo obligaron a comer. La patrulla, con él, salió de la base militar y tomó el camino de la selva. Manuel pensó que allí sería el sitio del sacrificio. De pronto se detuvieron y uno de los guardias le entregó el morral y el sombrero de *scout*. El joven Zapata Olivella no podía creerlo. Lo dejaban libre. Desconfiado de que fueran a dispararle por la espalda, aplicándole la ya conocida ley de fuga, Manuel caminaba y miraba para atrás. Después echó a correr a lo largo de la playa. Había salido victorioso de su primer embate contra los diablos de la mala suerte.

De allí en adelante su periplo por Centro América estuvo marcado por hechos y anécdotas que le concedieron consistencia a su vagabundaje.

Dolor, reconocimiento, paradoja y humor, Manuel abrevó en la diversidad existencial de lagos, quebradas y lagunas.

Una madrugada, en Costa Rica, durmiendo en el vagón suelto de un tren, no se percató de que el tren llegó y enganchó al vagón. Cuando despertó estaba en una plantación de banano. Para su extrañeza, en la pequeña población de Liberia, encontró una biblioteca filosófica. En Puerto Limón fue estibador y en Cartago recolector de café.

En Nicaragua para poder cruzar un latifundio tuvo que pagarle al capataz un impuesto de diez centavos. Días después durmió en el portal de la casa, ya en ruinas, donde había nacido el poeta Rubén Darío: en Metapa (hoy Ciudad Darío), en 1867. Ese era su homenaje al bardo nicaragüense.

En la frontera hondureña los policías no se mostraron muy amigables. Sin embargo, cuando le vieron el sombrero de oficial que le habían regalado y llevaba puesto, un grupo se cuadró y saludó al supuesto superior. De inmediato el joven andariego asumió su papel. Preguntó por las novedades, los agentes le rindieron el informe, recomendó atención y vigilancia y continuó su marcha.

En Guatemala recordó los tiempos en que, en Getsemaní, se subió a un *ring* con el menor de los Zambrano, calzando guantes hechos con lona de vela de barco. En Chinaltenango, con el nombre de Kid Chambacú, pactó una pelea a 10 *rounds* por la suma de veinte quetzales. Manuel, que pasaba por cubano, fue noqueado técnicamente en el segundo asalto; con ese dinero y con esos golpes pasó a México por la provincia de Tapachula, atravesando a nado el río Suchiate.

En la tierra de los aztecas, Manuel Zapata Olivella fue de todo. Atendió a un moribundo, y fue mensajero, lavaplatos, picapedrero, modelo de pintores, vendedor de pomadas, arriero en Michoacán, pescador en Pátzcuaro, periodista, ayudante de mecánico, peregrino. Para evadir problemas legales se declaró, por su apellido, sobrino de Emiliano Zapata, revolucionario y agrarista, héroe de ese país.

Un día se encontró en Ciudad de México, con un viejo condiscípulo de Bogotá. Armando Álvarez, como se llamaba el paisano, lo invitó a su casa, y allí, junto con otros estudiantes colombianos, le preparó comida y le dio

descanso. En esa situación demoró algunas semanas. Pero el vagabundaje acosaba. Cualquier tarde dejó una nota y se marchó.

El escenógrafo Luis Moya le aseguró que en México sólo había una persona que lo entendería y lo ayudaría. Médico de profesión y generoso de corazón. Se llamaba Alfonso Ortiz Tirado, compositor y cantante de envergadura continental.

A la clínica de ortopedia de Ortiz Tirado, un edificio blanco de dos pisos, llegó Manuel. Lo primero que le impresionó fue el texto de la placa colocada en la fachada: "Con mi canto elevé este templo al dolor". Indeciso al principio, al fin optó por preguntar por el director. "Está operando", le dijo la recepcionista. En el lugar más distante esperó Manuel: agachada la cabeza, oculta su hambre y su vergüenza.

Una hora después, el joven Zapata Olivella estaba frente a un hombre alto, fornido, de cabellos canosos y ojos claro-oscuros. Le habló directo: "Soy colombiano, estudiante de último año de medicina y tengo hambre".

Sin mirar su harapiento vestido y su lamentable presentación, Ortiz Tirado abrazó a Manuel y exclamó: "Hijo mío". Estas palabras hicieron humedecer los ojos del joven errabundo.

En esa clínica, Manuel encontró amistad, trabajo y casa. Allí avanzó en la escritura de su novela *Tierra mojada*. Las relaciones del médico y cantante le permitieron entrar en contacto con los novelistas Mariano Azuela, José Revueltas y Agustín Yáñez. Durante una semana, cada dos horas, estuvo inyectando al muralista Diego Rivera, quien padecía de una neumonía. Cuando el artista le preguntó al aventurero colombiano cómo hacía para pagarle, Manuel le pidió que lo tomara como modelo para un rostro olmeca, indígena de la cultura primitiva de México, que debía pintar en uno de los murales del palacio donde funcionaba la Secretaría de Educación. Así fue. Allí quedó la cara mulata del escritor loriquero.

Pero el huracán del vagabundaje no le dejaba el alma tranquila. Aprovechó un viaje que hizo el maestro Ortiz Tirado y dejó las almohadas de plumas y las sábanas blancas para volver a la calle, a la incertidumbre del andariego. Le dejó una nota de agradecimiento al galeno. No podía evitarlo, eran exigencias de la sangre.

Varios días después se enrumbó hacia el sanatorio de los toxicómanos del doctor Alfonso Millán, a quien había conocido por intermedio del ortopedista cantante. Allí fue asistente. El escritor peruano Ciro Alegría sostiene que Manuel tuvo suerte, pues por su catadura y convicciones poco debió faltar para que lo dejaran como enfermo mental en ese manicomio. No obstante, el ambiente de disciplina y encierro iba contra la esencia quijotesca de su espíritu. Otros molinos de viento esperaban los embates de su lanza.

Entonces se vinculó al periodismo mexicano y, además de colaborar en *El Excélsior*, hizo reportajes para las revistas *América*, *Hoy*, *Sucesos para todos*, *Mañana* y *Cinema Repórter*.

4

Pero Manuel quería avanzar. Los pies le picaban. Luego de un intento fallido, consiguió que la revista *Mañana* lo certificara como reportero ambulante de la publicación. Con ese documento y con 200 dólares ingresó a los Estados Unidos. Tenía pensado escribir grandes reportajes sobre el trato inhumano que los trabajadores mexicanos recibían por parte de los empresarios californianos de las extensas plantaciones de naranjas, tomates y uvas.

La primera experiencia en los Estados Unidos fue traumática. Viajaba Zapata Olivella en un omnibús hacia Los Ángeles cuando el chofer le exigió que se levantara del puesto donde estaba sentado y se fuera para el lugar que le correspondía a los negros, la parrilla caliente del fondo del vehículo. Se sintió estigmatizado, pero tuvo que obedecer, pasó por la tablilla que decía "Línea de color" y se fue a ubicar al lado de la gente de su raza. Allí viajaban los negros unidos por la misma opresión, mermados por el mismo opresor.

Al respecto escribe Manuel en su libro ¡*Levántate, mulato*!: *En aquel instante alcancé a comprender que el vagabundo había muerto y nacía el combatiente por la igualdad de los hombres cualquiera que fuera el color de su piel*. Como se dice en la moderna sociología, pasó a ser hombre de conciencia en sí a ser hombre de conciencia para sí. Fue este, en verdad, un momento histórico para el joven escritor.

El primer empleo en Norteamérica fue de cargador de un viejo telescopio, con el cual se rebuscaba otro vagabundo, amante del espacio, quien cobraba diez céntimos a quien quisiera mirar la luna. A los pocos días el avión del millonario Howard Hughes, tratando de imponer un récord alrededor del mundo, cayó destrozado en una playa cercana a Los Ángeles. El cargador del telescopio y secretario del astrónomo ambulante le propuso a su patrón instalar el aparato en una elevación desde la cual se podían ver los restos del avión. El negocio fue excelente. Los bolsillos del jefe se llenaron como nunca. Lastimosamente al poco tiempo una grúa cargó con los hierros retorcidos y el dinero cesó de llegar. ¡Carajo, qué vaina!

Entusiasmado con el joven negro, el dueño del telescopio le propuso que se fueran a explotar una mina de oro que él conocía en Alaska. Pero Manuel no aceptó. Decidió quedarse. Otros designios lo llamaban. Pese a que se hallaba, otra vez, en la calle.

Después consiguió trabajo como ayudante de servicio en una sala de ortopedia en el Hospital General de Los Ángeles. Un día, olvidando que era un simple aseador, interrumpió a un profesor que explicaba un caso de gigantismo. El profesor lo interrogó y Manuel le contestó certeramente con el inglés que estaba al alcance de su lengua. El médico se sorprendió, no por la respuesta, sino por su condición de barrendero y de negro. Al otro día, como castigo a su insolencia, lo mandaron al cuarto donde se lavaban las bacinillas sucias de excrementos.

Cuando sus otros compañeros negros se enteraron del suceso, la ofensa inferida lo convirtió en héroe. Durante varios días lo aclamaron como un bravo opositor a la discriminación racial.

Sintiéndose ofendido en su dignidad de estudiante de último año de medicina, Manuel se marchó del hospital cuando recibió el primer sueldo. Por tierra viajó desde Los Ángeles, deseando llegar a Nueva York.

Pero no pudo arribar a la ciudad de los rascacielos. Se quedó en Chicago. Padeció hambre y angustia. «En el barrio negro encontré el calor de mis hermanos de piel. Una amiga que en México participó en varias reuniones del Centro "Francisco Antonio Lisboa", me brindó amorosamente su casa. Ella y Leonel, un excombatiente de las fuerzas aéreas norteamericanas en Europa, contribuyeron a hacer menos angustiosa mi situación en la populosa urbe».

A Leonel, pintor, también lo había conocido en México en el mismo Centro Lisboa que Manuel fundó allí con otros artistas e intelectuales. Un tal Peter, vagabundo y veterano de la Segunda Guerra, se ofreció llevarlo a Columbus. Luego penetró a Nueva York. Sabía que la situación le sería difícil y entonces trató de ser vendedor de periódicos: no lo aceptaron, desconocía la ciudad. Al fin logró enganche de mesero en un lugar donde concurrían intelectuales. Era una pequeña cafetería en el Bowery y allí conoció al novelista Ciro Alegría, quien más tarde le prologaría su ópera prima *Tierra mojada.*

En Harlem llegó a la casa del poeta negro Langston Hughes, el cual, después de escucharlo y oírle decir que tenía hambre, le dio de comer y de dormir, cediéndole su cama. Más tarde conoció al jazzista Duke Ellington, a Cab Calloway y Kenneth Spencer. Vendió un cuento a la revista *Norte* y con el importe partió en un furgón reservado a los negros a presenciar la huelga de los tabacaleros de Virginia. Después fue expulsado a bolillo limpio de las estaciones de buses de Atlanta y Nueva Orleans. Así pendulaba su vida en Norteamérica: de la fraternidad al desprecio.

Apertrechado de experiencia y de conciencia, escribió Manuel una serie de reportajes que vendió a la revista mexicana *Mañana*, la misma que le había entregado el certificado de periodista que le permitió entrar a Estados Unidos. Con ese dinero compró un pasaje por vía aérea hacia Colombia. Lo que había comenzado a pie terminaba en avión. Cuatro años había demorado la errancia.

5

Quizá no hay en la literatura colombiana una vida más rica en osadías, en experiencias, en aventuras que la de ese mulato que respondió y responde al nombre de Manuel Zapata Olivella. Caminó por las carreteras y los espíritus. Por despeñaderos y selvas. Por dentro y por fuera de la discutible condición humana. Acumuló vida. Después escribió. Su literatura procede de la sangre, como quería Nietzsche.

Además, Manuel tuvo un vínculo muy estrecho con la música. Es conocido su periplo por Europa con los *Gaiteros de San Jacinto*;

acompañado de su hermana Delia, exquisita danzarina, recorrió el Viejo Continente hasta llegar a la Unión Soviética. A esa experiencia, hay que recordar, se sumó en Francia el joven Gabriel García Márquez. Unos años antes, Manuel llevó a Bogotá el primer conjunto vallenato que llegó a la capital de la república, convirtiéndose en el impulsor primigenio de esa expresión musical, hecho que aún la Colombia injusta y olvidadiza no le reconoce. Antes que López Michelsen, Consuelo Araújo o García Márquez aparecieran en el panorama de la música vallenata, y se llevaran los aplausos, ya Manuel Zapata Olivella estaba divulgando y estimulando ese ritmo caribeño. Es más, fue Manuel, cuando ejercía de médico en La Paz (hoy Cesar), quien introdujo a Gabo al vallenato e inclusive le presentó al compositor Rafael Escalona. En artículo aparecido el 6 de mayo de 2019 en el diario *El Tiempo*, p. 2.5, Rafael Rivas Posada, exrector de la Universidad de los Andes, afirma: *Creo que la primera vez que vino un acordeonero a Bogotá lo trajo Manuel Zapata Olivella. Se llamaba Germán Pitre, en 1953. Ellos se metieron en San Victorino, y nosotros los buscábamos por las noches. Apenas se dormía Manuel Zapata, nos llevábamos al acordeonero para parrandear con los amigos*. Esto significa que catorce años antes de que se hiciera el primer Festival Vallenato, ya Zapata Olivella había asumido la tarea de divulgar esta música por todo el país. ¿Por qué la inmensa mayoría de los historiadores no dicen nada al respecto?

Retornando a la literatura, en un rápido e incompleto paneo, puede señalarse que Manuel, después de *Tierra mojada* (1947), publicó, entre otros, los siguientes libros: *Pasión vagabunda*, *He visto la noche*, *Hotel de vagabundos* (teatro), *China 6 a. m*. producto de un viaje a Pekín como invitado a la Primera Conferencia de Paz de los Pueblos de Asia y África, el cual, a su vez, le produjo un carcelazo en los calabozos del SIC (la policía política del régimen), al considerar las autoridades de turno que las declaraciones de Zapata Olivella contrariaban la política internacional del gobierno del presidente conservador Laureano Gómez.

Luego, publica *La calle 10*. Idea y funda la revista *Letras Nacionales*. Edita *Chambacú, corral de negros* (Premio Casa de las Américas, 1962). Más tarde, con *En Chimá nace un santo* es finalista en 1963 en el premio Seix Barral de Barcelona, después de luchar a brazo partido durante varias votaciones con la novela *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa.

Por otra parte, su novela *Detrás del rostro* obtiene el premio Literario Esso (1963). Publica también tres historias: *Cuentos de muerte y libertad*, *El galeón sumergido* y *¿Quién dio el fusil a Oswald?* Publica dramas y comedias: *Los pasos del indio*, *Las tres monedas de oro*, *El retorno de Caín*, *Caronte liberado*, *Mangalonga el liberto*. Su argumento *El siete mujeres* fue llevado a la televisión.

Más tarde, *El fusilamiento del diablo* (que antes se llamaba *Viva el putas*), *Changó, el gran putas*, *¡Levántate, mulato!*, y, la más reciente, *Hemingway, el cazador de la muerte*.

Vale decir que *Changó, el gran putas*, su libro más trabajado y más ambicioso, obtiene en 1985 en Sao Paulo, Brasil, el premio Francisco Mattarazzo Sobrinho; y por *¡Levántate, mulato! por mi raza hablará el espíritu*, la Asamblea Nacional de Francia le concede en 1988 el Premio Literario Nuevos Derechos Humanos.

Viajero incansable, Manuel Zapata Olivella realizó periplos por distintas regiones del mundo. Su actividad se asemejaba al rayo que no cesa. Para algunos de sus amigos era difícil ubicarlo. Hoy estaba en Nigeria. Luego en la antigua Cayena Francesa, o en Kenia, o en África del Sur; un mes después en Harlem recitando aquellos memorables versos de Langston Hughes:

He contemplado ríos,
viejos, oscuros, con la edad del mundo,
y con ellos tan viejos y sombríos,
el corazón se me volvió profundo.

Por motivos de salud, Manuel tuvo que someterse a varias intervenciones quirúrgicas. Soportó momentos críticos. Permaneció sin hablar y sin moverse durante muchos meses. Fijo y silencioso, él, que era palabra y movimiento. En forma estoica aguantó su situación. Pero no se amilanó. Poco a poco fue recuperándose. El cuerpo, de abajo hacia arriba, se le fue despertando. Luego, fue recuperando la movilidad y el habla. Aunque con secuelas de este doloroso proceso, Manuel reinició sus viajes, estuvo de profesor invitado en varias universidades de Estados Unidos, dictó conferencias y reinició su escritura. Comenzó y terminó *Dios y el descreído*, una novela de más de 300 páginas. Continuó asistiendo a seminarios en Colombia y en el exterior, dio entrevistas y sufrió en silencio el fallecimiento de su hermana Delia.

Hasta que el 19 de noviembre de 2004, de aguas y de ingrata recordación, por orden de Changó y de Yemayá, partió hacia la eternidad. Por deseo expreso suyo, sus cenizas fueron lanzadas al rio Sinú, para que este las llevara al mar Caribe y el Caribe las condujera a África, madre de todos los ancestros. Queda su obra, su temperamento, su ejemplo. Su forma digna y erguida de asumir los problemas del arte y de la vida. Su acción incesante. Porque para él, como para el viejo Vargas, un formidable sinuano de los tiempos idos, la vida es actividad total. Pues para descansar basta y sobra el tiempo de la muerte.

Obras MZO

ESTA
PUBLICACIÓN
SE COMPUSO EN
CARACTERES
MINION PRO, Y
COMPASSE·
OCTUBRE DEL
2020

